



6

ARMANDO CRISTOBAL PEREZ

**LA RONDA
DE LOS
RUBIES**



EDITORIAL
LETRAS CUBANAS
CIUDAD DE
LA HABANA, 1979

ARMANDO CRISTOBAL PEREZ

**LA RONDA
DE LOS
RUBIES**

La ronda de los rubíes fue la novela ganadora en el Concurso del Ministerio del Interior de 1973. Un robo a dos ancianas y las pesquisas de un teniente del MININT, desencadenan nuevas situaciones —interrogatorios, crímenes, persecuciones, infiltraciones de agentes extranjeros, por citar algunas— que involucran a personajes positivos y negativos respecto al proceso revolucionario, y donde el pueblo organizado desempeña un papel decisivo.

Si bien la acción que recoge la novela es ficticia, sus bases son reales, y al no limitarse su autor a “un trabajo de caso”, sino a sugerir a través de él y desde nuestra ideología la realidad social y política de la Revolución Cubana, **La ronda de los rubíes** adquiere el carácter de dinámico testimonio de su tiempo, parte de ese viento renovador que se deja sentir.

COLECCIÓN: RADAR 6



Armando Cristóbal Pérez

LA RONDA DE LOS RUBÍES



ePub r1.0
ePub2.0

Edición: Josué Marrero
Cubierta: Luis Vega

© Armando Cristóbal Pérez, 1979
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1979

Editor digital: WeaR&WaZ
ePub base r2.1

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Calle G, No 505, El Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba.





—ewya_#021(10)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ®
©RiverDry - 17.12.2021

Prólogo^[1]

La toma del poder por una revolución no determina —y esto lo sabemos— el inmediato cese de las actividades delictivas de carácter social o de carácter político. Pero una revolución es un viento renovador, que forma paso a paso hombres más totales, y con ella el control de la sociedad va a manos del pueblo, por lo que cualquier delito social que se cometa será de hecho un delito político y viceversa, puesto que en cada uno de los casos se estará atentando contra las decisiones, el orden, los bienes y la estructura socio-económica y política establecida por el pueblo.

Todo delito en una sociedad socialista es manifestación de la lucha de clases.

Evidenciar un delito cometido en nuestra sociedad es combatirlo, a la par que al ponerlo de manifiesto se realiza una labor de prevención. Ésta es sólo una de las varias razones por las que podemos calificar de valioso el Concurso XIV Aniversario del Triunfo de la Revolución convocado en los géneros de cuento y novela policíaca.

Este concurso, en el que pueden participar tanto los miembros del MININT y de las FAR, como todos los ciudadanos del país, y que se celebra ahora por segunda vez, volviendo a efectuarse cada año para la fecha del primero de enero, señala en su convocatoria que las obras presentadas correspondientes al género policíaco, tendrán un carácter didáctico y serán un estímulo a la prevención y vigilancia de todas las actividades antisociales o contra el poder del pueblo, y éste ha sido su propósito y es determinante en su desarrollo.

Las obras enviadas al Concurso inciden sobre aquellos focos delictivos que aún subsisten en nuestro país, producto de las deformaciones inherentes al sistema capitalista actuante sobre Cuba con anterioridad a 1959; y cuentos y novelas ponen de relieve el trabajo, de la Revolución para combatir y prevenir los delitos, la diferencia entre la forma de actuar de la nombrada justicia burguesa y de la justicia socialista, la cohesión del pueblo organizado contra la delincuencia y el respeto y la colaboración de nuestro

pueblo hacia los combatientes del Ministerio del Interior que surgen de su seno.

Estas razones justifican plenamente el calificativo de valioso que aplicamos al Concurso, pero no son las únicas.

Serguei Einsenstein, famoso cineasta soviético —director de cintas tan notables como Iván, el Terrible—, en un artículo inédito hasta no hace muchos años, dijo: «¿Por qué gusta el género policíaco? Porque es el género literario más eficaz. De él es imposible desasirse. Se articula con medios y planteamientos que amarran como ningún otro al individuo a la lectura. El policíaco es el más fuertemente comunicativo, el más puro y acabado de los géneros literarios. Es el género donde los medios de comunicación se revelan al máximo.»

Y el mexicano Alfonso Reyes, él más profundo de los ensayistas contemporáneos de nuestra lengua, en su artículo «Sobre la novela policial», expresó: «De todas las feas denominaciones que han dado en emplearse para cierto género novelístico hoy más en boga que ninguno —novela de misterio, de crimen, “detectivesca”, policíaca, policial— prefiero esta última. Las demás, o parecen despectivas, o limitadas, o impropias, por algún concepto. Sobre esta novela policial me atreví a decir (...) que era el género literario de nuestra época. No pretendí hacer un juicio de valor, sino una declaración de hechos: 1. es lo que más se lee en nuestros días, y 2. es el único género nuevo aparecido en nuestros días, aun cuando sus antecedentes se pierdan, como es natural en el pasado.» Y por si quedara alguna duda al finalizar su análisis reafirmó: «La novela policial es el género clásico de nuestro tiempo.»

Aprovechando estas características del género la sociedad de consumo ha construido en los países capitalistas toda una industria editorial en torno a él, que obtiene inmejorables ganancias inundando los mercados con miles y miles de ejemplares de la peor seudoliteratura policial.

Nuestro país antes del triunfo de la Revolución fue invadido año tras año con las más nocivas muestras del género, fundamentalmente aquellas que todos recordamos y que venían en forma de bolsilibros, aquéllas tendientes a demostrar lo infalible de los supuestamente poderosos cuerpos policiales y de servicios secretos norteamericanos, defensores del modo de vida burgués,

de la nombrada justicia burguesa y de la propiedad privada capitalista. La llegada de la Revolución puso freno en Cuba a esa penetración ideológica, política y cultural. Y los triunfos revolucionarios fueron la mayor negación a las afirmaciones reaccionarias de esaseudoliteratura enajenante y enajenada.

Este Concurso viene a demostrar que es posible hacer una literatura policíaca de nuestra Revolución. Que «una novela policial sin romper los cánones de la novela policial puede ser perfectamente justa, utilizable, dentro de un concepto comunista de la vida». Y que una literatura policíaca acorde a los intereses de nuestro proceso en su lucha contra todo tipo de delincuencia puede resultar, simultáneamente, una literatura de calidad que llene ese interés del hombre por los enigmas, las intrigas y las investigaciones policíacas.

Y el más rotundo y exitoso ejemplo de ello es el premio de novela de este Concurso: La ronda de los rubíes del primer teniente Armando Cristóbal Pérez.

La ronda de los rubíes obtiene el premio como la mejor de un conjunto de novelas que se caracterizan por su profundidad ideológica y por su alto nivel literario —inesperado si se tiene en cuenta que este género no ha sido de los más prolíficos dentro de la literatura cubana—, y la circunstancia de encontrar novelas bien estructuradas y acordes a las exigencias técnicas y políticas esenciales, es la que permite dar, además del premio, dos menciones y hacer referencia a otras tres, pertenecientes a escritores no profesionales, que el Concurso incorpora a la actividad literaria.

Desde un punto de vista técnico La ronda de los rubíes sobrepasa los requisitos fundamentales del género. Su trama encierra todos los pasos que conlleva una investigación policíaca —inspección ocular, peritaje, interrogatorio y demás— para solucionar el enigma; la madeja se enreda y se desenreda una y otra vez con el ingenio y la sutileza necesarios para atrapar el interés del lector y mantenerlo expectante hasta el final.

La novela aborda la anécdota a partir del realismo y transparentó un cuidadoso trabajo previo, que ha permitido a su autor edificar la sólida estructura lineal que la sustenta. Descripciones sobrias y el mayor peso a diálogos tan cuidadosamente delineados que no sería difícil transformarla en

una obra teatral, van ofreciendo la psicología de los personajes y los contornos de esta obra que comienza con un robo de joyas en una aislada mansión del Vedado.

Antes que una novela policíaca La ronda de los rubíes es una novela de la Revolución, por donde ese viento renovador al que aludíamos pasa poniéndolo todo en su más justo sitio. Un robo a dos ancianas y las pesquisas de un teniente del MININT, desencadenan nuevas situaciones — interrogatorios, crímenes, persecuciones, infiltraciones de agentes extranjeros, por citar algunas— que involucran a personajes positivos y negativos respecto al proceso revolucionario, y donde el pueblo organizado juega un papel decisivo.

Si bien la acción que recoge la novela es ficticia, sus bases son reales, y al no limitarse su autor a «un trabajo de caso» sino a sugerir a través de él y desde nuestra ideología la realidad social y política de la Revolución Cubana, La ronda de los rubíes adquiere el carácter de dinámico testimonio de su tiempo, parte de ese viento renovador que se deja sentir.

FRANCISCO GARZÓN CÉSPEDES

*Dame la mano
vamos a bailar
que la ronda ronda
ya va a comenzar.*

(De un canto infantil.)

1

Joaquina y Rosario

—...un robo —dijo al terminar la primera lectura del documento.

Una segunda lectura lo convenció de que no podía hacer nada hasta que visitara el lugar y hablara con la denunciante. Miró su reloj y decidió ir de inmediato. Al salir, ordenó a los técnicos de guardia que lo acompañaran.

Quince minutos después se encontraban en una zona del Vedado, con las calles adoquinadas, árboles frondosos en las aceras, y mansiones con grandes jardines. La soledad, el silencio, y el abandono caracterizaban el lugar.

La casa frente a la que se detuvieron tenía similares características. Una imponente verja rodeaba el descuidado jardín. En la planta baja se encontraban cerrados los ventanales enrejados y la puerta.

Tras golpear varias veces sin obtener respuesta, decidieron buscar otra entrada, buscando alguna manifestación de vida: dos por el jardín, el tercero por el portal. Los tres hombres comenzaron a dar una vuelta a la residencia. En la planta alta estaban abiertas las ventanas. Al fondo encontraron otra puerta, en la que había un timbre eléctrico. Poco después de tocarlo, la puerta se entreabrió y apareció una mujer.

—¿Qué desean? —preguntó en tono poco amistoso, mientras los miraba con el ceño fruncido.

Se identificaron y la mujer los dejó entrar. Estuvieron solos unos minutos hasta que llegaron dos mujeres a la sala. Una de ellas era alta y corpulenta. La otra, de menor estatura y con la apariencia de ser sumamente débil. Ambas tendrían unos sesenta años y el cabello blanco. Ambas poseían ojos de un

color azul claro. Algo indefinible, quizá un gesto o un movimiento, permitía presumir cierto parentesco entre ellas.

Julio preguntó por la denunciante. «Yo soy Joaquina», contestó la anciana más pequeña con tono decidido. La otra mujer —«mi hermana Rosario», aclararía Joaquina— no pudo evitar una expresión de sorpresa y disgusto, volviendo el rostro hacia Joaquina. Ésta, sin embargo, no hizo caso de ello, y dirigiéndose a Julio le propuso iniciar las investigaciones en el lugar del robo.

—¿Pero es necesario, teniente? —preguntó Rosario con voz casi suplicante, y añadió con sonrisa infantil—: Aquí estamos bien, ¿no le parece...? ¡Teté, Teté! —llamó con voz chillona.

La mujer que les abriera la puerta entró a la sala. Ahora se mostraba servicial. Traía en las manos una bandeja con la cafetera y varias tazas. Y mientras todos tomaban el café, esperó tranquilamente a varios pasos de distancia

—Puede preguntar lo que quiera, compañero —dijo Rosario, apoltronándose en el sofá.

—Pero usted quería ver el lugar del robo, teniente —intervino Joaquina, evidentemente interesada en llevarlos a otro lugar de la casa.

—Bueno, podemos hacer ambas cosas —dijo Julio—. Los compañeros pueden ir haciendo la inspección, mientras nosotros conversamos, ¿no les parece?

La proposición fue aceptada. Teté recogió la bandeja y guio a los técnicos hacia el interior de la casa, mientras las dos mujeres y Julio quedaban silenciosos por un momento.

—¿Quién descubrió el robo? —preguntó él.

—Ella —dijo Joaquina.

—Yo —dijo Rosario al mismo tiempo—. Yo lo descubrí... es que ¿sabe?, la casa es muy grande para nosotras solas... Teté es muy trabajadora, pero a veces falta, y no siempre se va tan tarde como hoy y... bueno, nosotros limpiamos y arreglamos la planta alta, mientras que ella se ocupa de la planta baja... ella cocina también, y lava alguna ropa... ya le digo, ¡es de oro esa muchachita!, pero... ¿qué le decía? ¡Ah, sí, pues nosotras limpiamos la planta alta y antes de ayer me decidí y le dije a Joaquina, voy a limpiar ese desván, y estuve todo el día en eso, pero una ya no es joven y entonces por la noche me

sentí tan mal que tuve que tomar píldoras para dormir y amanecí mejor... mi médico dice que no debo... ¿sabe?, tengo muy mala la presión, siempre he padecido de la presión, pero ¡figúrese!... ¿Qué le decía? ¡Ah, sí!, pues nosotros limpiamos la planta alta y antes de ayer me decidí y...

—... y comenzó a limpiar el desván, pero no pudo terminar y ayer por la mañana continuó, y sólo había hecho empezar cuando metió un grito y Teté y yo corrimos a ver qué le pasaba —continuó el relato Joaquina— y la encontramos con el armario abierto de par en par y el joyero vacío en las manos...

—¡Se las habían llevado!... ¡Se las habían llevado todas! —agregó Rosario tartamudeando. En una crisis de llanto añadió—: ¡Las joyas de mamá! ¡Ay, madre mía! ¡Las joyas! —y se desmadejó en el sofá.

Después que Julio y Joaquina la acomodaron, Teté trajo un vaso que contenía algo que llamó las gotas para la presión, y Rosario lo bebió a sorbos entrecortados por suspiros y sollozos.

—¡Ay, compañero, perdone a esta vieja! —dijo con voz lastimera cuando estuvo más tranquila—, pero si usted supiera lo que representan esas joyas para mí... ¡imagínese!, son un recuerdo de mi madre, casi el único que me queda. ¡No! ¡Y de gran valor! ¡Sí!, pero no es el dinero lo importante, ¿sabe?, es que... —lo pensó mejor y contuvo los sollozos—. ¡Un gran valor! —repitió en voz baja.

—¿Podría describirme las joyas? ¿Cuántas son...? —preguntó Julio.

—Pues verá —respondió Rosario—, son un par de dormilonas de oro, un solitario engarzado en oro, una cadena, también de oro, con un camafeo trabajado en marfil, dicen que copia de una obra del renacimiento italiano... un pasador de oro que es una belleza, es una flor de lis y cada pétalo de la flor tiene un pequeño diamante en el centro, es un trabajo muy fino... mi madre tenía muy buen gusto ¿sabe?... y el collar...

—¡Sí, el collar! —dijo Joaquina que hasta entonces había permanecido callada. En su voz Julio descubrió un matiz que no había percibido hasta ese momento.

—¡Ésta se puso el collar una vez para una fiesta! —dijo Rosario—. ¡Yo se lo presté!

—¿Y ese collar...? —dijo Julio tratando de encauzar de nuevo la conversación.

—¡Ah, sí! ¡Quisiera que lo viera! —y los ojos azules de Rosario resplandecieron—. De un estilo de fines de siglo, de una sola vuelta... una vuelta de rosetones de oro martillado, colocados sobre una hojarasca también de oro... son seis rosetones, y en cada uno de ellos hay un rubí...

—¿Y... el valor...? quiero decir, el valor monetario de estas joyas, ¿es muy elevado? —preguntó Julio—. Quiero decir... ¿tienen la tasación, existe certificado de valor, han estado aseguradas, guardadas en algún banco...?

—¡No! —dijo Rosario sorprendida por las preguntas de Julio—. ¡Eran regalos de nuestro padre a mi madre! Ella era un espíritu muy delicado... ¿sabe?... yo soy una vieja muy anticuada... ni al banco quiso llevarlas nunca... pero —añadió cambiando el tono— en total deben tener un valor de diez mil a doce mil pesos atendiendo solamente al oro y las piedras de que están hechas, porque si se tiene en cuenta el trabajo de orfebrería... ¡el collar sólo debe tener un valor de alrededor de ocho mil pesos!

Aunque no lo demostró, Julio se sorprendió. Pues Rosario se le mostraba como una hábil calculadora en el valor de las joyas, aunque aseguraba no haber pensado nunca en ello.

—¡Déjeme explicarle —intervino Joaquina— que ella y yo somos hijas del mismo padre, pero de madres distintas!

—¡Eso es! ¡Eso es! —repitió Rosario.

Continuaron conversando hasta que regresaron los técnicos precedidos por Teté, y todos se despidieron. Al salir, Julio hizo un lento recorrido por los jardines. Lo acompañaban los técnicos, que ya lo habían hecho con anterioridad. A veces alguno de ellos le hacía una observación. Detenían su recorrido. Volvían atrás. Miraban hacia la residencia o hacia la verja. De esta manera, regresaron a la entrada del jardín y salieron a la calle. Ésta se encontraba oscura y silenciosa. Solamente en la siguiente esquina había un farol del alumbrado público. A media cuadra, en otra casa, podía verse luz en dos ventanas de la planta alta. ¡No habrá testigos oculares!, pensó Julio. Encendió un cigarro mientras echaba una última mirada a la casa. Y puso el motor del auto en marcha.

Sobre la mesa se encontraban todos los documentos. En el extremo derecho estaba el acta con la denuncia realizada por Joaquina. En el centro se amontonaban las notas y resúmenes de su conversación con las dos hermanas y Teté. En el otro extremo se encontraba el informe de los técnicos sobre la inspección ocular realizada y parte del peritaje ya efectuado.

Tomó el informe y lo leyó durante un rato. Sacó entonces, de un sobre que acompañaba al informe, un juego de fotografías. Después de observarlas una a una, añadió algunas notas al resumen que preparaba y que comenzaba a tomar cuerpo. Entonces comenzó a leerlo de nuevo.

El día 13 Joaquina presentó la denuncia sobre el robo de joyas que se descubriera ese mismo día. La relación de las joyas y el cálculo aproximado de su valor muestran que se trata de un robo relativamente importante, destacándose entre todas ellas un collar de rubíes con un valor aproximado de ocho mil pesos.

El robo de las joyas fue descubierto por Rosario, su dueña, alrededor de las diez de la mañana, mientras ordenaba y limpiaba el armario donde las había guardado el día anterior por la tarde. El robo pudo haberse cometido durante ese lapso.

La entrada que parece haber sido utilizada por el ladrón es la puerta de la cocina. Ésta comunica con el jardín en su parte más abandonada, donde los arbustos han crecido considerablemente, y por donde la verja tiene tramos sin barrotes. El autor del robo debió abrir la puerta utilizando una ganzúa. El armario posiblemente fue abierto de la misma manera.

En la planta alta dormían ambas hermanas, cada una en su cuarto, con la puerta cerrada. Al otro lado del pasillo se encuentra el desván. El delincuente pudo penetrar en éste por la puerta, porque nunca se cierra con llave. El armario se encuentra en un extremo de la habitación. Se trata de un mueble antiguo, con cerradura cuya llave sólo posee Rosario. Las joyas estaban guardadas en un estuche de porcelana que se encontraba colocado en uno de los entrepaños inferiores del armario y su cierre de presión está defectuoso. El delincuente debía conocer el lugar donde se encontraban, pues fue directamente a ellas, no habiéndose observado ninguna otra alteración en la casa.

Pero dejó algún rastro durante la realización del delito: huellas dactilares (borrosas, pero frescas) en el joyero de porcelana. Se ha verificado que estas huellas no corresponden a ninguno de los moradores de la casa. Y huellas de calzado de hombre, pertenecientes a una misma persona, desde la entrada de la cocina hasta la verja.

Ambas hermanas no sospechan de nadie. En cuanto a Teté tienen una confianza absoluta en ella. Además, destacaron que ese día la mujer se había ido muy temprano, porque preparaba una fiesta en su casa.

Sus relaciones están limitadas a una prima nombrada Lidia, que las visita de vez en cuando. Y a un viejo amigo de la familia, nombrado Arturo, que lo hace ocasionalmente. Precisamente la semana anterior estuvo en la casa.

Estas tres personas son las únicas que conocen la existencia de las joyas, pero ignoraban, según el criterio de ambas hermanas, el lugar donde eran guardadas por Rosario.

Julio quedó pensativo ante el papel en blanco. Al fin escribió:

Una investigación sobre Joaquina y Rosario corroboró la mayor parte de la información que brindaron. Pudo conocerse además, que el padre de ambas, un viejo almacenista español, tuvo a Joaquina con su primera esposa, con quien se había casado en España. Ésta murió a consecuencia del parto. Cinco años después, se casó de nuevo con la hija de un colono criollo con quien tuvo a Rosario.

Ambas hermanas tuvieron una vida acomodada hasta el año 1957. Al año siguiente, al morir el padre, comenzaron a atravesar una situación económica difícil. Éste había liquidado prácticamente su fortuna, y sólo les dejó como herencia la casa en que viven.

Julio dio por terminado el informe, y tomó una taza de café. Después anotó en una hoja de su block:

1°. TETÉ

2°. ARTURO

3°. LIDIA

2

Teté

A Teté en primer lugar. Porque era la persona más cercana a las dos ancianas, aunque éstas tuviesen sobre ella la mejor opinión y una confianza absoluta. Porque era una de las tres personas que conocía la existencia de las joyas, aunque no supiese el lugar exacto donde se encontraban, según la opinión de Rosario. Y porque, aunque las huellas en el jardín correspondían al calzado de un hombre, aún no se había eliminado la posibilidad de la existencia de cómplices en el robo; y en ese caso, nada impedía la participación de Teté como tal. Y finalmente, se dijo Julio, porque no es cosa muy común en estos tiempos encontrar una criada.

Detuvo el carro en el extremo del parqueo. Después de subir la empinada calle, dobló en la próxima esquina y comenzó a buscar el letrero. Casi al llegar a la siguiente cuadra observó las tres letras pintadas sobre una plancha metálica. Entró por un pasillo al costado de la casa, y en la tercera puerta tocó suavemente con los nudillos.

La mujer que abrió la puerta estaba limpiando la casa en esos momentos. Tenía la ropa mojada, estaba descalza, con un pañuelo en la cabeza, y aún sostenía en la mano un paño empapado. Julio lamentó lo inoportuno del momento de su llegada.

—¿La compañera Matilde? —preguntó.

—Una servidora —respondió la mujer.

—Matilde, parece que llegó en mal momento, pero necesitaría conversar con usted —le dijo Julio mientras se identificaba.

—No se preocupe, compañero, lo que tendrá que disculpar el reguero, ¡figúrese!, pase, pase por aquí —dijo la mujer sonriendo.

Después de atravesar la sala con los muebles vueltos al revés y arrinconados contra la pared, se sentaron en un patiecito lleno de macetas y tinajas.

—Discúlpeme un minuto —dijo Matilde, y regresó con una taza de café, que Julio bebió de un solo trago—. ¡Déjela por ahí! —dijo ella mientras se sentaba en un banquito. Julio colocó la taza vacía junto al lavadero y encendió un cigarro.

—Bueno, Matilde, se trata de unas personas que viven aquí, en la cuadra... me haría falta conocer alguna información sobre ellas...

—¿Quiénes son?

—Bueno, yo conozco el nombre de la mujer, se llama Teté... no sé quiénes más viven con ella...

—¿Cómo es? —preguntó Matilde.

Julio le hizo una descripción detallada de la criada. La mujer hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Sí, viven ella y el marido. No tienen niños. ¿Qué quiere saber? —preguntó de nuevo Matilde.

—Prefiero que usted me diga todo lo que conozca sobre ellos y que pueda parecerle interesante... después podemos precisar los detalles si es necesario.

—Pues bien, viven aquí hace unos diez años... vinieron recién casados... él se llama Pepe, y tengo entendido que ahora trabaja en la construcción, pero de eso no hace mucho tiempo... cuando se mudaron para el barrio no trabajaba ninguno de los dos...

—¿Y de qué vivían? —la interrumpió Julio.

—Él había estado por allá, por el barrio de Colón, ¿me entiende?... con esas mujeres... vaya, había sido chulo, y dicen que Teté... trabajaba con él, ¿me entiende...? aquí estuvo con las apuntaciones, como bolitero... yo no sé, pero me imagino que estaba metido en todo eso.

—¿Se lo imagina o lo sabe? —preguntó Julio jovialmente.

—No, lo que me imagino —respondió Matilde siguiendo la broma—, es lo demás... pero lo que es seguro es que él fue chulo y bolitero, y ella... pues después de un tiempo de triunfar la Revolución, ella empezó a trabajar como criada, por allá, por el Vedado.

—¿Y él?

—Siguió de chulo —rió Matilde—, porque siguió sin trabajar todavía un tiempo... después estuvo en los muelles, de allí se fue y estuvo varios meses,

dice ella que buscando trabajo por el campo, ¡mire si son descarados...! y entonces comenzó a trabajar en la construcción... y ahí está ahora.

—¿Y se llevan bien? —preguntó Julio cambiando el tema.

—Sí, como perro y gato.

—¡Ah! ¿Tienen peleas?

—¡Y no quiera usted oír las! Son en plena calle. ¡Y con unas palabrotas!

—¿Y por qué son las peleas?

—Bueno, ella es muy celosa.

—Él le dará motivos...

—Pues para que vea, parece que hasta hace algún tiempo, de verdad no había nada... o al menos no se le conocía...

—¿Desde hace algún tiempo? ¿Y ahora sí?

—Mire... —Matilde cambió de posición en el banquito— hace como un año, él estuvo perdido de por aquí unos cuantos días... ella no dijo nada... y empezaron los comentarios, que si estaría preso, que si lo habrían matado, que si se habría ido... ¡de esta clase de gente puede esperarse cualquier cosa! Pero no. ¡Volvió! Y ese día ella le formó tremenda pelotera... y en la discusión él le dijo que había estado con una tal Laura, porque... bueno, no se lo puedo repetir, pero ya usted se imaginará, y todo gritado... parece que ella ya lo sabía, porque habló de esa Laura como si la conociera o supiera de ella, y después se echó a llorar. Pero él se quedó como si nada hubiera pasado.

—¿Y aquí en el barrio no tienen amistades?

—Bueno, usted sabe cómo es eso. Ella va a la bodega, al puesto, que si la libreta... saluda a la gente, pero amistades... lo que se dice amistades... no, no tienen.

—¿No los visitan?

—Muy poco. A veces sí... ellos tienen un amigo de esa época que se llama Luisito... muy delicado él, ¿usted me entiende?, que usa una ropita... ¡si hasta parece que se arregla las cejas! Ése viene a cada rato. Otras veces vienen dos o tres hombres, algunas mujeres. Hace poco dieron una fiesta.

—¿Qué clase de fiesta?

—No, un motivito, como ella cumplía años... a mí me trajo un pedazo de quei y refresco... por compromiso, claro... dice que cumplía treinta años.

—Sí, aparenta tener esa edad...

—Pero yo creo que él no es mucho mayor.

—¿Cómo es él?

—Es un mulato alto, muy fuerte, tiene dos dientes de oro, viste muy bien, tiene muchos zapatos y prendas finas... ella también.

—¿Y la fiesta? —le preguntó Julio.

—¿La del otro día...? No quiera usted ver aquello, duró como hasta las dos de la mañana... y cuando ya la gente se iba, parece que estaban pasados de tragos, se formó una discusión que levantaron a todo el barrio, se tiraron botellas, vasos, todo lo que había... a una de las mujeres le rompieron el vestido. Bueno, con decirle que vino el patrullero y se los llevó a todos para la estación, y allí estuvieron hasta el otro día por la mañana...

—¿Y cuándo fue esa fiesta? —preguntó Julio.

Deje ver... yo había ido al dentista esa tarde... fue el miércoles... el miércoles 12 de octubre por la noche.

—Bueno, Matilde, muchas gracias, y perdóneme la molestia —le dijo Julio al tiempo que se levantaba—. Quizá tenga que volver por aquí.

—Cuando usted quiera, yo casi nunca salgo... si le hace falta que... si necesita conocer alguna otra cosa.

—Si sabe algo que crea interesante llámeme a este teléfono —le dijo, al entregarle un número anotado en una hoja de su block—. De todas maneras yo volveré —y se despidió de Matilde.

Cuando llegó a la oficina, encargó a su auxiliar que pidiese una copia del acta levantada por la alteración del orden, producida en la fiesta. Revisó entonces la correspondencia que había recibido, y de ella separó la información referente al robo de joyas.

El primer documento que leyó, contenía los resultados definitivos del peritaje sobre las huellas de calzado detectadas en el jardín de la casa. Las huellas habían sido producidas en la madrugada del día 13. Pertenecían a un hombre de unos treinta años de edad, con una estatura aproximada de cinco pies y cinco pulgadas, de complexión débil y que calzaría el número 6 o 6½.

El segundo documento era el resultado del peritaje con las huellas dactilares que habían sido encontradas en el joyero de porcelana. Sería necesario ahora ver si con ellas podía obtenerse algo.

Anotó todos los datos en su libreta y después fue a comer. Cuando regresó, por la noche, buscó el informe que había elaborado el día anterior. Lo leyó completo y entonces añadió los resultados del peritaje. Después comenzó a sintetizar el resultado de su conversación con Matilde. Se detuvo un momento y revisó su agenda de trabajo.

Miró el almanaque. No había duda alguna, el robo había sido cometido en la madrugada del 12 al 13 de octubre. Tomó un lápiz rojo y tachó el nombre de Teté de la lista que tenía sobre su mesa.

3

Arturo

El partido de squash había terminado, y todos se dirigieron a las duchas. Durante dos horas el ejercicio violento y el entusiasmo deportivo habían alejado de su mente el robo de las joyas. Ahora que el chorro helado de la ducha caía sobre su cabeza, casi sin darse cuenta se puso a pensar en ello. La información recibida hasta el momento no había aclarado nada. El acta de la pelea en casa de Teté y Pepe, sólo había aportado los nombres y direcciones de las amistadas de éstos, y la comprobación de lo que le había dicho Matilde.

Los antecedentes penales de Pepe precisaban igualmente la incompleta visión que había obtenido de la conversación con la compañera. Se habían comparado sus huellas dactilares con las encontradas en el joyero, pero pertenecían a dos personas distintas.

Arturo y Lidia, por su parte, no poseían antecedentes penales. Tendría que comenzar por investigar personalmente en el lugar donde vivían.

Ya en el automóvil se dirigió a Marianao, y después de dar varias vueltas, pudo localizar la zona donde Rosario le había informado que vivía Arturo. Parqueó en una calle transversal, y caminó hacia el lugar. Al llegar a la bodega de la esquina, se detuvo a comprar cigarros. Un grupo de hombres jugaba al dominó. Eran cuatro hombres de entre cincuenta y setenta años los que estaban sentados a la mesa. Alrededor de ellos, dos o tres más los miraban jugar.

En una pared cercana había un teléfono público. Julio se dirigió al teléfono y llamó a un número varias veces sin recibir respuesta. Lo dejó colgado un rato, y mientras esperaba, se puso a observar a los jugadores de dominó. Tenían un tipo parecido, la diferencia en edades no era muy apreciable, y sentados como estaban, tampoco diferían demasiado en estatura y corpulencia.

A veces el escándalo que formaban ante una jugada era atronador. Otras, quedaban en silencio, meditando, en espera de la jugada del siguiente, la que al realizarse desencadenaba de nuevo la algarabía. Las malas palabras, las bromas y los insultos iban parejos con el juego. En un momento dado una de las parejas discutió sobre quién tenía la culpa por haber perdido la data. El juego llegaba a su fin. La pareja perdedora se levantó para que otros ocuparan sus asientos. Y en la burla de que eran objeto de los demás, un hombre llamó la atención de Julio, al ser gritado por otro de los jugadores que se encontraban sentados: «¡Arturo, a ti cualquiera te da una pollona!» El aludido le contestó con un ¡vete al carajo!, y se acercó al mostrador para comprar cigarros.

Tendría sesenta y tantos años, era medio calvo, y aunque vestía camisa y pantalón, calzaba unas chancletas de madera, por lo que presumiblemente vivía cerca de la bodega. —¿Sería una coincidencia?

El hombre se alejó por la acera. Julio lo siguió disimuladamente hasta una pequeña casa, de una planta, con jardín y portal. El hombre se sentó en éste, y Julio continuó por la acera. Después, cruzó la calle y se encaminó directamente a uno de los dos apartamentos de la planta baja del edificio que existía en esa esquina. Un hombre vestido de verde olivo que se encontraba en la terraza del apartamento lo saludó.

—¿Qué tal, Julio? —le dijo el militar, y agregó, abriendo la puerta de la terraza—: pero pasa, chico, pasa.

—Yo bien, ¿y ustedes, cómo están por aquí? —le respondió.

—Pues como siempre, echando palante —continuó el otro—. ¡María, mira quien está aquí! —llamó.

Enseguida salió una mujer pequeña y sonriente que saludó a Julio con afecto y que se retiró hablando sobre el café que iba a preparar.

Mientras tanto, Julio y su amigo se sentaron en el sofá.

—¿Y esta visita tuya, tan de improviso y sin que me avisaras? —le preguntó el amigo.

—¡Eh! ¿Y desde cuándo tengo yo que anunciarte mi visita? —le respondió Julio con fingido asombro.

—¡Ah! ¡Déjate de boberías!... tú sabes lo que quiero decir... ¿qué tienes por esta zona? —insistió sin hacerle caso a la broma de Julio.

—Oye, Pancho, contigo no hay quien pueda... pues sí, y creo que muy cerca de aquí... —le dijo.

—¿Quién es? ¿Dónde? —preguntó Pancho.

—Mira, se trata de un tal Arturo... aquí tengo su descripción —dijo, mientras le entregaba a Pancho un pedazo de papel con los datos sobre Arturo.

—¡Ah! ¡El viejo! —exclamó enseguida el amigo.

—¿Lo conoces?

—¿Cómo no! ¿Qué pasa con él?

Brevemente Julio le explicó la información que necesitaba sobre Arturo. Pancho se quedó pensando unos momentos. Entonces entró la mujer con sendas tazas de café y durante algunos minutos la conversación giró sobre temas domésticos. Después ella se retiró discretamente al interior de la vivienda y ambos compañeros continuaron la conversación.

—Chico, como persona es buena gente... no se mete con nadie, siempre está en la esquina jugando al dominó...

—¿Es él! —exclamó Julio.

—¿Quién? —preguntó Pancho sorprendido.

Julio le explicó todo lo ocurrido desde su llegada a la cuadra, y la casa donde había entrado.

—Pues sí, ése es Arturo. Es un solterón, no se le conoce nada por ahí, y si tiene mujer debe ser por otro lado, aunque como te digo sale bastante poco... aunque... sí, dos o tres veces al mes sale muy arreglado y se pierde varias horas... ¡vaya usted a saber! Esa casa en que vive es de él según se dice en el barrio, porque cuando nosotros nos mudamos para acá, ya él vivía aquí, tuvo muy buena posición hace algunos años... era administrador de una de las sucursales más importante del citi banc, pero después que lo nacionalizaron se jubiló; parece que recibe una buena jubilación, porque nunca le falta nada... vive solo y no tiene otras amistades por aquí que los viejos con que juega al dominó... no conozco que se haya enfermado de gravedad nunca... es una gente fuerte para la edad que tiene... ¿qué más? —quedó pensativo, buscando alguna otra información que pudiera resultar de interés para Julio —. No... no sé qué más pudiera... ¡ah, sí!... ¡cómo no!, mira, por poco se me olvida...

En esos momentos salió corriendo del interior de la casa un niño de pocos años que se dirigió rectamente a Julio, y le saltó encima con alegría. Julio lo abrazó y estuvo jugando con él un rato hasta que la madre se lo llevó para acostarlo. Tan pronto quedaron solos, Julio preguntó a Pancho sobre lo que estaba contándole al entrar el niño.

—Pues verás..., hace como diez días, más o menos, vino a verlo alguien en un carro grande y bastante bueno. Yo no lo vi, pero parece que el carro estuvo parado bastante rato frente a la casa, y como eso es algo desacostumbrado, le llamó la atención a María... ¡espérate, déjame ir a buscarla para que te lo cuente! —Salió de la sala dejando solo a Julio. Éste se dirigió a la terraza y miró hacia la casa donde vivía Arturo. El viejo se encontraba sentado en el portal. Desde la sala Pancho lo llamó. María estaba sentada en el sofá, esperándolo para contarle sobre la visita que recibiera Arturo.

—Bueno, pues sería como el lunes de la semana pasada —comenzó la mujer—, me acuerdo, porque ese día me tocó la carne, y yo tenía descongelado el refrigerador, y entonces...

—¡Al grano, María, al grano! —intervino Pancho.

—¡Espérate, viejo! ¿No es importante saber el día? Pues así yo me acuerdo... —y continuó su relato—, pues como estaba descongelando el refrigerador, fui a llevar la carne a casa de una vecina para que me la guardara mientras tanto, y al pasar por allí, vi frente a la casa de Arturo un carro, ¡ay, Julio! ¡Qué carro!, grande, negro, muy brillante.

—¿Sabes la chapa? ¿De quién es?

—No... no sé —dijo la mujer apenada.

—¡Oye! —le preguntó de pronto—. ¿Y después de ese día no lo ha visitado nuevamente esta semana... a principios?

—No.

—¿Ni ha salido por la noche?

—¿Él? Nunca sale por la noche. A veces visita unas amistadas que tiene por el Vedado, pero ya a las seis está de vuelta.

—¿Pero a lo mejor en estos días...? —insistió Julio.

—No, Julio, no... después de las seis de la tarde, Arturo no se va del barrio... juega su dominó hasta tardísimo y...

—Pero hoy se fue temprano.

—No. ¡Qué va! —la mujer rio de buena gana—, es que se pone bravo cuando pierde, pero dentro de un rato está otra vez en la esquina. Tiene vicio de dominó, y antes de acostarse se queda un rato en el portal cogiendo fresco; pero de aquí, del barrio, Arturo no sale por la noche.

4

Lidia

—¿Y viene a menudo por aquí? —preguntó Julio.

—Todas las semanas.

—¿Con el mismo hombre?

—¡Muchacho!... todas las semanas es uno distinto.

—¿Jóvenes o viejos?

—De todo... y bien vestidos... y con tremendos carros.

Julio se echó a un lado para dejar pasar una pareja. Detrás venía un grupo bullicioso. Desde el parqueo continuaban llegando hombres y mujeres con ropa de fiesta. A veces, en la puerta paraba un automóvil del que descendían sus ocupantes, y el auto se dirigía hacia el parqueo dando la vuelta a la fuente luminosa, donde un grupo de ninfas danzaba una ronda. Más allá, una ballerina surgía entre la vegetación. Arriba, un anuncio lumínico señalaba la entrada: Tropicana.

—¿Y hoy no ha venido? —preguntó.

—No, todavía no ha llegado —respondió el miliciano.

—¿Y por qué estás tan seguro de que viene?

—Porque estuvo aquí por la tarde visitando a sus amistades, y cuando salía me lo dijo.

—¿No debía haber llegado ya? ¿No habrá entrado? —insistió Julio.

En ese momento se detuvo a pocos pasos de Julio un automóvil rojo, ocupado por varias parejas. Sus ocupantes abandonaron el carro, que siguió rumbo al parqueo.

El miliciano hizo un gesto significativo con la cabeza, mientras cuchicheaban: «¡Es ella!» Julio iba a preguntarle a cuál de las mujeres se refería, pero no fue necesario, pues al volver la cabeza sus ojos se cruzaron con los de ella. Pero la mujer continuó su camino riendo escandalosamente, sin prestarles la menor atención a los dos hombres que estaban en la puerta.

Su edad era difícil de precisar, debido al maquillaje y a las luces nocturnas, pero podría aventurarse que tenía más de treinta años, pero menos de cuarenta. El traje rojo que llevaba dejaba apreciar un cuerpo hermoso, quizá con algunas libras de más. El cabello, negro y ensortijado, le caía suelto sobre la espalda. Sus orejas, cuello y manos fulguraban con las luces que despedían las joyas que llevaba. Sólo los ojos, de color azul claro, recordaban que se trataba de la prima de Rosario y Joaquina.

—¡Bueno! ¿Y qué? —dijo el miliciano con sorna, después que el grupo se adentró hacia la sala del cabaret.

—¡Muy bien!... si todo es verdad —respondió Julio en el mismo tono.

—¡Tan falsa como las prendas! —respondió con risa forzada el miliciano—. Si la vieras por la tarde y sin pintura, no la reconocerías... y ya te dije que todas las semanas anda con uno distinto... así que...

—¿Y ése con quién viene, tú sabes quién es? —pregunto Julio.

—Sí, es un director de teatro. No recuerdo cómo se llama, pero tiene mucho nombre entre ellos.

—No me parece que podrá darle gran cosa.

—No. Pero de vez en cuando viene con otra clase de gente...

—¿Por ejemplo?

—Diplomáticos extranjeros, funcionarios de algún organismo, siquitrillados que quedan por ahí... lo mismo le da...

—Sí, ya me doy cuenta. ¿Y esas amistades con la gente del cabaret?

—Hace años fue artista, corista, cantante... ahora visita mucho a sus antiguos compañeros, va al teatro, al ballet.

—¿Ella? Luce un poco vulgarota para eso.

—Sí, pero en esos lugares también se reúne con su elemento...

—¡Oye, oye! —dijo Julio con falsa alarma—. ¡Conoces mucho a Lidia! ¿No estarás también en su lista?

—Coño, Julio, que indiscreto eres. Además, acuérdate que yo soy empleado de aquí hace más de diez años —y rió por lo bajo—, si no entras rápido, te vas a perder el show.

—Ok, nos veremos entonces —y Julio entró al cabaret.

Se detuvo en el vestíbulo tratando de determinar hacia dónde se habría dirigido Lidia con sus amigos. Todavía había luces encendidas. Las mesas

estaban llenas. Dio una vuelta por el bar y regresó por el pasillo lleno de espejos, por el costado donde se encuentran los baños. Caminó lentamente tras la baranda de bronce desde donde se observaba el anfiteatro del salón «Bajo las Estrellas». El efecto enervante de las luces, la vegetación y el bullicio de la sala llena, era compensado por la frescura que producía el aire puro y el cielo despejado. En ese momento la orquesta dejó escuchar una fanfarria y en el preciso momento en que las luces se apagaban, descubrió a Lidia y sus amigos en una mesa, dos niveles más abajo de donde él se encontraba.

Se mantuvo durante todo el tiempo que duró el espectáculo observando la mesa ocupada por el grupo que acompañaba a Lidia. Pero ninguno de ellos se movió. Cuando terminó, una parte del público se desplazó hacia la salida o hacia los baños, mientras que una nueva orquesta ocupaba sus asientos para deleite de los bailadores.

Lidia se levantó acompañada de las otras mujeres, y dando la vuelta por la rampa alfombrada, se dirigió al baño de las señoras. Para ello debía pasar cerca de Julio. Cuando él la tuvo a pocos pasos, comprobó dos cosas: Que Lidia estaba más cerca de la cuarentena de lo que se había imaginado. Y que llevaba un collar dorado, con rosas en las que refulgían, como gotas de sangre, con el mismo color de su vestido, seis rubíes.

Al otro día, por la mañana, Julio llegó a la oficina más temprano que de costumbre. Abrió la caja fuerte donde guardaba sus documentos y extrajo la información sobre el robo de joyas. Durante un buen rato estuvo escribiendo el resumen de las investigaciones realizadas en los últimos días, concluyendo con los resultados de su visita a Tropicana y su primer encuentro con Lidia.

¡Era demasiado evidente! ¡Un descuido así sería imposible! ¡Ese no podía ser el collar! Y sin embargo... ¿podía admitirse una casualidad? Necesitaba conocer de inmediato como eran las joyas robadas en todos sus detalles, porque las descripciones que le había facilitado Rosario eran bastante imprecisas e idealizadas, motivadas por la obsesión que la anciana mostraba por ellas.

Decidió hacer una nueva visita a la casa del Vedado, acompañado de un dibujante, para que éste hiciera los diseños de las joyas, porque no existía

ninguna fotografía que permitiera su reproducción. Anotó en su cuaderno éstas y otras ideas con la que continuaría su plan de investigación.

Alrededor de las diez de la mañana salió de la oficina. Una vez en el automóvil se dirigió al Malecón y por él llegó hasta la Quinta Avenida. En la calle Doce, la luz del semáforo lo obligó a detenerse. Otros carros fueron acercándose al semáforo y se detuvieron junto a él. Pudo ver entonces, cómo por la extrema izquierda de la avenida llegaba un Corvair rojo.

Reconoció de inmediato el carro de la noche anterior, y disimuladamente se fijó en sus ocupantes. Ahora sólo iban un hombre y una mujer. Aunque llevaba espejuelos oscuros y los cabellos recogidos en la nuca, pudo reconocer a Lidia. Pero el hombre que manejaba el carro no era ninguno de los que estaban con ella en Tropicana.

En esos momentos se produjo el cambio de luces, y los carros reiniciaron la marcha. El hombre del Corvair rojo aceleró. Julio también lo hizo, y se situó un carro por detrás del Corvair. Este zigzagueaba, esquivando otros carros que marchaban a menor velocidad. Julio, para no hacerse notar, debía esperar el momento oportuno para pasar a los otros carros. Esta situación hizo que el Corvair comenzara a alejarse, pero su llamativo color se destacaba desde lejos, lo que permitía que no se perdiera de vista totalmente.

Un nuevo semáforo detuvo a todos los automóviles, dando la oportunidad a Julio de acercarse de nuevo al carro, ahora por la misma senda izquierda por donde aquel marchaba. Un instante más tarde, las luces permitieron la izquierda, y ambos automóviles doblaron, uno tras el otro, seguidos a su vez por varios carros más.

Se encontraban en la calle Setenta, y por esa avenida subieron ambos a la misma velocidad. Julio temió que hubiesen observado su persecución. Pero, aparentemente, no había sido así. Poco después el carro rojo aminoró la marcha hasta detenerse frente a una casa de dos plantas en la propia avenida. Lidia y su acompañante bajaron y entraron en la residencia. Julio continuó hasta la próxima cuadra, dobló a la derecha y parqueó bajo un almendro. A pie, se dirigió hacia la cuadra que dejara atrás, mientras una sonrisa aparecía en sus labios. Precisamente en la esquina contraria había un CDR.

5

Joaquina

Los dos oficiales llevaban más de una hora intercambiando opiniones. Decidieron hacer un descanso y aprovechar para tomarse un café. Al rato, volvieron a la mesa de trabajo.

—Veamos cómo va el asunto del robo de joyas —dijo su jefe.

Julio sacó del maletín el resumen que había preparado, y comenzó a darle lectura. A veces se detenía en un párrafo para hacer una aclaración. En otros casos, su jefe lo interrumpía para que repitiese una frase o para que le explicase con más detalles los hechos. Revisaron las fotografías tomadas durante la inspección ocular. Discutieron los resultados del peritaje técnico. Al fin, Julio terminó de leer el resumen. Durante unos momentos los dos quedaron callados.

—¿Y el collar? —preguntó su jefe.

Desde hacía tres días Julio se hacía esa misma pregunta. Había visitado la casa del Vedado con el dibujante; se había logrado realizar varias reproducciones a colores de las prendas robadas. Era indudable que el collar robado y el que viera aquella noche en Tropicana eran semejantes, pero ¿podía por ello asegurarse que Lidia tenía en su poder el de su prima? La propia Rosario había explicado que el diseño de su collar era muy de moda a fines del siglo pasado, y que posteriormente lo había tomado la industria como modelo para hacer copias de joyería de fantasía. Precisamente el mayor valor del que poseía Rosario era su carácter original. No era imposible que fuese una de dichas copias lo que poseía Lidia. El collar por sí solo no probaba nada, a menos que se tratara de la joya robada.

En realidad, el problema debía considerarse desde su inicio sobre la base de dos hipótesis:

La primera de ellas, que el robo hubiese sido realizado por un extraño a la casa, que por pura casualidad había tropezado con las joyas. Esta hipótesis

parecía poco probable, puesto que no había sido robado otro objeto, no obstante haberlos de gran valor, incluso en el propio armario, y ni siquiera fueron tocados. Todo indicaba que el ladrón (o los ladrones, ya que este extremo aún no podía ser descartado) había ido directamente a buscar las joyas.

La segunda hipótesis partía, precisamente, del hecho de que al autor del robo sólo le interesaban las joyas (sin que pudiera conocerse los motivos de ello, puesto que como era conocido había en la casa objetos de tanto valor como éstas). En este caso, debía conocerse por lo menos, que las joyas se encontraban en el desván. Luego, debían ser personas allegadas a Rosario.

Podía considerarse una tercera hipótesis. Consistía en que se hubiese cometido una indiscreción por alguna de las mujeres de la casa con cualquier desconocido; pero tanto las dos hermanas como la criada, aseguraban que esto no había ocurrido. Las investigaciones habían demostrado que, aunque muchas personas suponían que las dos ancianas poseían valores en la casa, nadie había mencionado específicamente las joyas.

De manera que la hipótesis más probable era la segunda. Partiendo de ella, Julio había establecido un primer círculo de sospechosos: Teté, Arturo y Lidia, ya que prácticamente eran las tres únicas personas que mantenían relaciones estables con las dos hermanas.

En el caso de Teté, su permanencia constante en la casa, y su propio trabajo, la hacían la más sospechosa de todos. Conocía la existencia de las joyas, aunque al parecer no conocía el lugar exacto donde las guardaba Rosario. Sin embargo, tanto ella como su marido Pepe, habían pasado la noche y la madrugada ocupados por la fiesta, y con posterioridad, la pelea los mantuvo en la estación de la policía hasta casi la mañana siguiente. Luego, sin excluir la posibilidad de su complicidad, tenían que ser desechados por ahora como ejecutantes del robo.

Arturo había visitado la casa de ambas hermanas la semana anterior. Era un viejo amigo de ambas. Y hasta en un tiempo había estado enamorando a Rosario. Por otra parte, conocía la existencia de las joyas. Pero las opiniones de María y su marido indicaban la dificultad de que él personalmente hubiera participado en el robo. Esto no excluía, por supuesto, que se encontrase complicado.

Finalmente, Lidia, por sus vinculaciones familiares conocía la existencia del collar. Y visitaba regularmente a las primas. Pero la noche del robo la pasó en su apartamento de la calle Setenta con uno de sus amigos. Esto tampoco excluía su participación.

Luego, en cualquiera de los tres casos era necesaria la presencia de un cómplice para la ejecución del robo, si es que ellos habían participado en éste. Quedaba además por determinar la motivación del hecho, ya que no podía pensarse solamente en el valor monetario de las joyas.

Finalmente, había que comprobar si el collar que poseía Lidia era una copia o el original. En el primer caso, el asunto no tendría ninguna importancia. Pero en caso contrario, obligaría a encaminar de nuevo toda la investigación.

El plan que debía realizarse, por lo tanto, se concentraría en esos dos puntos: Ampliar el círculo de sospechosos a los posibles cómplices y tratar de verificar la identidad del collar que poseía Lidia. Con estas conclusiones terminó la reunión.

Cuando Julio regresó a su oficina encontró sobre su mesa un enigmático recado: «Por favor, llámeme de nueve a nueve y media de la noche, sin falta. Joaquina.» Fue inútil preguntarle a su auxiliar. El recado se lo habían dejado hacía dos horas, sin ninguna otra explicación, a través de una llamada telefónica.

Esa noche, pasados diez minutos de las nueve, llamó a la casa de ambas hermanas, y tal y como esperaba fue la propia Joaquina la que contestó al teléfono. Le dijo que tenía una información importante que darle, pero que no podía hacerlo en la casa. Que era necesario que lo viera en un lugar discreto. Ella podía salir al cementerio, a llevar flores a la tumba de su madre. Quedaron, pues, en verse al día siguiente, a las diez, en la novena manzana del cementerio, entre las tumbas 21 y 22, en el sector delimitado por las dos avenidas principales y la calzada de Zapata.

Serían las nueve y media de la mañana cuando Julio llegó a Doce y Veintitrés. Dobló por Doce hacia el cementerio y continuó después por Zapata hasta parquear al costado del restaurante Pekín. Después se dirigió a pie hacía el cementerio, y penetró por una puerta lateral. Comenzó entonces a

avanzar hacia el lugar del encuentro, cruzando calles alternas del sector indicado, hasta que se encontró a seis tumbas de la manzana nueve.

Bajó entonces por la calle lateral hasta menos de dos filas de las tumbas 21 y 22. Desde la sombra que le brindaban los ficus sembrados, a ambas orillas de la calle, pudo ver a Joaquina, vestida de negro, con una sombrilla protegiéndola del sol sentada en una de las tumbas junto a una jarra llena de gladiolos. Miró su reloj. Eran exactamente las nueve y cincuenta y ocho. La anciana no se sorprendió al verlo. Por el contrario, mostró en el rostro una gran tranquilidad y cierta satisfacción.

—¡Ay, dijo, qué bueno que vino! —le dijo después de saludarlo.

Julio le propuso buscar una sombra para poder conversar con mayor comodidad y sin el calor del sol. La ayudó a bajar a la calle, y acompasó sus pasos al lento caminar de la anciana. Al fin se sentaron bajo una tupida enredadera de buganvilia.

—Bien, usted dirá, Joaquina —comenzó Julio.

—Le habrá extrañado mi llamada y esta cita ¿verdad? —preguntó la anciana con puerilidad.

—Por lo menos no la esperaba —le respondió Julio.

—Lo que voy a decirle no podía hacerlo en mi casa, porque podrían escucharme, y entonces... —se mantuvo en silencio como si esperase una pregunta de Julio.

—¿Y de qué se trata? —dijo éste.

—Tengo sospechas sobre el robo —dijo la mujer—, sospechas en mi propia casa. ¿Comprende?

—Francamente, no —le respondió.

—Claro, me explico mal. No es de nadie de mi propia casa, es que... desde el otro día que usted estuvo allá, preguntando si sospechábamos de alguien, me quedé pensando y pensando y entonces me acordé que el esposo de Teté, un tal Pepe...

—¿Pepe? —preguntó Julio—. ¿Por qué?

—Porque Pepe hace algún tiempo visitó a mi hermana Rosario para hacer una pequeña reparación en el patio, una parte del muro y la verja, que se derrumbó, y como mi hermana es como es... usted sabe.

—Usted supone que ella le haya hablado de las joyas a Pepe.

—Exacto.

—Pero, de todas maneras, su mujer pudo haberlo hecho.

—No.

—¿Cómo está tan segura?

—Porque Teté es mucho más discreta que mi hermana, y yo le he advertido... a mi hermana, la pobre, yo no la dejo salir, y como usted sabe sólo recibimos a nuestra prima Lidia y Arturo. Rosario es incapaz de no hablar de esas joyas, constituyen su obsesión. Desde hace años impido que hable con extraños, pero en esa ocasión, yo no me encontraba en la casa y... trato de no salir, pero a veces me es imposible, son tantos años... si ni siquiera puedo traer las flores a mi madre... —y la anciana sollozó cubriéndose el rostro con un pañuelo negro. Después de serenarse agregó—: Yo sé que no tengo ninguna prueba de esto que le digo, y que sería penoso para Teté, pero no se me quita de la cabeza que esa conversación de Rosario y Pepe...

La anciana se despidió y se fue perdiendo poco a poco por las calles del cementerio hasta desaparecer tras unos pinos. Julio quedó sentado sobre la tumba cubierta por la enredadera. Sabía que los indicios no inducían a pensar en Pepe. Que éste tenía una magnífica coartada para la noche del robo, pero si lo que decía Joaquina era cierto sería necesario considerar la tercera hipótesis, y sobre todo, averiguar lo que se había tratado en esa conversación.

6

Pepe

Teté no cesaba de mirar a su marido. Su mirada iba de Julio a la puerta de la oficina, y de ésta a Pepe. Aunque la conversación se desarrollaba en un lugar discreto y que Julio le había aclarado que se trataba de una investigación de rutina, era apreciable el nerviosismo de la mujer. Con su ropa de salir, muy limpia y recién planchada, con la cara pintada un poco exageradamente, y los cabellos peinados exóticamente, Teté lucía mayor que cuando Julio la viera por primera vez. Quizá era sólo cuestión de apreciación personal, pero inclusive le parecía más delgada.

En la otra silla, al costado de la mesa, Pepe mostraba seguridad en sí mismo y tranquilidad. Mentalmente Julio calculó el peso del hombre e hizo un estimado de su altura. Observó sus pies. Pero la conclusión era la misma: de ninguna manera aquel hombre respondía a la información que se poseía sobre el desconocido que cometiera el robo. Por otra parte, era ostensible el cuidado de su persona, que podía apreciarse desde el brillo sin tacha de sus zapatos de puntera hasta el recortado bigote, en el filo de los pantalones o el almidonamiento de la camisa que llevaba por fuera. Ahora atendía, indiferentemente al parecer, la conversación de su mujer con Julio.

—Entonces le pedí permiso a la señora Rosario, y me fui a preparar la fiestecita, ya usted sabe... —continuó su relato la mujer.

—¿A qué hora se marchó exactamente?

—No sé, teniente, le digo que no sé; todavía no eran las seis, porque en ese reloj viejo que está en la sala, siempre suena a las en punto, y yo no lo había sentido desde las cinco, además, la señora Rosario lo dijo, y ella debe saber.

—¿Cuando se marchó notó algo anormal en la casa? —preguntó Julio.

—No, no, todo estaba igual que siempre.

—¿Ni en los jardines, ni en la calle... algún extraño?

—No, no.

—¿Qué hizo entonces? —continuaba insistiendo Julio.

—Bueno —intervino Pepe—, pero ¿qué pasa?, ¿hay algo contra ella?

—¡Pepe! —exclamó suavemente la mujer, mirando al marido.

—Mire, he aceptado que se encuentre presente, porque no es necesario que Teté declare con carácter oficial, solamente verifico informaciones, pero usted no debe intervenir a menos que yo le pregunte —dijo Julio.

—Pero es que parece...

—Por favor —dijo Julio en tono severo.

Pepe se contuvo nuevamente. Su mujer daba vueltas a la cartera que tenía sobre las piernas, con la mirada fija sobre la mesa. Julio continuó verificando paso a paso todas sus actividades de ese día e indagando sus opiniones con referencia a distintas cuestiones. Pero no pudo encontrar nada que constituyera una contradicción con sus declaraciones anteriores. Entonces le hizo una última pregunta.

—¿Y su esposo, cuántas veces ha estado en la casa?

La pregunta produjo la reacción que Julio esperaba, puesto que la mujer volvió instintivamente la cara hacia el hombre, y éste contrajo el entrecejo levemente.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Pepe.

—¿Cuántas veces ha visitado la casa? —repitió Julio la pregunta.

—Bueno, en realidad... yo creo que una sola vez.

—Usted no me lo dijo la vez anterior —replicó Julio.

—Se me olvidó... no me acordé... es que a ellas no les gusta que visiten la casa los extraños...

—¿Y cuál fue el motivo de la visita?

—Él fue... porque...

Pepe había estado siguiendo el diálogo calladamente, pero al fin no pudo contenerse más, e intervino de nuevo.

—Fui a verla a ella por un problema de familia, tenía que darle un recado y no me acordaba del número del teléfono.

—Eso... eso mismo —repitió Teté—. Fue por un problema de familia a verme a mí.

—¿No tuvo entonces que ver ni a Rosario ni a Joaquina?

—No —respondió con seguridad Teté.

—Bien... eso es todo —dijo Julio sin mirar a Pepe—. Si necesito precisar algo más, la llamaré. Puede retirarse.

—¿Y yo? —preguntó Pepe un poco preocupado.

—Puede marcharse también. Yo no lo cité.

Pepe contrajo los labios y salió sin esperar a Teté, quien recogió su cartera y quedó de pie junto a la butaca. Julio notó su turbación y le preguntó si quería algo.

—¿Hay algún problema? —preguntó ella.

—Sí, un robo de joyas —contestó Julio.

—Pero digo, conmigo... o con mi marido...

—Todavía no lo sé —y comenzó a recoger sus papeles. La mujer aún dudó unos instantes. Y al fin se marchó.

Por lo tanto, había una contradicción entre lo que le había dicho Joaquina y lo que Teté y Pepe decían. Además, en las primeras conversaciones no se había mencionado esta visita, no obstante haberlo preguntado a las tres mujeres. Ninguna había dicho nada. Y ahora aparecían dos versiones distintas. ¿Qué papel podía jugar Pepe en todo esto, si sus características no coincidían con las del presunto ladrón? Tampoco era necesario como cómplice, por estar su mujer en la propia casa.

En esto pensaba Julio mientras iba revisando los resultados de las investigaciones recibidas. Entre ellos apareció una sobre Pepe, que había solicitado anteriormente. La historia del individuo, con su secuela de delitos era aún más amplia de lo que había podido contarle Matilde. Pero no había ni un solo elemento indicador de robo, ni de vinculación con joyas en todos sus antecedentes penales. Casi al final, se hacía un recuento de las relaciones más importantes. Julio observó que se insistía en la intimidad de Pepe con el tal Luisito; así como que desde hacía más de un año, aquél mantenía relaciones íntimas con una tal Laura. Era necesario ampliar el círculo de sospechosos. Lo iniciaría con las investigaciones sobre Luisito y Laura

Otra visita a la casa de Matilde, resultó interesante. La compañera no pudo añadir nada nuevo, pero sí pudo darle a conocer otras facetas de la vida personal del matrimonio.

—Ya le digo, con sus antecedentes, una mujer como ella debía cuidarse más —continuaba Matilde en sus apreciaciones sobre Teté. Julio la escuchaba, analizando la psicología y las costumbres que podían deducirse de ello. En un momento dado podían resultar útiles en la investigación—. A mí, por ejemplo, nunca se me ocurriría recibir a un hombre estando sola en la casa, y pasarlo a la sala, y estarme horas y horas con él, sin que nadie sepa, ni esté presente. ¡Qué va! Bueno, pues el otro día, no hacía ni veinte minutos que Pepe se había ido, y ya estaba ahí el Luisito ese. ¡Claro, me dirá usted, con ése no hay problema! Ya lo sé, pero no es porque vaya a pasar nada, es... que se ve feo ¿no? —continuaba en su explicación cuando Julio la interrumpió.

—¿Dice usted que Luisito visitó a Teté después que Pepe se marchó de la casa? ¿Cuándo fue eso? —le preguntó.

—Pues mire, fue a los dos días de haber estado usted aquí. ¿Es importante? —preguntó la mujer con preocupación—. ¡Mire eso!

—¿Qué cree usted?, ¿ocurre a menudo? —volvió a preguntar Julio.

—No... —dijo la mujer después de pensarlo un momento—, la verdad es que no ocurre a menudo... ahí viene alguna gente a verlos, pero siempre que están los dos... y ahora me doy cuenta que eso no ha pasado antes... Luisito nunca ha venido a verla a ella sola... por eso siempre ha venido después de las cinco o por la noche... ¡qué bruta soy! Y, ¿por qué vendría?, ¿usted cree que...? ¿Que Luisito y ella? ¡Oiga! ¡Eso sería tremendo! ¡Quién lo diría!

Julio la miró con admiración al comprobar su rapidez de asociación y asimilación. Sólo que la conclusión no era la más probable. El motivo de la visita debía ser otro.

7

Arturo

—¡Se lo dije a María, en cuanto llame a Julio, viene para acá! —rio el compañero.

—¡Hombre! ¡Si me has dejado recados por todas partes! Cualquiera diría que ya me resolviste el problema que te planteé hace dos meses... ¡A que ni te has acordado de los libros que te pedí!

Ambos entraron en la casa. El hombre se encontraba solo, pues la mujer había ido a una reunión en la escuela. Julio se dejó caer en el sofá con familiaridad, mientras su amigo iba y venía del comedor a la cocina preparando el café para los dos. Al fin, sentados uno junto al otro, Julio le preguntó el motivo de su urgente llamado.

—Bueno, después que estuviste aquí, me quedé preocupado con lo de Arturo. Tú sabes que uno para poco en la casa, tenemos veinte problemas, pero así y todo le encargué a María que estuviera al tanto en lo de las salidas del viejo, y con el problema del carro... ¿Eran las dos cuestiones principales, verdad? —dijo, y Julio asintió—. Pues bien, la observación dio resultados en ambos sentidos. ¿Qué te parece? —y sonrió satisfecho.

—¡Qué bien! —respondió Julio interesado—. ¡Cuenta!

—¡Espérate, que lo anoté por si tú venías cuando ella no estuviera! De todas maneras si después hace falta precisar algo tú me dices cuándo vuelves y no salimos, pero... —y mientras conversaba buscaba en las gavetas del aparador hasta encontrar una libreta escolar—. ¡Aquí está! Bien, en primer lugar, Arturo sí sale por la noche, por lo menos los días en que no hay dominó, y después que tú viniste, que fue cuando nos fijamos realmente. Además, ha sido una sola vez. ¡Pero fue!... ¡fíjate, el viernes pasado, como a las nueve de la noche salió! Iba vestido normalmente, quiero decir, no iba con ropa de salir, sino ropa corriente, de la que se usa en la casa, pero con la que se puede ir a cualquier parte... no andaba en sus chancletas, sino con zapatos,

pero además, María decidió ver si era una visita en el barrio o no, y lo siguió... fue hasta la parada de la guagua y vino a recogerlo el carro negro... María se quedó intrigada... además, entre tú y yo, se sentía un poco chivateada. ¡Como te aseguró tanto que el viejo no salía por la noche!... y se mantuvo despierta como hasta la una de la mañana, pero no pudo más, figúrate, el colegio, los mandados, el millón catorce de cosas que hacer al otro día. Así que, a la una de la mañana se acostó, y todavía no había regresado Arturo. ¿Qué te parece?

—Muy interesante —respondió Julio mientras anotaba fecha y hora.

—Y lo segundo es referente al carro que lo visita. Da la casualidad que yo venía de una reunión del Partido, y cuando vengo por la esquina de la bodega me pasa por al lado el carro negro y va y se para frente a la casa de Arturo y...

—¡Espérate, espérate!, ¿cuándo fue eso? —lo atajó Julio.

—¡Ah, sí! Fue hace dos días, serían las diez de la noche, entonces anoté la chapa, y llegué corriendo para contárselo a María, y quisiera que vieras la cara que puso, porque ese mismo día por la mañana ese mismo carro había estado ya en casa de Arturo. ¡Déjame decirte que en las dos ocasiones venía solamente un hombre bajito, medio calvo, con camisa de nailon, muy bien vestido, y ahora, ¡agárrate!, el carro tiene chapa diplomática. ¡Qué me dices!

—Que han hecho un buen trabajo tú y María, por lo menos esta información puede acercarnos un poco más a la solución del problema. ¿Cuánto tiempo estuvieron hablando?

—Bueno, por la mañana dice María que muy poquito, el hombre calvo ni se sentó, pero por la noche fue exactamente una hora y veinte minutos por mi reloj. ¡Pero hay más!

—¿Más? —dijo Julio sorprendido—. Ahora me explico por qué tantos recados. ¿Qué más?

—Cuando el hombre se iba en el carro, Arturo se montó con él, pero fueron cerca, porque aunque cerró la casa, no apagó la luz del portal como él hace, y como a los veinte minutos, el carro regresó por la otra calle y lo dejó en la esquina.

—¡Bien! —no pudo evitar la exclamación, satisfecho por los resultados de la observación de sus amigos.

—Eso es todo... —dijo Pancho apenado por no poder dar otra información.

—¿Y te parece poco? —lo animó Julio.

Después conversaron algún tiempo más. Salieron a la terraza y mientras hablaban, miraron con disimulo hacia la casa de Arturo. Pero éste se encontraba en el portal disfrutando del fresco, con los pies calzados con chancletas. Julio se despidió y dejó recuerdos para María.

La fotografía de Arturo que Julio tenía en las manos mostraba que treinta años antes era un hombre bien parecido. En esa época comenzaba a establecer sus primeras relaciones en el servicio bancario. Eran los mismos años en que conoció a Rosario. Treinta años antes, Rosario, con sus ojos azules y su cabello castaño, era una de las mujeres más hermosas de La Habana.

Pero había algo más importante aún. Treinta años antes, el padre de Rosario aún vivía y era uno de los comerciantes más solventes dentro de las esferas en que desenvolvía sus actividades. Hacía tiempo que había quedado viudo, y aparte de sus negocios, sólo se preocupaba de sus dos hijas. Sobre todo de Rosario, por la que mostraba especial predilección.

Aunque no hacían una vida social muy amplia, sus relaciones eran con las familias más destacadas de su clase, y siempre eran bien recibidas, dondequiera. Sobre todo por lo que significaba el peso financiero y económico del padre. En resumen, que ambas hermanas constituían un magnífico partido. Y esto era especialmente importante, si se consideraba que el padre, aún fuerte y activo, más tarde o temprano tendría que morir, y entonces, ellas heredarían su fortuna.

Esto era conocido por las dos mujeres, que coqueteaban discretamente con cuanto pretendiente estimable se acercaba a ellas, pero siempre esperando la aprobación paternal. El padre, por su parte, no estaba dispuesto a dejar que su fortuna pasara a manos de cualquier empleado más o menos bien ubicado.

Y ésta era precisamente la categoría social de Arturo en esos momentos: un empleado bien ubicado en una agencia bancaria norteamericana. Por ello,

no faltaban las malas lenguas que señalaban que su interés por Rosario tenía otras motivaciones además de sus ojos azules, porque ella poseía una pequeña herencia propia dejada por su madre, en la que se incluían sus joyas personales.

De todas maneras, el romance no avanzó, y sólo quedó una buena amistad, que con el tiempo se hizo más firme mediante las visitas periódicas que Arturo realizaba, ahora a ambas hermanas, en la misma medida en que éstas dejaban de salir a la calle y limitaban sus intereses a la casa.

Después, Arturo había ascendido hasta alcanzar el cargo de administrador de la agencia más importante del National City Bank. Las dos hermanas sufrieron la pérdida del padre. Y por un momento pareció que después de tanto tiempo, el romance, mucho más maduro y tranquilo, se consolidaría. Sin embargo, ocurrió un incidente que lo impidió definitivamente.

Arturo, desde su cargo, comenzó a manejar fondos que no le pertenecían, para realizar inversiones en su provecho. La situación económica se hacía crítica por la agudización de la lucha revolucionaria. Y en un momento determinado, se vio obligado a responder por sus operaciones ante los supervisores de la casa matriz. Las cosas no llegaron a los tribunales y la cárcel, pero afectaron su prestigio y posición. Y posiblemente hubiese tenido que dejar el cargo, si la Revolución no hubiera triunfado, y nacionalizado los bancos. Pero, por motivos muy distintos, el resultado fue el mismo. Cesó como administrador de la agencia, aunque sin ningún antecedente penal y con derecho a la jubilación, como cualquier empleado.

Este delicado y desagradable asunto sólo fue conocido por un pequeño grupo de personas, entre ellas las dos hermanas, las que, dada la vieja amistad, lo animaron durante todo ese período. Y Rosario, quizá motivada aún por el antiguo idilio, le habló a Arturo de la posibilidad de ayudarlo si fuera necesario, con su pequeña fortuna personal, para lo que no tenía que contar con Joaquina. Y fue en esa ocasión cuando Arturo vio por primera vez las joyas que Rosario heredara de su madre.

Julio apagó el cigarro en el cenicero. Sacó la hoja de la máquina de escribir y uniéndola al resumen, que continuaba aumentando, dio por terminado su trabajo de ese día.

8

Lidia

Lidia fue siempre muy independiente. Desde niña mostró un carácter voluntarioso. La pequeña familia que constituían su padre y el de Rosario y Joaquina había logrado un cierto nivel social, el que procuraban mantener y aumentar. Por eso, las primeras inclinaciones de Lidia hacia el canto y el baile, constituyeron un verdadero escándalo familiar, puesto que no era considerado siquiera como trabajo. Las opiniones sobre la moral de los artistas, de cualquier índole, eran las peores. Y Lidia debió soportar, en los primeros años, castigos y golpes. Pero esta oposición solamente la incitaba a continuar en las actividades artísticas.

Por otra parte, su belleza provocó que desde antes de cumplir los quince años fuese asediada por cuanto hombre se tropezaba con ella, lo que le producía una grata sensación de vanidad. Esta situación también le ocasionó graves problemas familiares.

Al fin, la crisis se produjo: Lidia dejó de venir con sus padres, y se fue a casa de una amiga. El tío tampoco quería saber nada de ella. Sólo sus primas, quizás un poco por el gozo de ver retada la disciplina familiar, mantuvieron secretas relaciones con ella. Pero se trataba de unas relaciones ambiguas, en las que no dejaba de aparecer también la envidia de las dos mujeres por su prima.

Los años transcurridos, y la muerte de los dos viejos, fueron dulcificando estas relaciones, y sólo quedó un buen afecto entre ellas, que se materializaba en las visitas ocasionales de Lidia. Al menos, ésa era la impresión que tenían todos los que conocían la historia de esa familia.

Lidia, por su parte, liberada de la tutela familiar, comenzó a hacer la vida que siempre había ambicionado. Llegó a formar parte del coro de Tropicana, e inclusive hizo algunas incursiones como vedette. Pero de ahí no pasó.

En cambio, sus relaciones amorosas se hicieron cada vez más intensas, hasta convertirse en su razón de existir. Uno tras otro, hombres de todos los tipos y características gozaban de su favor por un tiempo para perderlo poco después. Tenían, no obstante, siempre algo en común: brindarle la posibilidad de hacer su vida como quería.

En dos ocasiones había actuado como si hubiese estado enamorada realmente. Una de ellas, siendo muy joven, y sin mayor trascendencia. La otra, durante su época en Tropicana, de uno de los camareros del centro nocturno.

El romance dio que hablar. Pero al cabo de varios meses de una inusitada castidad, Lidia volvió a ser la que era. Comenzó a dejarse ver en la calle acompañada de un gran accionista de una industria cervecera. Y aquí mismo dio término el romance.

Aunque tenía caprichos que lindaban con la cursilería, era capaz de poseer buen gusto en la selección de sus joyas, de las que se encontraba orgullosa. Y cuando poseía una fantasía era de tal calidad que no desmerecía en nada de joyas que por su valor material fueran consideradas superiores.

En los últimos meses había estado saliendo simultáneamente con dos hombres. Uno de ellos era un famoso director de teatro, que según se decía, montaba en esos momentos un espectáculo musical en el que Lidia tendría el papel central. El otro, mucho más discretamente, visitaba su apartamento de la calle Setenta y era dueño de un Corvair rojo escarlata. Precisamente, no hacía ni dos semanas que personalmente la había llevado en su auto hasta la puerta de la residencia en que vivían Joaquina y Rosario.

Julio dejó de leer el informe y encendió un cigarro. Después se dirigió a la ventana de la oficina y estuvo mirando largo rato el horizonte. Sobre la mesa tenía fotos y recortes de periódicos sobre la época más brillante de la vida artística de Lidia.

Tomó de una gaveta otro informe reciente:

El collar que se menciona y del cual han remitido una reproducción, ha sido visto solamente en una ocasión por parte de esta mujer, y fue la semana pasada. Según la información que poseemos, nunca antes lo había usado o mostrado. Y es necesario que destaquemos que la persona que

nos ha dado esta información tiene relaciones muy estrechas con ella y conoce personalmente todas y cada una de sus prendas, algunas de las cuales ha utilizado en ocasiones. Por todas estas razones nos inclinamos a pensar que la ha comprado o le ha sido obsequiada hace muy poco tiempo, teniendo en cuenta su costumbre de estrenar inmediatamente cuanta prenda nueva posee.

Julio miró una vez más al gráfico en colores que reproducía el collar de rubíes. Miró una a una las distintas fotografías de Lidia. Después comenzó a leer el informe sobre el director de teatro.

Era un hombre mucho más joven que ella y de quien se opinaba que poseía verdadero talento. Sus actividades habían comenzado precisamente después del triunfo de la Revolución y había estado en diversos grupos teatrales de la capital. Había hecho recorridos por el interior del país. Visitó algunos países socialistas y durante dos años disfrutó de una beca en el extranjero. Y hacía dos años que se encontraba de nuevo en el país.

Julio continuó leyendo el informe, pero nada en él inducía a pensar por ahora que pudiera resultar de interés para su investigación. Tomó entonces el tercer informe. Se refería al dueño del Corvair rojo. La foto que acompañaba al informe le ratificó que aquella mañana el auto era manejado por su dueño.

Era de mayor edad que el teatrista, pero sin pasar excesivamente la de Lidia. Era un hombre con bastante cultura, había residido durante largos períodos de tiempo en el extranjero. Poseía una lujosa residencia en el reparto Fontanar, donde vivía con su mujer y dos hijos. Actualmente no realizaba ninguna actividad laboral, puesto que tenía una buena cuenta bancaria.

De pronto, Julio detuvo la lectura. Volvió atrás, y leyó nuevamente el último párrafo:

Desde el año cincuenta tuvo participación en diversas actividades industriales y comerciales, lo que le permitió hacerse de una sólida posición económica. Posteriormente, en sociedad con otros dos negociantes, montó un comercio de lujo en la calle San Rafael, nombrado Arco de Triunfo, el que se dedicaba a la venta de artículos de lujo y decoración. Con posterioridad, el giro del comercio fue extendido a la venta de joyas finas.

Llegó a ser una de las joyerías de mayor fama en la capital hasta su nacionalización.

9

Pepe

—¡Ordene! —contestó Julio. Su rostro se iluminó con una sonrisa—. ¡Qué tal, viejo! ¿Cómo andas?... yo bien... ¿qué pasa? —entonces durante unos momentos escuchó en silencio, mientras su rostro se tornaba serio—. Sí... ¿por qué? —preguntó extrañado. Nuevamente escuchó a quien lo había llamado—. ¿Cuándo? —y tras recibir la respuesta, con muestras de preocupación en el rostro, precisó algunos detalles—. ¡Voy para allá! —dijo finalmente, y colgó el teléfono.

Veinte minutos después, era recibido por el teniente López, que lo esperaba en la puerta de su oficina. Los dos compañeros se saludaron afectuosamente, y entraron. Mientras Julio se sentaba, López buscó en la mesa una foto, y se la extendió.

—¿Es éste? —le preguntó.

—Él mismo —contestó Julio—. ¿Cuándo fue?

—Esta madrugada —y López comenzó a explicarle a grandes rasgos lo que conocía hasta ese momento sobre los hechos—, lo descubrieron unos pescadores a tres millas de la costa, en el tramo que va de Santa María del Mar a La Habana del Este... en cuanto pudieron avisaron a los guardafronteras, lo llevaron al puesto más cercano, y me avisaron a mí. Ya los técnicos estaban allí... el crimen se cometió aproximadamente a las diez de la noche de ayer... fue cometido en tierra... muestra señales de haber sido arrastrado y transportado después de muerto... por la autopsia se supo que murió debido al proyectil que le interesó el corazón... son dos heridas, una a sedal, en la frente, y la otra en el pecho, atravesándole la camisa... fue con una pistola Browning calibre 9 mm, tenía puesta ropa buena y bastante nueva, no presenta huellas de lucha, parece que lo sorprendieron... los tiros se los hicieron desde muy cerca... las huellas de sangre que presenta son suyas... hay un dato interesante, dicen los técnicos que por el tipo de tierra que

aparece en el calzado y la ropa, se puede deducir que estuvo en un arroyo de ese tramo de la costa. Es posible que haya un solo autor, porque los impactos que presenta corresponden a una misma arma, pero tal vez alguien ayudó en el traslado... lo más probable es que la corriente del arroyo lo haya arrastrado mar afuera y que después haya derivado con la marea o alguna corriente... ¡Ah!, ¡otra cosa interesante! Se ha comprobado que el proyectil que interesó el corazón, le fue hecho estando de pie y de frente; el de la cabeza se produjo según la posición del impacto, cuando el cuerpo caía —López interrumpió la lectura comentada que hacía del informe de los técnicos para añadir—: Inmediatamente que pedí los antecedentes, me informaron que tú también los habías solicitado. Entonces pensé que quizá tendrías algo interesante alrededor de esto, porque con lo que hay hasta ahora... —se detuvo un momento para encender un cigarro y continuó—. Se hicieron las investigaciones preliminares y ya tenemos establecido que dos personas lo vieron por última vez con vida ayer: su mujer y la querida... a las dos se les hizo un primer interrogatorio que no ha arrojado mucho... veremos después... ¡eso es todo! ¿Y tú qué sabes de Pepe?

Julio había escuchado con atención a López, mientras tomaba algunas notas. Ahora, después de aclarar algunas cuestiones, le hizo un breve recuento de la relación de Pepe con el robo de las joyas. Ambos estuvieron de acuerdo en enviarse copias de la información que poseían sobre Pepe, y reunirse posteriormente para analizar conjuntamente las posibles vinculaciones entre los dos hechos. Julio regresó a la oficina e informó a su jefe del sesgo que tomaban los acontecimientos. Después se fue a dar una ducha. Comió algo ligero y regresó a estudiar las anotaciones que había hecho durante su entrevista con López.

10

Laura

López levantó la vista al mismo tiempo que daba la orden de entrar. La puerta se abrió y un soldado pidió permiso. Entonces se echó a un lado, para dar paso a la mujer, y al retirarse cerró la puerta tras de sí.

—¡Siéntese, por favor! —dijo López, mientras se ponía de pie.

La mujer recorrió brevemente con la mirada la estancia y se dirigió a la butaca situada frente al sofá. Mostraba decisión y tranquilidad en sus movimientos. Tendría unos treinta años, o quizá menos. Estaba vestida a la moda, pero sin exageración. Tenía un cuerpo esbelto, y sus movimientos eran elegantes. El rostro no era bello, pero sí de facciones regulares y con una expresión interesante, que ella destacaba con un adecuado arreglo de los ojos y sin usar lápiz labial. Llevaba el pelo recogido en la nuca formando un moño. Tan pronto estuvo sentada, sacó de la cartera una cajetilla de cigarros y encendió uno de ellos con una fosforera de plata.

—Laura... ¿me permite que la llame así? —preguntó López y la mujer hizo un ligero movimiento de cabeza en señal afirmativa—, en nuestra conversación anterior pudimos obtener alguna información... quisiera ahora, si no es mucha molestia para usted, precisar algunas cuestiones...

—Como usted diga, teniente —respondió la mujer.

—Bien... en algunos casos tendré que hacerle preguntas un tanto personales, dadas sus relaciones con...

—No se preocupe por eso —dijo ella con una leve sonrisa en los labios.

—Bien... me dijo usted que lo había visto ayer por la tarde, quisiera que me explicara nuevamente con el mayor lujo de detalles todo lo referente a la conversación que sostuvieron...

—Como le expliqué, ayer por la mañana como a las once, me llamó por teléfono para decirme que quería hablar conmigo, pero que le iba a resultar difícil ir hasta la casa... que prefería nos encontrásemos por la tarde en La

Habana. Él tenía que recoger un paquete en casa de un amigo, según me dijo, y podíamos vernos después sobre las seis de la tarde. Me invitó a comer en Bulerías. Yo salí desde las dos y fui a casa de mi modista. Allí estuve hasta las cuatro. Cuando salí, di una vuelta por la Rampa y posteriormente entré en la librería del Habana Libre. Como a las seis menos cuatro crucé la calle y lo esperé en la entrada del restaurante hasta que llegó, que sería aproximadamente a las seis y diez... en el restaurante estuvimos unas dos horas. Salimos y caminamos hasta el parqueo de Coppelia. Él tenía que cruzar la calle para tomar el ómnibus en dirección contraria, pero esperó a que yo me marchara. Me despedí de él desde la ventanilla. Y no lo vi más. — Concluyó la mujer con el mismo tono en que había hecho todo el relato.

—¿Pudo usted conocer el nombre del amigo que debía visitar o la dirección? ¿Realizó la visita por fin? —preguntó López.

—No, no me lo dijo, y no se lo pregunté —contestó Laura.

—¿Observó usted alguna manifestación anormal en su manera de comportarse... algún nerviosismo?

—No. Estaba como siempre. Muy jovial —respondió Laura.

—¿Le explicó por qué no pudo visitarla en su casa, y la hizo venir hasta el Vedado?

—En realidad, durante nuestra conversación telefónica yo le había explicado que pensaba ir a la modista por la tarde, y esa era la hora en que él podía ir hasta mi casa. Después de las seis le resultaba difícil ir hasta allá.

—¿Le explicó por qué?

—No.

—Pero después estuvo dos horas en Bulerías, y no se mostró nervioso o preocupado por ocupar todo ese tiempo —apuntó López, con un ligero acento irónico.

—Exacto —respondió Laura sin darse por enterada de la ironía.

—¿El viaje hasta su casa dura...? —insinuó una pregunta.

—Media hora más o menos —respondió ella.

—¿Podría pensarse entonces que no eran motivos de tiempo lo que le impedía ir hasta su casa? —preguntó.

—Podría ser —respondió imperturbable.

—Pero usted me dijo que...

—...la hora en que podía ir a mi casa era siempre antes de las seis, pero que después de esa hora no podía ir —concluyó ella con tranquilidad.

—¿No le preguntó los motivos?

—No.

—¿Se los imagina?

Por primera vez durante la conversación Laura dio muestras de duda. Por un momento pareció que iba a aventurar una opinión. Se mantuvo callada unos segundos, pero no los suficientes para dar pie a una nueva pregunta de López.

—No... no sé cuáles podrían ser —contestó al fin.

—Laura, ¿tendría que ver con... su esposa? —insinuó López.

Ahora Laura se contuvo para no contestar de inmediato. Fue una reacción casi instintiva y muy leve, pero que López captó, precisamente por la forma impasible en que había contestado las preguntas anteriores.

—No lo sé —contestó la mujer.

—¿Trataron durante su conversación algún tema importante o que pudiera afectarlo a él... o a usted?

—No. Solamente tratamos cuestiones personales.

—Pero eso no responde mi pregunta.

La mujer se mordió los labios en forma imprevista. Abrió su cartera y sacó otro cigarro. Fumó durante unos segundos. Entonces sonrió ligeramente.

—Laura, ¿qué nivel cultural tiene usted? —atacó López desde otro ángulo. La pregunta la sorprendió.

—Universitario... —dijo intrigada.

—¿Graduada? ¿De qué carrera? —continuó López con naturalidad.

—De Letras.

—¿Hace mucho tiempo?

—Cuatro años.

—¿Usted trabaja en...?

—Una editorial.

—¿Qué labor realiza allí?

—He tenido diversas funciones. Actualmente me ocupo de lo referente al asesoramiento en literatura.

—Supongo que será asidua visitante al teatro, al cine, a los museos quizá.

—Tanto como asidua no, pero...

—Lo hace ocasionalmente, le interesa...

—Sí.

—Y desde luego, será una excelente lectora.

—Es mi trabajo.

—Independientemente de ello. ¿Sabe usted que tiene una conversación muy agradable? A mí me resultaría difícil poder hablar con usted diez minutos sobre esos temas —dijo López, como un comentario al pasar. La mujer recibió estas palabras como un cumplido del que no comprendía el objetivo en esos momentos—. Luego, supongo que sus temas de conversación con Pepe no podrían girar sobre ninguno de los intereses que constituyen su trabajo, su estudio, su distracción, ¿no es así? —dijo López con naturalidad.

La mujer se sonrojó como si hubiese recibido una bofetada... La cartera, rodó desde sus piernas y cayó al suelo. López se inclinó y se la alcanzó. Ella estaba en la misma posición y extremadamente pálida.

—¿Qué tiempo hacía que usted y Pepe... mantenían relaciones? —insistió López.

Ahora la mujer parecía turbada y era evidente que trataba de controlarse, pues no podía responder de inmediato. Hizo un esfuerzo por serenarse y al fin respondió.

—Año y medio aproximadamente.

—¿Cómo se conocieron?

—En casa de mi modista. Es amigo del esposo de ella.

—¿Cómo intimaron sus relaciones?

—Creo, teniente, que usted está pasando los límites que...

—Quiero recordarle, Laura, que Pepe está muerto, que era un hombre casado, que su mujer conoce las relaciones que usted y él sostenían, y que todo esto puede constituir perfectamente el móvil para un crimen y para un asesino —dijo López con sencillez—. Le pido me disculpe si en algún momento le hago alguna pregunta desagradable, pero su colaboración en esto puede hacer menos difícil esta conversación, y permitir que descubramos a la persona... o a las personas que mataron a Pepe. En eso consiste mi trabajo. Y supongo que su interés en estos momentos...

—Perdóneme, no quise decir... —se excusó a medias y añadió—: Las relaciones de un hombre y una mujer son siempre delicadas, sobre todo si tienen que ser explicadas por la mujer. Pero comprendo su posición. Le agradezco, además, la forma en que lo hace —se detuvo unos momentos—. Él y yo coincidimos en varias ocasiones. Me piropeaba. Yo sabía que... le interesaba. Al principio no le hice caso. Yo sé todo lo que piensa, y lo que piensa todo el mundo de nuestras relaciones. Yo misma en un principio me reprochaba darle la posibilidad de continuar en sus manifestaciones. Trataba de destacar sus defectos, sus maneras chabacanas, sus groserías en ocasiones, pero según pasaba el tiempo sentía una mayor atracción por él. También él lo sabía. No me hacía ninguna proposición que me ofendiera y me permitiera rechazarlo. Me daba tiempo, y... —Laura se detuvo con los ojos bajos y con la cartera firmemente agarrada sobre las piernas. López se levantó y le brindó un cigarro. Ella comenzó a fumar, aún con los ojos bajos. Después lo miró a la cara con total serenidad—. Cuando me propuso tener relaciones íntimas con él ya hacía algún tiempo que salíamos juntos —sonrió ligeramente— a la playa, al cine... también a bailar a Tropicana, y entonces ya no lo rechacé.

—Gracias, Laura —dijo López—. ¿Conocía usted la existencia de Teté?

—Desde el primer día... nunca me lo negó, no le daba importancia a esas relaciones con respecto a lo nuestro.

—¿Y usted?

—Al principio sí... después... no.

—¿Se mantuvieron sus relaciones con él, así, todo el tiempo?

—Sí.

—¿Qué tiempo hacía que no lo veía?

—Dos semanas.

—¿Por qué?

—Él tenía problemas... con Teté.

—¿Por usted?

—No me lo dijo. Podría ser.

—Pero él no se dejaba dominar, ¿no?

—No. Pero algo le impedía ahora actuar de igual manera que antes. No sé lo que sería. Pero estaba relacionado con ella.

—Cuando la llamó, ¿le insinuó que quería conversar algo sobre eso?

—No. Me dijo simplemente que hacía mucho tiempo que no me veía y quería conversar conmigo.

—Y en el restaurante, aparte de los problemas personales, ¿hablaron de algo más?

—Estaba preocupado.

—¿Por qué?

—Por un robo de joyas.

—¿Por qué?

—Habían interrogado dos veces a Teté.

—¿Y ella qué tenía que ver con eso?

—Él me dijo que no lo sabía.

—¿Tanto le preocupaba la situación de ella?

—No. Le preocupaba la de él.

—¿Por qué?

—Porque en el último interrogatorio Teté insistió en que la acompañara. Me dijo que había ido para no aumentar los problemas en sus relaciones. Ella estaba muy nerviosa. El oficial que tuvo la conversación con ella, no lo mencionó a él, pero parece que, indirectamente, se vio involucrado en los hechos, por una visita que le hizo a la casa donde ella trabaja. Es sirvienta de dos ancianas que viven en el Vedado. Parece que a las mujeres no les gustan las visitas de extraños, y Teté ocultó su presencia. Y esto resultó sospechoso.

—Bueno. Pero eso podría aclararse fácilmente... ¿Se le hizo alguna acusación?

—No.

—¿Entonces?

—Parece... parece que él temía que Teté...

—Temía que Teté...

—Estuviese complicada en el robo.

—¿Y por qué?

—Porque hacía algunas semanas le había hablado de las joyas. La señora de la casa se las había enseñado por primera vez desde que trabajaba con ella. Y quedó deslumbrada. Sobre todo con un collar, un collar de rubíes.

—Pero el problema es que Pepe no se suicidó por temor... fue asesinado con un arma de fuego.

—Lo sé.

—¿No hablaron nada más?

—No.

—¿Quedaron en verse?

—Dijo que me llamaría.

—¿Y no lo vio más?

—No.

—Muchas gracias, Laura, quizá tengamos que conversar nuevamente.

—Cuando usted desee, teniente.

La mujer se marchó con su paso elegante y tranquilo. Parecía muy segura de sí misma. Y López comenzó a releer las copias que Julio le había remitido esa misma mañana.

11

Luisito

Su entrevista con López le había dejado la cabeza en plena ebullición. La muerte de Pepe, en condiciones tan extrañas, venía a añadir al caso del robo un elemento totalmente imprevisto. Multitud de ideas se agolpaban en su cabeza y sólo esperaba la llegada de las copias que le remitiría López, para poder precisar algunas cuestiones fundamentales. Quizá por ello, al revisar la correspondencia recibida ese día, no prestó suficiente atención al informe sobre Luisito. Después del baño y la comida, Julio volvió a revisar los documentos y recordó que precisamente Luisito era una de las relaciones más estrechas que tenía Pepe. Originalmente había ordenado la investigación para poder hacerse un juicio más exacto sobre todos los sospechosos que tenía hasta ese momento. Pero la muerte de Pepe le daba un nuevo interés a las investigaciones sobre sus relaciones. Tenía en sus manos la de Luis y la de Laura. Decidió leer primeramente la de Luisito.

Se trataba de un informe bastante reducido y que sin embargo, en forma objetiva, daba los elementos esenciales sobre el amigo de Pepe. Se trataba de un hombre joven. Actualmente trabajaba como empleado de una cafetería en el Cerro. Vivía con el resto de su familia, bastante numerosa, también en el Cerro. Entre las cosas más características que se señalaban en el informe, estaba el amaneramiento de Luisito.

La ropa que usaba, la manera de hablar, los gestos, eran señalados como indicios evidentes de eso. Julio recordó entonces las observaciones que le había hecho Matilde, cuando la visitara la primera vez. En los antecedentes penales de Luisito, solamente aparecía la mención de un escándalo en el barrio de Colón, por el que había sido detenido conjuntamente con otras personas, entre ellas Pepe. Precisamente era ésta la primera ocasión en que ambos aparecían relacionados. Y era una fecha tan vieja como diez años atrás. Es decir, que Luis debía tener en esa fecha diecisiete años y Pepe, unos

veinticinco. Y todavía en esa hecha, Pepe no había conocido a Teté. Luego, las relaciones con ésta eran posteriores y derivadas de las que había sostenido con aquél. ¿Por qué entonces, esa visita a Teté cuando se encontraba ella sola? Julio tomó nota de la dirección de Luis y decidió investigar personalmente al día siguiente, cuál era su situación en el barrio en que vivía.

A la mañana siguiente se dirigió al Cerro, bajando por la calzada de Puentes Grandes. No tuvo mucha dificultad en localizar la calle donde vivía Luis. A las dos horas conversaba con la encargada del caserón donde se apiñaban no menos de diez familias. Una de éstas era la de Luisito.

—Muy buena gente, ¿sabe? —comentó la anciana.

—¿Trabajan? —preguntó Julio.

—Todos trabajan en esa casa, sí señor —respondió la mujer. Y fue explicando lo que conocía de cada uno de los miembros de la familia. Al llegar a Luis, hizo un gesto de desagrado con la boca.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Julio.

—Es un mariquita —dijo la mujer.

—¡Ah! —exclamó Julio—. ¿Y no trabaja?

—Sí, también trabaja, en una cafetería por allá arriba, en la calzada... menos mal que viene poco.

—¿No vive aquí? —preguntó sorprendido.

—Sí y no, a veces vive aquí, pero a veces no.

—A ver, ¿cómo es eso?

—Él tiene un amigo... ¿me entiende?, que tiene un apartamento cerca de la cafetería.

—¿Y se queda allí?

—Sí, dice que el amigo es marinero y cuando sale, le deja cuidando el apartamentico.

—Pero su libreta...

—No, en la libreta aparece por aquí, pero vive poco aquí.

Después de darle las gracias, Julio comenzó a tratar de localizar el apartamento, del cual la mujer no conocía la dirección exacta. No quiso ir a la cafetería todavía, y tuvo que dar algunas vueltas, preguntando aquí y allá. Se

puso de mal humor, puesto que cada vez que preguntaba por él, le costaba trabajo describirlo sin ponerse en una situación embarazosa. Cuando al fin le preguntó a un hombre que sí lo conocía, y le dio la dirección del apartamento, la mirada que le echó lo hizo ponerse colorado. Pero era preferible que supusieran lo peor, pues así no levantaría sospechas.

Se trataba de un edificio de dos plantas, en cada una de las cuales existían dos apartamentos con balcón a la calle. En esta ocasión tuvo buena suerte, pues justamente en el apartamento contiguo al del marinero, vivía un matrimonio de mediana edad y el hombre era militante del Partido. Una vez que se identificó preguntó por el ocupante del apartamento.

—El dueño de ése apartamento es un marinero, pero por los viajes que da, la mayor parte del tiempo el apartamento está vacío. Al principio hubo algunos problemas con la Reforma Urbana, pero parece que ya la situación quedó aclarada y no han vuelto por aquí. Por eso realmente sabemos muy poco de él.

—Entonces debo estar equivocado —respondió Julio—, porque a mí me habían informado que en el apartamento vivía un muchacho llamado Luis.

—No, no se equivoca... desgraciadamente —dijo el hombre y añadió—: Déjeme explicarle. El marinero, desde los primeros días en que se mudó, le dijo a todo el mundo que cuando él saliera de viaje, dejaría el apartamento al cuidado de un amigo suyo— aunque es una situación fuera de lo normal, es comprensible en un caso así. El marinero, que creo se llama Esteban, parecía una persona seria y trabajadora, y dijo que quería aclarar la situación, para que no se interpretara mal. En fin, que parecía que no iba a haber problemas...

—Y los hubo —intervino Julio.

—Verá, como a las dos semanas de haberse mudado, tocó a la puerta de nosotros, como somos los vecinos más cercanos... y me dijo a mí, que quería presentarme a su amigo Luis. Y cuando yo vi aquello— ¿usted lo conoce? —preguntó el hombre.

—No, no lo conozco —le respondió Julio. Y el hombre describió a Luisito con pelos y señales, llamándolo con los peores adjetivos.

—¡Claro! —continuó el hombre—. Lo primero fue la mala impresión, porque se ve a la legua— pero la verdad es que tiene un trato respetuoso, y no

dijo ni hizo nada que pudiera señalársele como malo, pero yo le dije a ésta — y señaló a su mujer, que sin decir nada asentía con la cabeza—, ¡ahora sí que nos jodimos! ¡Mira lo que nos viene a caer al lado!... Pasaron los días, y de pronto el marinero que se va y el tal Luisito que viene para acá... yo me dije, ¡vamos a ver qué pasa!, y los dos primeros días no pasó nada, pero después...

—¿Qué pasó después?

—Mire, eso no era un «muchachito», era una mujer histérica... Yo me desespero con una gente así, palcampo lo mandaría, a ver si trabajando duro... pero bueno, esa primera vez no pasó nada. Regresó el marinero y Luisito no se fue. Vivieron ahí como diez días, y el marinero que se va, y Luisito que se queda... yo me dije, éste quiere quedarse con el apartamento, un día el marinero no vuelve, y Luisito que se nos queda, y empecé a averiguar, y fui al comité, y a la Reforma Urbana, y bueno, para no cansarlo... el marinero que vuelve y Luisito se fue, y todo quedó así. Pasaron los meses y el marinero que se va y Luisito que vuelve, y ya yo estaba poniéndome... ¡figúrese! Yo tengo dos niños, y ese ejemplo tan cerca, aunque no se metían con nadie, ni nada; pero no hace falta, no hace falta... fueron dos meses con el tal Luisito aquí al lado. Algunas noches no venía, cualquiera sabe dónde se metería. Y un día por la tarde que viene un mulato a verlo. Me preguntó por él, un mulato fuerte, parecía gente de trabajo, pero no sé, muy arreglado... a mí no me gustó, y desde que me preguntó por Luisito lo miré atravesado. ¡Déjeme decirle que si usted no se identifica cuando llegó lo hubiera mirado igual! Pues bien, no le di muchas explicaciones, el hombre medio que se dio cuenta, y yo muy contento de que se diera, a ver si me decía algo, pero no, no me dijo nada, pero volvió por la noche, y se metió en casa de Luisito; y se fue como a las dos horas, y Luisito fue a despedirlo hasta la calle. Parecían muy amigos. Este mulato que le digo volvió dos o tres veces en todos estos meses, siempre por la noche, y una de esas veces estaba el marinero en la casa, y ahí estuvieron los tres. Tenían un trapicheo raro, pero ¡óigame!, nunca pudimos sorprender un escándalo, ni ninguna sinvergüencería, ni nada que me sirviera para botarlos a patadas de aquí. Hasta que hace unas semanas el tal Luisito volvió a mudarse para aquí, porque el marinero está de viaje. Pero se puso muy nervioso, estaba como alma que lleva el diablo. El mulato vino a verlo y ni lo despidió ni nada. Yo

pensé: ¡hay bronca!... a las dos noches volvió el mulato, pero no estuvo ni cinco minutos, ¡y figúrese! En la fábrica donde yo trabajo hacemos turnos extras para la emulación, y da la casualidad que la noche que hacía falta que yo estuviera aquí, estaba en la fábrica. Cuando llegué por la madrugada, ésta —y se dirigió nuevamente a la mujer— estaba que se le quería caer el cielo en la cabeza, ¡un escándalo!, me dice, ¡el mulato y Luisito! ¡Qué escándalo! Yo iba a romperles la cara ahí mismo, pero ésta me aguantó, y me dijo que después de la bronca, el mulato se fue, y Luisito también, con maleta y todo, porque cuando él se mudaba para acá venía con una maletica, y con la maletica, para arriba y para abajo, pues con maletica y todo se fue... parece —dijo riéndose— que el otro lo sonó duro, y le vendió.

—¿Y el escándalo? —preguntó Julio.

—Ahora ella se lo cuenta, pero —dijo a la mujer—, ¿por qué no le haces un poco de café al compañero?

Los dos hombres se quedaron conversando en la sala, mientras la mujer trajinaba en la cocina. Regresó con las tazas y le preguntó a Julio si quería agua. Después se sentó junto a ellos.

—¡Cuéntale! ¡Cuéntale al compañero! ¡Oye, sin pena!, que estamos entre revolucionarios, ¿eh?, porque a ella le da pena hablar de eso, ¿sabe? —le dijo a Julio—. ¡No es para menos!

La mujer comenzó a hablar en voz baja. Julio no la interrumpió. Esperó a que ganara confianza y entonces comenzó a precisar lo que le había contado.

—Así que el mulato llegó como a las ocho, Luis le abrió la puerta y entró, y durante un rato no hubo escándalo.

—Así mismo —dijo la mujer.

—Y que después de un rato empezó a escuchar una discusión, pero sin entender lo que decían...

—Sí.

—Que después hubo un momento de silencio...

—Sí.

—¿Y después?

—Bueno, ya yo me iba a acostar... yo creía que el otro se había ido, y entonces sentí un grito bajito.

—¿Un grito?

—Sí, pero bajito, como para que no se oyera.

—Anjá, ¿y entonces?

—Volvieron a empezar a discutir, pero bajito, bajito; así fue un rato, y de pronto sentí como algo que se rompe en el piso, y a Luisito que gritaba ¡No, Pepe, no! Y entonces... mire, yo no lo vi, pero me pareció, como cuando alguien le pega a otra persona.

—¿Y no hubo más gritos?

—Sí, cómo no.

—¿Y los demás vecinos?

—Es que Manolo y Emilia están de vacaciones —dijo la mujer a manera de explicación.

—Son los vecinos del apartamento de abajo —intervino el marido.

—¿Y los del otro apartamento?

—No —volvió a intervenir el marido—, ahí viven dos viejos que cuando cierran la puerta, no salen ni así se la tumben, por ellos se puede caer el mundo.

—¿De manera que nadie intervino?

—¡No! Imagínese, yo estaba sola —continuó la mujer— los niños estaban durmiendo, y para llamar a la patrulla tenía que ir a la bodega de la otra esquina, así que tuve que pasar el pestillo y me puse a mirar por la rendija. Formaron un escándalo tremendo, que yo no sé si se oía en la calle, pero es que también eran ya como las doce, y la gente de por aquí trabaja duro, y tienen que levantarse temprano. Seguramente no había nadie. El comité de esta cuadra todavía no está organizado.

—¿Y qué pasó con Luisito y Pepe?

—Pues Luisito le decía que no le diera más, que él no las tenía, que se las había dado al marinero, que no sabía dónde las escondió, que se las había llevado. Yo no sé de que hablaban, pero el tal Pepe buscaba alguna cosa que se creía que Luisito tenía, y Luisito le decía que no, y le juraba por la madre, por el tiempo que lo conocía, y que no le diera más. Por fin sentí que abrían la puerta, y salió el mulato como alma que lleva el diablo, tenía la camisa por fuera y medio abierta, y estaba sudado, y tenía una cara que metía miedo.

—¿Y Luisito? —preguntó Julio.

—Yo no lo vi, pero cerró la puerta, y sentí que pasó el pestillo. Yo me quedé muy nerviosa, fui a ver a los niños, me hice un poco de tilo, y no sé por qué, se me ocurrió mirar otra vez, y vi cómo Luisito salía con la maletica, tratando de no hacer ruido, y mirando para acá, como para que no lo oyéramos. ¡Cómo tenía la cara! ¡Ay, mi madre! Tremenda paliza que le dio.

—¿Y después? —preguntó Julio.

—Cuando llegué por la mañana, me lo contó todo —dijo el hombre—, y me fui al comité de la otra cuadra, y nos pusimos de acuerdo, para cualquiera que viniera, pero después de eso, no ha venido nadie más.

Julio les agradeció su información y se marchó del edificio, decidido a encontrar a Luisito. Regresó por el viejo caserón, pero la mujer con quien hablara inicialmente tampoco sabía de Luis, pues después de mudarse para el apartamento del marinero, hacía tiempo que no venía por el cuarto donde vivía su familia. Julio decidió entonces visitar la cafetería donde trabajaba, pero allí tampoco pudo conocer su paradero. Hacía un mes que no iba por el trabajo, y pensaban que estaba enfermo. Nuevamente se le quedaron mirando suspicazmente, pero Julio no prestó atención a ello. Regresó a la oficina. Buscó los antecedentes de Luisito. Era un hombre de complexión débil, menor de treinta años, de cinco pies y cuatro pulgadas. Tomó la tarjeta con sus huellas dactilares. Buscó la prueba remitida por los técnicos con la impresión borrosa que había dejado el ladrón en el joyero de porcelana. Y llamando a su auxiliar, le encargó que le hiciera una comparación de ambas. Ahora era necesario encontrar a Luisito.

12

Arturo

Cuando Julio llegó a la oficina de López, lo encontró jugando una partida de ajedrez con uno de sus oficiales. Durante un rato estuvo observando. Después se sentó en el sofá y comenzó a hojear una revista. Había transcurrido un cuarto de hora, cuando los dos jugadores sellaron la partida. El oficial se retiró. Y Julio y López conversaron animadamente. Julio prefería un deporte como el squash, que sirviera de descanso mental. López reía al decir que él descansaba jugando ajedrez, y después añadió que así agudizaba sus razonamientos. Finalmente se sentaron e iniciaron el trabajo.

—Yo pienso —dijo López— que puede existir una vinculación entre el robo y la muerte de Pepe. Desde luego, no es la única posibilidad, pero como tú sabes, no tenemos hasta ahora dos cosas fundamentales para aclarar el crimen: el arma homicida y el móvil...

—Bueno, lo del arma sí, pero motivos podría haber más de uno —le interrumpió Julio.

—Precisamente, después de estudiar el caso, yo veo dos motivaciones distintas, y cada una de ellas apunta a un sospechoso. —López tomó un lápiz y comenzó a hacer un gráfico sobre el papel—. Por una parte, los celos de Teté por Laura. De acuerdo a los informes que tú me enviaste, esa compañera con quien hablaste, ¿Matilde, no?, fue testigo por lo menos una vez de un escándalo relacionado con esto. Y al mismo tiempo, de mi conversación con Laura se desprende que Pepe tenía dificultades con Teté en la actualidad, de las que no pueden excluirse como cuestión central sus relaciones con Laura, aunque ella no lo acepte en principio. Según este razonamiento Teté es uno de los sospechosos como autor del crimen... —se detuvo y encendió un cigarro. Julio por su parte atendía a su explicación sin interrumpirlo—. Por otra parte, están el escándalo y la pelea con Luisito. No hay dudas de que éste podría sentirse más que tentado a vengarse. Luego, sería el sospechoso

número dos. Y dejó en suspenso la conversación. Durante unos minutos ambos quedaron en silencio.

—Sí —fue Julio quien habló entonces—, pero a mí me llama la atención que en ambos casos, los dos sospechosos tienen una estrecha vinculación con el robo de las joyas... en el caso de Teté es obvio desde el primer momento... y en el caso de Luisito, ha sido comprobada su participación en el hecho, aunque esto no quiera decir que no haya tenido cómplices. Es decir, que por ahí yo veo la posibilidad muy seria de que en última instancia sean las joyas robadas el motivo indirecto del asesinato de Pepe...

—Ésa es una de las dos variantes fundamentales que podemos considerar —adujo López—, pero aun cuando Teté se encontrara vinculada al robo directamente, y es probable la vinculación de Pepe también... su muerte podría no tener que ver con ello. Es posible, dada las características de esta gente, delinquir independientemente, de muchas maneras. De ahí la aparente relación que podría producirse. Ésta sería la segunda variante.

—¿Y cómo es que una mujer como esa Laura se ha relacionado a esta gente? ¡No parecen tener nada en común!

—Aparentemente hay un solo punto de contacto: Laura es una mujer, y Pepe era un hombre que sabía tratarla.

—Bueno, pero supongo que Laura habrá conocido hombres de su misma condición y posición social, que también supieran tratarla, y quizá mejor que el propio Pepe.

—¡Tal vez no! Precisamente lo diferente de ambos, la ley del contraste, puede haberla seducido. El aspecto intelectualista de su carácter pudo haberla llevado a idealizar una relación de este tipo, asentada fundamentalmente en la atracción física sin implicaciones de otra índole.

—¡Creo que desvié la conversación! —se excusó, mientras reía, Julio.

—No, creo que no, esto hay que considerarlo también, porque aunque de momento no me ocupe de ella, Laura también es un sospechoso para mí, pero en su caso no encuentro la motivación para cometer el crimen.

—Oye, López, pero hay otra cosa, ¿tú sabes que a mí me resulta difícil imaginarme a Teté o a Luisito, y mucho menos a la propia Laura...?

—¿Como asesinos?

—No, chico, pero sí como realizadores de un crimen así.

—¡Claro! Hay cuestiones de índole general no explicables por ellas mismas. ¿Por qué se produjo tan lejos? ¿Cómo llegaron allí? ¿Quién arrastró el cadáver? ¿Cómo lo echaron al agua?

—¿Y por qué al agua? —añadió Julio.

—Si tú supieras... yo estuve pensando en esa incógnita precisamente. ¿Y por qué al agua? Una de las dificultades que hemos afrontado para avanzar en la investigación es el no poder localizar el lugar donde se cometió el crimen. Con eso se ha cortado el lazo de unión del asesino y la víctima. Pepe apareció flotando en el agua; y de esa forma se ha perdido gran cantidad de elementos que hubieran acelerado considerablemente el plantearse varias hipótesis de trabajo. Esa podría ser la explicación de este porqué.

—Y admitiendo que se tratara de una motivación afectiva —continuó Julio—, los celos de Teté o la venganza de Luisito... Y al tener en cuenta sus características y nivel cultural, ¿no resulta demasiado inteligente y preparada esa solución del problema para entorpecer su descubrimiento?

—Sí, yo también pienso así.

Y ambos quedaron callados.

—Pero volviendo a la vinculación posible de la muerte de Pepe con el robo de las joyas —recomenzó la conversación Julio—, hay otra evidente contradicción.

—¿Cuál? —preguntó López.

—Bueno, habrás visto en las copias que te envié, que cuando yo hablé con Joaquina, ésta me dijo que Pepe las había visitado para el arreglo de una parte del muro, ocasión en que ella pensaba que él había conversado con Rosario y podría haber conocido todo lo referente a las joyas. Después, cuando yo hablé con él y con Teté, él mismo fue quien aseguró que la visita se había producido, pero por un asunto personal qué debía informarle a Teté, y que no había visto a nadie más en la casa... y en tu informe sobre la conversación con Laura, ésta ratifica la última versión, diciendo que Pepe personalmente se lo dijo así. Es decir, Pepe me mintió a mí y a Laura. En mí lo comprendo, pero no sé por qué habría de hacerlo con ella, ni qué motivos tendría ella para continuar la mentira de él después de muerto, si es que conocía otra cosa ¡O Joaquina me mintió a mí! Pero habría entonces que considerar el porqué.

—Es realmente complicado. Y eso que sólo hemos analizado los motivos, porque en cuanto al arma, sólo sabemos que fue una Browning calibre 9 mm y para de contar. ¡Por cierto! —agregó López—, en las investigaciones realizadas hasta ahora, ni Teté ni Laura poseen o han poseído un arma así.

—¡Déjame decirte que por lo que he podido obtener hasta ahora sobre Luisito, tampoco parece que él la tuviera!

—Sí, pero es que no puede olvidarse un último elemento.

—¿Cuál? —preguntó Julio.

—Que hemos conversado sobre Joaquina, Teté, Luisito, Pepe y Laura, ya que son los sospechosos que unen ambos hechos, el robo y el crimen.

—Sí, ¿y qué? —preguntó Julio de nuevo.

—¡Que tengo la impresión de que se nos queda algo fuera! —dijo López ligeramente excitado.

—¿El qué? —preguntó Julio intrigado.

—¿Tú tienes ya completos los elementos del robo? —le preguntó a su vez López.

—¿Su reconstrucción? No, todavía no la tengo completa; pero en cuanto a los participantes, con Teté en la casa, Pepe conocedor de la situación e involucrado en ella, y ambos relacionados con Luisito, que sería el autor material del robo... no me haría falta nada más. Sin embargo...

—¿Sin embargo? —repitió López.

—Tengo mis dudas sobre la motivación del robo de las joyas. Desde el principio me ha resultado chocante, por muy valiosas que sean hay algo que las hacía particularmente interesantes para ellos. ¿Y qué pueden tener las joyas de interesante para ellos, que no tuvieran también el dinero que había en la casa, o las otras cosas de valor? ¿Te das cuenta?

—Sí, quiere decir, que por ahí, por la motivación, existe todavía una posibilidad de aclarar el crimen —continuó su razonamiento López—; pero en cuanto al crimen en sí, yo estoy peor que tú todavía, ni tengo el arma, ni definida la motivación, y sigo pensando que me falta algo. ¿Tú tienes algún otro elemento que discutir? —preguntó un poco fatigado López.

—No, por ahora no.

—¿Entonces...?

—Bueno, yo tengo que localizar a Luisito.

—Yo tengo que encontrar una Browning 9 *mm*, ¡a ver si tu Luisito se te aparece con una, y así resolvemos los dos!

Y ambos amigos rieron a carcajadas. Después López, ya en la puerta, añadió:

—Y a lo mejor, a lo mejor yo encuentro lo que me falta.

Julio revisó los recados que había recibido esa tarde. Algo pasaba con Arturo porque nuevamente lo había llamado su amigo Pancho. Por otra parte, encontró sobre su mesa un informe completo sobre Lidia y el ex joyero del Arco del Triunfo. El collar de Lidia no era más que una copia, y le había sido regalada por éste, que lo guardaba entre otras prendas. Al verlo, la prima de Rosario y Joaquina, le había explicado el deseo que siempre había tenido de un collar así, y esa misma noche, en su visita a Tropicana con el director del teatro, lo estrenó con su vestido rojo. Con eso, aunque no era cosa de abandonarla, Julio decidió retirarla de su lista de principales sospechosos.

Pero le quedaba Arturo. Media hora después estaba en casa de Pancho y María. Estos lo recibieron como siempre. Y muy excitados ante las noticias que debían comunicarle. Conversaron durante un rato. Julio fue anotando detalladamente las andanzas de Arturo en esos días. Algo que dijo María lo sorprendió.

—Y además, estoy segura que esa noche no vino a dormir —señaló la mujer—, porque la casa estuvo tal y como la dejó, hasta que me acosté, y por la mañana amaneció igual. O salió muy temprano, pero ¡qué va! Eso fue que no vino. Después, como a las doce del día más o menos, lo vi venir de la bodega hacia la casa, ya la había abierto, pero la verdad es que el viejo está chocheando ya. ¡Imagínate que había estado lavando ropa! Él lava alguna ropita suya. Bueno, pues había lavado pantalones y camisas. Un pantalón y una camisa, que cuando el tiempo es de lluvia no se la quita para nada. Cosas de viejo, dice que así no ensucia ropa. Bueno, y si no ha llovido en estos días, ¿para qué se iba a poner a lavarla? ¿no? —Fue tal la expresión en el rostro de Julio, que María se detuvo—. ¡Eh! ¿qué te pasa? ¿dije algo malo?

—¿Cuándo fue que lavó esa ropa? —preguntó Julio.

—¡Ay, chico! Te estaba contando lo que hizo el miércoles pasado. Tú no vienes por aquí desde el lunes, y yo no le he perdido ni pie ni pisada en toda la semana, eso fue al amanecer del miércoles, ¿por qué?

—Por nada... por nada —le-dijo Julio—, ¡sígueme contando!

La mujer continuó su relato describiendo sus observaciones sobre la vida de Arturo. Finalmente, explicó sus actividades la noche anterior y esa mañana.

—Bueno, ¡con eso estás al día en los chismes del viejo! ¡No te podrás quejar! —dijo Pancho risueñamente.

—¡Oye, viejo! ¡Mira que a lo mejor descubrimos al viejo en algo gordo! No te burles, ¿verdad, Julio?

—Claro, claro —dijo Julio con una sonrisa enigmática—. Oye... ¿y alguna vez ustedes han visto o han oído decir que el viejo tenga una pistola?

Julio trató de restarle importancia a la pregunta, pero, inevitablemente, despertó la expectación en el matrimonio.

—¿Por qué, Julio? ¿Hay algo serio? —preguntó Pancho.

—¡Te lo dije! —recalcó María.

—No, es una simple curiosidad, no se me había ocurrido preguntarles hasta ahora.

—¡Ah! —exclamó la mujer—. No, que yo sepa no.

—Sí —dijo el marido—. ¡Cómo no! ¿Tú no te acuerdas, María, que hace dos años sorprendimos a aquel ladrón en el barrio y se formó el corre-corre?

—¿Cuándo, viejo? ¡Ah, sí! Y, ¿qué tiene que ver?

—¿Cómo qué tiene que ver? Ese día Arturo salió de la casa como todo el mundo, cuando oyó el escándalo... estábamos Agustín, el miliciano de la esquina, y yo, y él salió también a ver qué pasaba, y cuando nos vio a todos nosotros con las pistolas en las manos, regresó a la casa, y cuando volvió, se nos apareció también con una, dice que por si acaso.

—¿Así que tiene una pistola? —preguntó Julio en voz baja.

—Sí, calibre 9 *mm*. De su época de administrador del banco, una Browning, si no recuerdo mal.

13

Luisito

A medida que el auto se acercaba al lugar, comenzaron a verse grupos de curiosos. Después de cruzar bajo el puente tuvieron que identificarse, porque a partir de dicho lugar el tránsito por el bosque estaba cerrado al público. El auto avanzó por la estrecha carretera que serpentea entre apretados macizos de vegetación. Los dos oficiales no habían vuelto a hablar desde que López recogiera a Julio en su casa. Al dar una vuelta en el camino pudieron observar a unos cien metros a un policía. Éste se encontraba de espalda al bosque, en el borde de la carretera. López detuvo el auto. Los dos oficiales bajaron por un sendero que a pocos metros desembocó en un claro, limitado por un corto farallón.

Exactamente en la base del farallón había un hombre tirado en el suelo. A su alrededor se movían diligentemente los técnicos de investigaciones, haciendo mediciones y croquis, tomando fotografías y levantando huellas sobre el terreno. Con cuidado, para no pisar en las áreas que habían sido delimitadas por presentar interés para la investigación, los dos compañeros se acercaron al hombre que yacía sobre la tierra. Estaba tirado sobre un costado, de manera que podía vérselo el rostro. Era Luisito.

Esa mañana, Julio había sido despertado por una llamada de López, para informarle que Luisito había aparecido muerto en el bosque del Almendares. Minutos después había pasado a recogerlo en su auto e inmediatamente se habían dirigido al lugar de los hechos.

Aun cuando no podían adelantarse conclusiones, pues las actuaciones acababan de iniciarse, López pudo informarle a Julio los aspectos fundamentales. El cadáver había sido descubierto por una pareja de enamorados que buscaban un lugar discreto y tranquilo, a las dos de la mañana. El nerviosismo natural hizo que no dieran cuenta de inmediato a la policía, pues la mujer tuvo primeramente un ataque de nervios. Cuando su

acompañante logró calmarla, comprendieron que no sólo se verían involucrados en las investigaciones policiales, sino que su presencia en el bosque a esa hora delataría sus relaciones, que eran secretas, puesto que la mujer tenía compromiso. Sin embargo, analizando las cosas con más detenimiento comprendieron que su deber era informar a la policía, y por otra parte, de no hacerlo así, alguien acabaría por encontrar el cadáver y posiblemente su presencia en el lugar habría sido conocida, lo que complicaría más su situación.

Afortunadamente, al acercarse al lugar, no habían destruido ninguna de las huellas e indicios que ya comenzaban a ser registrados por la policía, ni tampoco tocaron el cadáver, terminó su explicación López.

En ese momento llegaba la ambulancia en que sería trasladado el cadáver. Tras las habituales diligencias, en el claro del bosque sólo quedaron los dos oficiales, frente a una marca de tiza en la tierra, delimitadora del área en que había estado el cuerpo de Luisito y de las huellas producidas por las diversas personas que hubieran estado en el lugar hasta la llegada de la policía. Entonces Julio y López iniciaron el regreso al automóvil. Ya en él, cruzaron el bosque, y se alejaron rumbo al centro de la ciudad.

Horas después, ya obtenidos los primeros resultados del peritaje, los dos compañeros se reunieron en la oficina de López. Ambos mostraban en el rostro la preocupación que el nuevo asesinato les producía.

—Esto es más serio de lo que pensábamos —dijo López.

—Sí, mucho más serio —reconoció López—, ahora hay dos crímenes, y yo me he quedado sin el autor del robo de las joyas.

—Y eso no es nada, ¡espera a que leas los resultados del peritaje! ¡Toma! —le dijo mientras extendía un documento.

Julio comenzó a leer en voz baja y su rostro se hizo aún más sombrío. López, mientras tanto, encendió un cigarro y ordenó por el intercomunicador que no los interrumpieran a no ser por asuntos muy urgentes.

—Lo mataron allí mismo... —comentó Julio en voz alta mientras leía—, dos impactos, uno en el corazón y el otro en el vientre, atravesándole la

camisa... alrededor de las doce de la noche... una pistola Browning, calibre 9 mm —levantó la cabeza y miró a López.

—Ya lo verifiqué. Los dos han sido asesinados con la misma pistola, los proyectiles pertenecen a la misma arma —respondió López a la mirada de Julio.

—Ropa en buen estado, huellas de sangre propia... —Julio continuó leyendo en alta voz—, no hay señal de violencia...

—No hay indicio alguno de lucha. Tampoco parecen existir indicios de crimen sexual —añadió López.

—Huellas de calzado de un hombre de cinco pies y cinco pulgadas...

—Son las del acompañante de la muchacha —dijo López.

—De calzado de mujer... supongo que serán las de la muchacha —dijo Julio, mientras López asentía con la cabeza—, de un hombre de cinco pies y cinco pulgadas, de complexión débil...

—Ésas son las de Luisito —agregó López, que encendió el cigarro que Julio acababa de sacar de la cajetilla.

—De un hombre de seis pies aproximadamente... —Julio miró hacia López.

—Ésas no se sabe a quién pertenecen... Fueron hechas en el mismo lapso que las anteriores. Evidentemente, son las del asesino, porque no hay más huellas frescas en el lugar —explicó López.

—Huellas de calzado de un hombre de seis pies aproximadamente... —releyó Julio, para continuar después—, horma extranjera, suela de goma con dibujo estriado, semejante a las utilizadas en las botas para tiempo de lluvia... —Julio detuvo la lectura para encender nuevamente el cigarro que se había apagado en sus labios— no aparece el arma homicida —concluyó de leer el informe. López buscó una carpeta y le extendió un croquis del lugar del crimen.

—¿Qué piensas de esto? —preguntó López.

—Te iba a proponer hacer una visita al apartamento del marinero, donde estuvo Luisito. Como estaba en fuga, yo mandé a sellarlo para poder hacerle un registro detallado más tarde, cuando tuviera la orden judicial, y todo esto vino a enredar las cosas. Puede resultar interesante.

—¿Por las joyas? —preguntó López.

—No lo creo, Luisito debe habérselas llevado en la maleta, sobre todo si pensaba huir con ellas por temor a Pepe o a quienquiera que sea, pero podríamos encontrar información adicional. Además, no sabemos quién es ese marinero, y aunque no ha estado aquí durante la realización de los delitos, no está de más que lo sepamos antes que regrese del viaje. Por cierto, ¿y la pareja que encontró a Luisito? —dijo Julio.

—Pudimos comprobar que su versión era cierta. De todas maneras les tomamos las generales y les dijimos que se les avisaría, que estuvieran localizados. ¡Imagínate! —respondió López.

—¡Buen susto que se llevaron! En adelante buscarán otro lugar, supongo —rió Julio.

Al llegar al apartamento de Luisito lo primero que sorprendió a Julio fue encontrar el sello roto. Se dirigió al apartamento de al lado. En ese momento se encontraba solamente la mujer. Pero ella no sabía que nadie hubiese estado allí. Julio llamó a los técnicos y poco tiempo después llegaron al edificio. En la misma puerta y, una vez abierta, en todo el departamento, tomaron las huellas que encontraron, realizaron algunas otras investigaciones, y se retiraron dejando a los dos oficiales en el lugar.

El apartamento estaba en completo desorden. Los muebles estaban patas arriba. Los cojines estaban destrozados. Los cuadros en el suelo. Las cortinas rasgadas. Las gavetas abiertas y vacías. Su contenido se encontraba esparcido sin orden alguno por el suelo, o amontonado en las esquinas. En el cuarto ocurría algo similar, incluyendo el colchón de la cama. En el baño había sido vaciado el botiquín. Y la tapa del tanque del inodoro había sido registrada; hasta el pequeño patio techado y la cocina habían sido revueltos. Julio y López cambiaron una mirada de inteligencia.

—Al principio pensé que sería Luisito en la huida —dijo Julio al fin—, pero esto es un registro total y completo. Buscaban algo.

—Las joyas —dijo López.

—Creo que se nos adelantaron —respondió Julio con su voz hueca.

—¿Habrán tenido suerte? —preguntó López.

—¡Quién sabe! —dijo Julio, mientras que con el pie removía las cosas regadas por el piso.

—De todas maneras, puede haber alguna información interesante, y más tarde los técnicos podrán añadirnos detalles sobre la persona o personas que... —comentó López con acento esperanzador.

—Sí, tendremos que esperar. ¡Vamos a ver si hay algo por ahí!

Durante varias horas revisaron minuciosamente todo lo que había en el apartamento. Al final de la labor, sudorosos, sin camisa, habían obtenido algunas cosas interesantes: un pañuelo manchado de sangre con una letra L bordada en una esquina, un par de guantes de nailon, uno de ellos con un desgarrón en uno de los dedos, un juego de ganchos, todo envuelto en un trapo. Y una nota manuscrita, que habían encontrado estrujada en el fondo de una gaveta que estaba en el suelo, y que decía:

Luis:

No podemos vernos. La cosa no está buena. Guárdalas tú hasta que nos pongamos de acuerdo. El socio de la compañía ya llegó. Nos vamos el 10.

Pepe

La nota estaba escrita en una letra muy deficiente y con bastante faltas de ortografía, lo que correspondía bien con el nivel cultural de Pepe. En su primera parte ambos oficiales coincidieron en entender la referencia a las investigaciones que se realizaron por el robo de las joyas, tras la denuncia de Joaquina. A ellas debía referirse Pepe cuando indicaba que las guardara Luis.

Pero, no entendían totalmente las dos oraciones siguientes. ¿Quién era el socio de la compañía? ¿A dónde iban? El 10, podía ser el día, pero, ¿de qué mes?

Julio acababa de terminar un partido de squash y se dirigía a las duchas, cuando fue llamado al teléfono. Era López que quería verlo urgentemente. Julio le explicó donde estaba, pero que lo esperaba en su oficina en media hora. Exactamente media hora después llegaba López a la oficina de Julio. Éste le brindó café. López estaba muy excitado, y no se podía contener más, y comenzó a hablar aun sin terminar de beber el café.

—¡Ahora sí que se enredó esto! -dijo entre sorbo y sorbo.

—Pero, ¿qué pasa ahora? —preguntó Julio contagiado con su excitación.

—El apartamento fue registrado esta misma madrugada, a la misma hora o poco después que mataron a Luisito. Lo hizo una sola persona, utilizó una ganzúa para entrar, no dejó huellas dactilares, porque sólo aparecen las del marinero, las de Pepe, y las de Luisito, y todas son viejas.

—Es decir, que el asesino vino después del crimen a buscar las joyas —concluyó Julio.

—¡Exacto! ¡Ése es el hombre que nos falta!

—¿Quién puede ser?

—Ese es el problema ahora, y además, dicen los técnicos que aunque no pueden asegurarlo, por la forma en que se hizo el registro, da la impresión de que no encontraron lo que buscaban.

—¡Eh! ¿Y entonces, dónde están las joyas? ¿Quién las tiene?

—Mira, el que las tenga debe andar huyendo de nosotros y del asesino.

—Oye, López, voy a hacer una revisión de todos los sospechosos que tenemos. Comenzaré por Joaquina, Teté, Arturo y Laura. Es necesario que determinemos si hay algún elemento que los vincule a toda esta situación y si aparece un nuevo sospechoso. ¿Qué te parece?

—Me parece bien, pero yo comenzaría por Laura.

—¿Laura?—preguntó Julio extrañado.

—Sí, mira, vamos a analizar primeramente la nota que encontramos.

Los dos hombres se sentaron en sendas butacas. Julio esperó a que su compañero le explicara su idea. Éste encendió un cigarro. Bebió otro sorbo de café y tomando una hoja de papel y un lápiz, se puso a hacer un gráfico.

—De la nota se deduce que Luis cometió el robo —comenzó López—, pero que las joyas iban a parar a manos de Pepe o que por lo menos las dividirían entre los dos.

—De acuerdo —dijo Julio.

—Pero en la segunda parte de la nota, Pepe se refiere a una tercera persona que llegó, a quien llama el socio de la compañía. A mí me da la impresión que este socio tiene algo que ver con estas joyas.

—Sí, a mí también, porque si no, ¿por qué iba a tratar un asunto ajeno en un momento como ése?

—Bien, pero, además, ese socio aparece relacionado inmediatamente con la salida hacia algún lugar. La nota dice «nos vamos» textualmente, ¿no? Esto incluía a Pepe, que hace la nota, y a Luis, que la recibe. Yo pienso que incluiría también a este tercer hombre. ¿Qué tú crees?

—De acuerdo. ¿Pero no podría incluir a alguien más? Yo pienso en Teté o Laura, una de las dos debía ser cómplice de ellos, y en ese caso...

—Precisamente, pero, teniendo en cuenta la situación anterior al crimen de Pepe, yo pensaría en Laura.

—Bien, comenzaré por Laura. ¡Oye, López! —Y Julio se le quedó mirando con una idea dándole vueltas en la cabeza.

—¿Qué pasa?

—El socio de la compañía, el tercer hombre que llegó, el que hemos dicho que se iría con ellos, el día 10. ¿A qué te suena todo eso? ¿Irse para dónde, chico?

—La CIA.

Los dos oficiales estaban ahora de pie. Quedaron callados un momento. Entonces Julio dijo:

—¡Voy a ver a Laura!

—Y yo —dijo López—, voy a ver a Ulises.

—¿A quién? —preguntó Julio.

—¡A Ulises! —respondió López—, ¡al de la contrainteligencia!

Y los dos compañeros salieron de la oficina.

14

Laura

Julio pensó que le iba a resultar difícil obtener la información que le interesaba. Se trataba de una zona residencial por detrás de la Quinta Avenida. Solo se veían grandes residencias, rodeadas de grandes jardines y muy alejadas las unas de las otras. Algunas se encontraban vacías. En otras había alojados becados de escuelas internas que se iban organizando en todo el lugar. Sin embargo, al doblar por la Séptima Avenida, aparecieron algunos edificios de apartamentos. ¿Podría encontrar allí quien pudiera ayudarlo en la investigación? Ya se encontraba en la cuadra donde residía Laura. Se guio por la numeración, y localizó el edificio.

No obstante, siguió en el carro hasta el teléfono más cercano e hizo una llamada. Tomó nota, y dando vuelta a la manzana parqueó al inicio de la cuadra. Después regresó a pie al edificio, y se dirigió rectamente hacia la rampa de acceso al garaje en el sótano del edificio. Éste tenía un pequeño apartamento para el encargado.

—¿El compañero Modesto? —preguntó Julio al hombre que salió a su encuentro.

—Soy yo. ¿Qué quiere? —le preguntó el hombre, que en esos momentos salía cargado con un latón de basura.

—Hablar con usted —dijo Julio mientras se identificaba.

—¡Espéreme un minuto! ¡Vuelvo enseguida! —y el hombre salió hacia la rampa que lo llevaba a la calle.

Julio miró los automóviles parqueados. Un Dodge del 56, un Chevrolet del 60, un Citroën de año desconocido para él, un Chevrolet del 63. En ese momento regresó el hombre.

—¡Venga! —le dijo, mientras continuaba hacia su apartamento. Julio entró tras él. Era presumible que aquel apartamento no se parecería a las lujosas viviendas que se alzaban exactamente encima de ellos.

—¿Dígame, compañero! —dijo el hombre mientras se lavaba las manos en el pequeño baño.

—Quisiera conocer... que me diera algunas informaciones sobre una persona que vive en el edificio.

—¿Cómo se llama? —preguntó mientras se secaba las manos.

—Laura.

—¡Ah! —exclamó, como si sólo pudieran pedirte información sobre ella. Al notar que Julio se había extrañado por su expresión, le explicó.

—Es que ella es la única dueña que queda de los que compraron originalmente los apartamentos... propiedad horizontal, ¿sabe? Los demás volaron ya. Ahora viven otras personas. Los apartamentos pasaron a la Reforma Urbana, ¿comprende?

—Sí, comprendo —dijo Julio sonriente—. Bueno, pues me haría falta que me hablara sobre ella.

—¿Todo lo que sé? —le dijo el hombre con sorna.

—Sí, y sobre todo lo de hace dos meses para acá.

—¡Ah! —volvió a exclamar el hombre.

—¿Ah? —repitió Julio con igual acento.

—Sí, hay cosas interesantes de hace dos meses para acá. Espérese que voy a poner el ventilador, ¡hace un calor!, y el radio...

—¿El radio? —preguntó Julio extrañado.

—Claro, así no nos oyen, ¿no lee novelas policíacas? —respondió el hombre, y Julio sonrió.

—Bueno, pues Laura parecía que no rompía un plato hasta hace dos años, no se metía con nadie, andaba siempre con sus libros. Salía sola, regresaba sola, dormía sola. Saludaba cuando entraba y salía. Ya le digo, un modelo. De pronto, un día, se presentó aquí un mulato muy estirado, preguntando por ella y yo pensé que venía a hacer algún trabajo en el apartamento. Pues no, el hombre subió como a las dos de la tarde, y cuando voy a sacar la basura, como a las diez de la noche, los veo salir del brazo, muy acaramelados. A partir de entonces el hombre venía por la tarde y salía por la noche, me imagino que a comer. Un día tropecé con él, como a las siete de la mañana, acabadito de bañar, cuando salía del edificio, y con la llave en la mano...; ya se podrá imaginar los comentarios de todos los vecinos. Bueno, ella es soltera

y no tiene compromiso con nadie y es mayor de edad, ¡ya lo sé!, pero una muchacha tan fina, tan educada, con el tipo ese. ¡Oiga, compañero, no porque sea mulato!, ¡eh!, pero por encima de la ropa se ve la clase de gente que es; pero, bueno, eso es asunto de ella. Y quién le dice que hace como un año el mulato vino con ropa y todo, y se mudó con ella; no lo anotó en la libreta, pero vivió con ella como cuatro semanas, después se fue, y estuvo varias semanas sin venir por aquí. Y hace como dos meses regresó y estuvo viniendo casi todos los días, pero se iba rápido. Entonces, un día vino acompañado de otro hombre, como de mi estatura, delgadito, yo le digo que ese muchacho es afeminado. Pues subieron los dos y estuvieron un rato con ella. Ése no volvió más, que yo sepa. Pero poco después, hará dos o tres semanas, se apareció con otro, como de seis pies, un tipo rubio, pero prieto de mucho sol...

—Un momento —lo interrumpió Julio sobresaltado—. ¿Cuándo fue eso?

—No, la fecha exacta no sé. Dos semanas, cuando mucho más, tres.

—¿Venían solos? ¿Traían maleta o algo?

—No, no. Vinieron solos y no traían nada.

—¿Les notó algo raro cuando entraron? ¿Lo vieron a usted?

—No, todo normal, parecía que se conocían mucho y se trataban muy amistosamente, me vieron y me saludaron y siguieron. El mulato a veces me saludaba y a veces no, dependía cómo tuviera la cara él o yo, pero ese día me saludaron los dos.

—¿Cuándo se fueron?

—No sé. No los vi más.

—¿Cuándo volvieron?

—No. No los he vuelto a ver.

Julio se quedó ensimismado. No quiso demostrar su sobresalto ante el hombre y decidió continuar indagando alrededor de Laura.

—¿Y ella?

—Bueno, ha salido poco. Prácticamente nada más que ha salido para ir a comprar al mercado. Hace como una semana salió antes de las dos y regresó después de comida. Al otro día, por la tarde, salió como dos horas. Cuando volvió venía preocupada. No ha salido más. Supongo que está de vacaciones o tenga una licencia... no, espérese, hace tres días salió temprano por la

mañana, pero regresó enseguida, pero ya no sale por la noche, ahora se pasa el día oyendo radio. Antes lo hacía de vez en cuando, ahora es todo el día y a veces hasta tarde... estaciones extranjeras. La gente se queja, y figúrese, además, parece que no se ha sentido bien.

—¿Por qué? —preguntó Julio.

—Porque hoy por la mañana vino a verla un médico, con maletín y todo, y no la he visto en todo el día. Ya ni sale a comer afuera como hacía antes, ahora compra todo lo que venden en el mercado. ¡Quién lo hubiera dicho! Me enteré que hasta ha cambiado algunas cosas por comida.

El hombre continuó hablando durante un rato y Julio dejó que agotara todo lo que sabía sobre Laura, sin interrumpirlo ni una sola vez. Al fin el hombre calló.

—Bueno, eso es todo lo que sé sobre ella. No sé si esto lo ayuda —dijo el hombre.

—Mucho —le respondió Julio mientras se levantaba—. Y gracias, compañero.

15

Arturo

Lo único que López le había dicho al oficial de guardia era que, en cuanto llegara Julio, fuera a verlo, que estaba con el teniente Ulises, y tenían nuevos acontecimientos que informarle. Sin siquiera entrar a su oficina, Julio le dejó un recado a su jefe, explicándole brevemente lo que había conocido en la casa de Laura, y que se iba a una reunión urgente con López y Ulises.

—¡Caramba, Julio, cuánto tiempo sin verte! —saludó afectuosamente Ulises al recién llegado.

—¡Estás igualito! —le respondió Julio—. ¿Qué? ¿Cuándo me invitas a una cacería de guineos? —le preguntó.

—¡Ah! ¡Ya te contaré! Hace poco fui a una por Matanzas. ¿Y tú, sigues jugando squash? ¿no? —le preguntó a su vez.

—¡Claro! Hay que estar en forma.

—Bueno, dejen los saludos para luego —intervino López jovialmente.

—Sí, sí, como que tú eres el hombre del razonamiento por el ajedrez —ripostó Julio.

Todos rieron. Julio comenzó a explicarles que había recibido el recado hacía sólo unos momentos, por lo que temía que lo estuviesen esperando desde hacía mucho tiempo.

—¡Y déjenme decirles que yo también traigo algunas cosas importantes! —concluyó.

—¡Vaya! ¡Esto se pone bueno! —exclamó Ulises mientras se sentaba.

—Bueno, ¿qué es lo que hay? —preguntó Julio.

—¡Vamos por partes! —intervino López—. Primero una noticia: ¡lo herimos! —añadió.

—¿Lo herimos? ¿A quién? No entiendo —dijo Julio.

—Después que salimos del apartamento, se me ocurrió dejar vigilancia discreta, por si acaso, pensé que si no habían encontrado lo que buscaban,

podrían volver. Te llamé varias veces para informártelo, pero no pude localizarte porque estabas en la calle, y como había logrado ponerme de acuerdo con Ulises para vernos hoy, pensé decírtelo en cuanto llegaras, pero ocurre que, precisamente esta madrugada, el hombre se metió en el apartamento.

—¿El hombre? —preguntó Julio.

—Sí, el que faltaba. ¿Te acuerdas? —le respondió López.

—¿Cómo sabes que es él?

—Espérate, déjame terminar. El hombre se metió en el apartamento, nuestra gente dejó que entrara, venía con una linterna. Fueron a encender la luz, pero al parecer hicieron algún ruido con todas las cosas que había regadas por el suelo, el tipo se dio cuenta, tiró la linterna y trató de salir del apartamento, pero tropezó. En ese barullo trataron de agarrarlo, pero según dicen es un tipo grande y fuerte. El caso es que logró llegar a la puerta y salir, le cayeron atrás por la escalera y por la calle, pero no pudieron alcanzarlo. En el edificio no quisieron disparar por los vecinos, pero ya en la calle, como era madrugada no había nadie, le dispararon y le dieron. Dicen que fue en el brazo o en la mano; después vimos la sangre en la acera, pero así y todo se nos escapó.

—De manera que el hombre todavía no tiene las joyas.

—¿Y cómo es?

—Alto, fuerte, no pudieron describir la ropa, ni le vieron la cara, pero están casi seguros que es rubio.

—¡Vaya! —dijo Julio al ponerse de pie.

—¿Qué pasa? —preguntó López.

—¡No! ¡Sería demasiada casualidad!

—¡No me digas que tú lo viste!

—No, pero alguien puede haberlo visto.

—¡Cuenta, cuenta! —le dijo López, interesado.

—Como acordamos, comencé a revisar la situación de todos los sospechosos, y visité el edificio en que vive Laura.

—¡Laura!

—Espérate tú ahora —le dijo riéndose—. ¡Oye esto! Después del robo, Pepe llevó a Luisito a casa de Laura.

—¡Ésa sí que es buena! —exclamó López.

—Pero no sólo eso, hace dos o tres semanas, Pepe fue a casa de Laura con un hombre fuerte, como de seis pies, rubio, de piel tostada por el sol.

—Pero...

—Y ahora mismo, antes que yo llegara, acababa de visitarla un médico.

—¿Tú crees? —dijo López.

—...no ha salido en todos estos días de la casa, y está comprando comida como para dos meses, y se pasa todo el día con la radio puesta, cosa que no hacía...

—¡Hay que hacer algo de inmediato! —dijo López. —¡Todo indica que el hombre está allí! —dijo Julio.

—¡Un momento, un momento! —exclamó Ulises.

—¿Tú no lo crees? —le preguntó Julio.

—Bueno, yo no tengo todos los elementos que tienen ustedes, que llevan rato siguiendo esto, pero me parece que debemos ver algunas otras cosas, antes de decidir algo. De lo que estoy seguro es de que casi lo tenemos, y si damos un paso en falso, las cosas pueden echarse a perder.

—Sí, me parece que tienes razón —dijo López.

—Además, yo también tengo algunas cosas que todavía no te he contado —le dijo Ulises a Julio.

—¡Verdad que sí! Esto no se acaba, deja que Ulises te cuente —dijo López.

—¡Arriba! Empieza a contarme, esto se pone cada vez mejor —dijo Julio tomando una taza de café, y se sentó en el sofá.

—Pues, en primer lugar, las huellas del asesino de Luisito son semejantes a las de un tipo de botas que usan algunos agentes de la CIA. En segundo lugar, la linterna que encontraron en el apartamento, después que hirieron al tipo rubio, es de las que utilizan los agentes de la CIA que se infiltran, y en tercer lugar, nosotros tenemos la información de que «un socio de la compañía» está preparando una fuga ilícita por una zona cercana a Santa María del Mar, precisamente para el día diez de este mes, es decir, pasado mañana —dijo Ulises. Después de un momento añadió—: En nuestra información se explica que él llegó hace dos o tres semanas para hacer contacto con otro agente, esta tarea ya la cumplió, y ahora está esperando que

el centro le ratifique la fecha de salida. Vendrán a buscarlo en una lancha pirata, y se sabe que en el viaje va con él otra persona, porque el centro lo autorizó. El problema consiste en que, como ya cumplió la tarea, perdimos el contacto con él. Pero hemos estado preparando todas las condiciones en la zona, para cuando se produzca la exfiltración. No es la primera vez que viene y que hace algo parecido. Ya en una ocasión estuvimos a punto de agarrarlo, pero se escapó; lo tenemos completamente fichado, conocemos todas sus generales, los lugares a que puede venir, pero es muy astuto. En esta ocasión no se había puesto en contacto con ninguna de las personas que teníamos vigiladas, y no sabíamos dónde estaba esperando el momento de la salida. Cuando López me explicó lo que tenían ustedes entre manos, y la zona por donde habían matado a Pepe, me dije que el hombre que a ustedes les faltaba es Ñico. Se llama Antonio, pero todos lo conocen por Ñico. Mide alrededor de seis pies, y es rubio —concluyó Ulises.

López se levantó y trajo café para los tres. Ulises encendió un tabaco. Julio encendió el cigarro de López y el suyo.

—Bueno —dijo Julio—, tenemos que hacer un plan conjunto. Me parece que lo primero es agarrar al tal Ñico, ¿no?

—Sí, yo creo que para sacar el ovillo hay que agarrar el hilo —exclamó López—. Así que me parece que tú —añadió dirigiéndose a Ulises— debes decirnos qué tenemos que hacer ahora.

—Si agarramos a Ñico, podemos aclarar toda la situación que a nosotros dos nos interesa, y la que les interesa a ustedes —agregó Ulises.

—¿Y si fuera la misma cosa? —preguntó Julio.

—No entiendo —dijo López.

—Yo lo entiendo, pero creo que no —dijo Ulises—. Lo más probable es que la única participación que tenga Ñico en el asunto de ustedes es la salida de alguien que está involucrado en el robo.

—¿Y los crímenes? —preguntó López.

—Probablemente tienen como motivación la posesión de las joyas —dijo Julio.

—Pero parece que Ñico es el asesino de Luisito y de Pepe.

—Sería para evitar ser denunciado por ellos —intervino Ulises.

—Pero, se arriesgó a registrar el apartamento dos veces, cuando ya habían muerto las dos personas con que se relacionaba —añadió Julio.

—Menos Laura —agregó López.

—Bien, como ustedes decidieron que yo inicie este final, les voy a hacer una proposición —dijo Ulises, y agregó risueño—: ¡Vamos a comer, que tengo hambre! Después volvemos para acá y nos ponemos de acuerdo. Y entre paréntesis, Julio, ¿son realmente tan valiosas esas joyas?

—Por lo menos, para toda esa gente parece que sí lo son —dijo Julio mientras se dirigían a la puerta.

—¿Y entonces, para qué las quiere Rosario, que a estas alturas ni las puede usar? ¡Vamos, vamos a comer! —y cerró la puerta tras ellos.

Estaban tan ensimismados en la discusión del plan, que sólo después que tocaron dos veces en la puerta lo notaron. El oficial de guardia llamaba urgentemente a Julio desde la oficina. Cuando regresó, mientras hablaba, comenzó a ponerse la camisa y el zambrán con la pistola.

—Hay información urgente sobre Arturo —dijo Julio.

—Pero, después de la información que hemos obtenido, me parece que el caso de Arturo... —intervino López.

—Sí, eso mismo pensé yo, pero es que Arturo salió de la casa en el auto negro, y además del calvito con que siempre lo han visto, había otro hombre.

—¿Y? —dijo Ulises, instándolo a seguir.

—¡Fue hoy, sobre las tres de la tarde! La salida fue muy precipitada, y el hombre que acompañaba al calvito, era rubio —dijo Julio mientras se ponía la gorra— ¡Voy a verificar la información y regreso enseguida!

16

Laura

Ulises consultó su reloj para asegurarse de que era la hora exacta. Miró sonriente a Julio y a López. Los tres montaron en el automóvil, y muy despacio, avanzaron por la carretera. De nuevo se escuchó la voz de la microonda y Ulises contestó. El otro automóvil debería acercarse a ellos dentro de cinco minutos. Desde donde se encontraban ahora, lo verían pasar perfectamente.

Habían transcurrido los cinco minutos cuando en ese preciso momento aparecieron en la curva las luces de carretera de un automóvil que vendría aproximadamente a 80 kilómetros por hora. Ulises aceleró ligeramente el carro en forma tal que tan pronto el automóvil pasó frente a ellos se incorporó a la autopista principal en la que desembocaba la carretera por la que habían llegado. Ya en la autopista, Ulises comenzó a acelerar el carro progresivamente, de manera que en unos segundos estuvieron apareados al otro automóvil.

En ese momento, improvisaron una conversación con el fondo musical que daba el radio encendido apenas unos segundos antes; cruzaron junto al otro automóvil a la misma velocidad que traían. Después se alejaron de él, aumentándola cada vez más. Pero los breves momentos de apareamiento fueron suficientes para que pudieran ver al hombre rubio que manejaba el carro. Del otro lado, con un moño cubierto por un pañuelo, iba Laura.

El auto que manejaba Ulises continuó por la autopista a la misma velocidad con que había pasado el que manejaba Ñico. Pero doscientos metros más atrás se acercaba otro automóvil, mucho más lentamente.

En el próximo cruce, Ulises desvió su carro hacia una carretera secundaria, y al subir por el paso elevado que cruzaba la autopista pudieron ver el auto de Ñico cuando era pasado por el otro carro. Un poco más atrás venían dos automóviles. Entonces Ulises continuó por la carretera elevada,

como dos kilómetros en la misma dirección que seguía Ñico por la autopista, hasta que dobló en un camino de tierra. Apagó las luces, y totalmente a oscuras avanzó casi otro kilómetro en dirección a la costa. Al fin detuvo el auto junto a una casa de tablas, aparentemente abandonada. Los tres hombres descendieron del carro y, al tocar en la puerta, fueron recibidos afectuosamente por el resto del personal que se encontraba en el lugar.

Allí estaban los compañeros encargados de sorprender al enemigo, en el momento mismo en que intentara producir la fuga clandestina de Laura y Ñico. Por la microonda Ulises se comunicó con el punto central desde donde se dirigía la operación. Se le informó que todo estaba preparado. Podían avanzar hacia el punto de la costa donde atracaría la lancha pirata.

Durante diez minutos avanzaron a buen pasó por entre un marabuzal. Después se internaron en la zona costera, ocultándose por entre la uva caleta y el mangle, y enterrándose, en ocasiones, en el agua. De pronto, detuvieron la marcha. Los hombres comenzaron a ocupar las posiciones que previamente habían acordado. Ulises, Julio y López avanzaron hasta el lugar escogido por ellos. Un poco más allá se encontraba detenido un auto. Y sólo unos metros después, las olas rompían en la playa.

El silencio era absoluto en la costa. Por un momento dudaron, ¿realmente habían visto la luz sobre el agua? Pero la repetición sistemática por dos veces, les hizo aprestarse al combate. Una figura descendió del automóvil, contestando la señal con una linterna.

Casi sin ser notada, una mole oscura avanzó desde el mar hacia la costa, y se detuvo suavemente a pocos metros de la playa. Una voz gritó una cifra. Y la figura que estaba junto al carro respondió con otra. La primera voz llamó a Ñico, y éste respondió, mientras se dirigía hacia la playa. Fue entonces que, desde el mangle y la uva caleta, les llegó a los que estaban en la costa, la orden de rendirse. Se escuchó una detonación. Y un doble barraje de fuego, desde la costa al mar, y desde la lancha hacia la playa, iluminó con trazos rojizos la oscuridad.

Se escucharon los motores de la lancha, y se alejó mar adentro, lanzando un surtidor de agua tras de sí. Pero segundos después, las luces de bengala iluminaron toda la zona de la operación, desde el horizonte hasta la costa. La lancha, como un punto en el centro del mar, se vio asediada. Sobre el

tranquilo mar, la batalla duró pocos minutos, y la lancha saltó en pedazos, quedando durante algunos momentos como la llama de una antorcha. Después, al hundirse, la oscuridad sólo fue rasgada por las luces de las lanchas torpederas de los guardafronteras, que barrían con sus reflectores la superficie del mar.

En la costa, mientras tanto, aparecieron rápidamente linternas y faroles que permitieron descubrir, uno semihundido en el agua, y el otro, diez metros playa adentro, los cuerpos sin vida de dos hombres. Uno de ellos era Ñico. El auto se encontraba totalmente acribillado por los impactos. Al abrir la portezuela trasera, tirada en el suelo, sin sentido, con los brazos y las piernas amarradas, pero con vida, se encontraba Laura.

No obstante las horas transcurridas y la atención que recibiera, estaba aún desplomada física y psíquicamente. Parecía haber envejecido en horas. Y su mutismo sólo era roto ocasionalmente para pedir agua. Teniendo en cuenta el estado en que se encontraba, se acordó que primeramente hablara con ella López, a quien ya conocía, lo que seguramente mejoraría su ánimo.

Cuando Laura lo vio entrar, bajó la cabeza, y rompió a llorar. Él estuvo mirándola un rato desde la butaca en que se sentó a fumar. Poco a poco ella se calmó y al fin él le preguntó cómo se sentía, y si podrían conversar brevemente sobre algunos aspectos que era imprescindible aclarar de inmediato. Dejarían para después cualquier otra cuestión. La mujer le respondió que podían hablar en ese mismo momento, si así lo deseaba.

—Laura, no le voy a preguntar nada en particular; por nuestra conversación anterior sabe lo que nos interesa —dijo López—; especialmente toda la participación de Ñico en los asesinatos de Pepe y Luisito, el robo de joyas, y con respecto a usted...

Laura lo miró un poco desconcertada. Después suspiró y le pidió un cigarro, que él le encendió. Durante algunos momentos fumaron ambos sin hablar.

—Todavía no sé ni cómo he llegado hasta esto —comenzó a decir Laura, pero rectificó con rapidez—, sí, sí lo sé. Lo que quiero decir es, que ese conocimiento no me impide sentirme responsable de tantas cosas,

avergonzada de mí misma; por el contrario, no me permite que intente siquiera una justificación. Se lo contaré todo, ahora que me siento con fuerzas para eso, quizá después trataría de ocultar cosas que me perjudiquen o me avergüencen —dijo y quedó callada. Cuando comenzó a hablar nuevamente, su voz era la misma que tenía en su primera entrevista con López, pero notablemente en un tono más bajo, y con acento que reflejaba un gran cansancio—. Después que llevaba viviendo desde hacía dos meses con él, Pepe me contó, en un momento de confidencias, que tenía contacto con un amigo que trabajaba para la CIA, el que tenía la posibilidad de entrar y salir clandestinamente en el país. Entonces, conociendo mi inconformidad con el proceso revolucionario, me propuso irnos en uno de esos viajes. No obstante la amistad que lo unía al agente de la CIA, era necesario que pagáramos nuestra salida del país, y no poseyendo dólares, y no sirviendo para ello otra cosa que las divisas o cosas convertibles en ellas, Pepe pensaba realizar el pago con unas joyas. Después supe que estas joyas eran las que habían sido robadas a las dos mujeres de la casa donde trabajaba Teté. Al principio me opuse por muchas razones aparentes, pero en realidad porque tenía miedo, y cierta repugnancia a marcharme de esa manera con un hombre como Pepe. Pero me fue imposible negarme por mucho tiempo. Por una parte por la atracción que Pepe ejercía sobre mí, y por otra, porque también le tenía miedo, pues había llegado a conocer su carácter, absolutamente falto de escrúpulos. Yo debía esconder al hombre en mi casa, y moverlo en el carro si fuera necesario, y también accedí a eso. Pepe me advirtió, además, que un antiguo amigo de él, nombrado Luisito, que era quien había realizado el robo, creía que se iría en el viaje con nosotros, y que aparentemente desconfiaba de Pepe, por la insistencia con que le había estado pidiendo las joyas. Quizá por eso, no acababa de entregárselas. Y como prueba, para darle seguridad en su participación en la salida clandestina, Pepe ideó llevarlo a mi casa para que los tres hiciéramos los planes de la huida. Fue una conversación desagradable. Por todo lo que le he dicho. Por la comedia que representábamos ante el infeliz. Y porque pude sentir que me rechazaba instintivamente tanto como yo a él. Pocos días después llegó Níco. Para mayor seguridad de los tres, Pepe me dijo que trataría de no ir por la casa durante un tiempo. Y durante días y días estuve sola en la casa con Níco,

encerrados los dos —la mujer se detuvo un momento y entrecerró los ojos. Después continuó—. El día que Pepe me llamó por teléfono, cuando comimos en Bulerías, me informó que sospechaban de él, aunque desconocía exactamente los motivos, puesto que estaba seguro que nada podía comprometerlo. Estaba preocupado, aunque no demasiado. Yo, por el contrario, me aterró. El lo comprendió. Primero se burló de mí. Después me advirtió que no le fallara. Cuando regresé al apartamento se lo conté todo a Ñico. Él me había propuesto irnos juntos y dejar a Pepe. Yo temía sobre todo que Pepe se enterara de las relaciones que sostenía con Ñico. Y además, no podía evitar comparaciones en las que Pepe quedaba en desventaja. Me sentí arrastrada por el mismo sentimiento que en un principio me llevara hacia Pepe. Ahora él era un obstáculo. Cuando Ñico se enteró de la situación con respecto al robo de las joyas, y las sospechas que existían sobre Pepe, decidió matarlo y evitar así que, si era detenido, cometiese una indiscreción que lo involucrara a él. Yo misma le dije a Pepe que Ñico necesitaba verlo para dejar organizada la salida, pero que no debía ser en mi casa. Y que llevara las joyas. Le di las instrucciones que Ñico me dio. Cuando regresó no me dijo nada, pero por su rostro supe que lo había matado. Me preguntó quién era Luisito. Yo comencé a temerle también, por su falta de sensibilidad, por su frialdad al matar a Pepe, que lo consideraba como un verdadero amigo, que confiaba en él después de tantos años. Comprendí lo efímero de nuestras relaciones, y lo poco que debían representar para él. No le di la dirección de Luis, que yo conocía desde el día de su visita a mi casa. Pero no pude evitar servirle de intermediaria para concertar una entrevista. Luis me había dejado un teléfono donde siempre podríamos localizarlo. Así lo hice, y poco después me llamó. Le dije que, habiendo muerto Pepe, el hombre de la CIA tenía interés en ponerse de acuerdo con él para producir la salida suya y mía. Aparentemente Luis lo creyó. En este caso, Ñico no me dijo qué se proponía hacer, pero yo lo sabía. Ñico regresó furioso, porque no había encontrado las joyas, que según él había orientado, Luisito debía llevar a la entrevista. Comprendió que yo le ocultaba la dirección de Luis y me obligó a dársela. En la primera ocasión no encontró nada. Entonces volvió y me preguntó si yo sabía de algún lugar concreto donde podían estar. Realmente no lo sabía, pero lo inventé, para que fuera de nuevo. Tenía la esperanza de que lo detuvieran y

terminar con aquella pesadilla. Regresó herido y más furioso aún. Me aterroricé por las cosas que me dijo y las amenazas que me hizo. Comenzaba a sospechar de mí. Sangraba abundantemente por la mano que le había sido herida. Me preguntó si conocía algún médico de confianza, que no hiciera preguntas. En realidad el médico que llamé era un conocido que siempre me había estado rondando, gente de pocos escrúpulos también, pero muy cuidadoso para no verse involucrado en problemas que pudieran perjudicarlo. Decidí llamarlo con el falso motivo de una enfermedad mía, y ya aquí le dije realmente lo que quería. Esperaba que nos denunciara tan pronto saliera, porque yo no me atrevía a hacerlo. Tal era la situación en esos momentos. Después fueron horas terribles, esperando la salida. Le propuse a Níco que se llevara el carro, y que se fuera solo, le dije que no me atrevía a hacer el viaje por mar. No me creyó y me dijo que por lo menos tendría que llevarlo hasta la costa; que después decidiría si me iba con él o no. Durante todo el viaje me insultó. Estaba muy alterado. Cuando llegamos a la costa me dijo que no podía dejarme porque, yo era la única persona que conocía todo lo ocurrido y que lo conocía a él, que quería continuar en esos trabajos, con los que se ganaba muy buen dinero en el Norte, y con los que podía darse una gran vida, que si yo me quedaba, a él no le permitirían regresar, para no arriesgar ningún trabajo. Le supliqué que me dejara. Le prometí no hablar con nadie, irme a otro lugar del país. Y se rio de mí. Cuando se detuvo en la costa me entró a golpes diciéndome que no me quedaría aquí, pero que tampoco llegaría allá, que sería, una carga para él, que había terminado mi aventura. Después sentí un golpe en la cabeza... y no sé más hasta que recuperé el conocimiento en la enfermería —la mujer quedó callada. López le encendió un cigarro. Después llamó al policía para que se la llevara.

La mujer no lo miró. Salió con paso lento. López apagó el aire acondicionado. Abrió la ventana que daba sobre la bahía. Respiró profundamente. Allí estuvo un rato. Y después se fue a ver a Ulises y Julio.

17

Teté

Con todo lo que había ocurrido en el apartamento del marinero, el matrimonio de al lado se había convertido en su mejor y permanente guardián. Por eso, aunque el ruido fue leve, la mujer despertó inmediatamente a su marido. Éste se levantó, y miró por la mirilla. En la puerta del apartamento contiguo, una mujer introducía la llave. El hombre esperó a que entrara y cerrara la puerta. Entonces, mientras su mujer iba a llamar por teléfono a la patrulla, él se apostó a la entrada del apartamento, para evitar que nadie entrara o saliera hasta que llegara la policía.

Cuando los patrulleros llegaron e intentaron entrar, encontraron que la puerta estaba cerrada por dentro. Tocaron dos veces, pero nadie respondió. Marido y mujer aseguraban haberla visto entrar. Los policías tocaron, ahora con mayor fuerza, ordenando abrir a quien estuviese dentro.

Se escuchó entonces un suave taconeo en la sala. La puerta se abrió poco a poco. Y apareció Teté, con el rostro lleno de temor. Ante las preguntas de la policía sobre los motivos por los cuales había entrado sin autorización en aquel apartamento, mostró la llave, pero después no pudo explicar cómo la tenía, si el apartamento no era suyo. Los patrulleros decidieron llevársela a la unidad más cercana para aclarar allí la situación.

Inmediatamente, el dueño del otro apartamento fue hasta el teléfono y llamó al número que le había dejado Julio para un caso de urgencia. Le dejó un recado en el que le explicaba todo lo sucedido.

Tan pronto Julio lo recibió, avisó a López y a Ulises, y se dirigió a la Central de Investigaciones. Dos horas después estaban sentados, uno frente a otro, en una pequeña oficina del edificio.

—Bueno, Teté —dijo Julio—, quiero que seas tú misma la que expliques lo sucedido.

—¡Ay, teniente! Por mi madre que hay una mala interpretación en todo esto. Usted me conoce, yo no he hecho nada malo, es que usted sabe cómo me afectó la muerte de Pepe. Yo tenía la llave del apartamento de Luisito y pensé que a lo mejor tenía algunas cosas de Pepe. ¡Figúrese! —y se echó a llorar.

—Sí, yo comprendo eso que tú me dices, pero lo que no entiendo muy bien es por qué fuiste a las once de la noche, y no a la luz del día —le dijo suavemente Julio.

—¿Usted sospecha de mí? —preguntó Teté, aún llorosa.

—¿Sospechar sobre qué, Teté? —le preguntó él a su vez.

—No pude venir antes... no podía esperar más... en definitiva yo tengo la llave —dijo retadoramente.

—Que no es tuya —dijo él—, pero además, lo importante no es si tenías la llave o no.

—¿Y qué es lo importante? —dijo Teté—. En todo caso me acusarán de meterme en una casa que no es mía, con una llave que me dio su dueño.

—No, Teté, no es tan sencillo. Tú sabes que no es tan sencillo. Piénsalo. Mira-, Pepe está muerto. Luisito también. ¿Tú sabes quién los mató y por qué?

—No. ¿Cómo lo voy a saber?

—¿Y qué me asegura a mí que dices la verdad?

La mujer lo miró con los ojos muy abiertos, sin decir nada.

—¿Te das cuenta que no es tan sencillo? —le repitió Julio—. Hay por el medio por lo menos un robo importante, y dos asesinatos; y tú vienes, y entras con una llave que no es tuya.

—Me la dio Luisito —repitió obstinadamente.

—¿Por qué? —le preguntó Julio—. ¿Tú sabes lo que significa que un hombre le dé la llave de su apartamento a la mujer de su mejor amigo?

—¿Usted piensa que Luisito y yo...? ¡Teniente!

—¿Por qué, entonces?

—Es que Pepe se la pidió.

—¿Y por qué Luisito te la dio a ti?

—Pepe no estaba.

—¿Y tú por qué no se la diste a Pepe?

—Se me olvidó. Se lo aseguro... se lo juro...

—¿Y para qué la quería Pepe?

—Yo no sé.

—¿Y Pepe no volvió a ver a Luisito? ¿No hablaron de la llave?

—No sé, no sé.

—¿Luisito no te dijo para qué quería Pepe la llave de su apartamento... de un apartamento que estaba vacío muchas veces...? ¿Tú no sabes para qué se le presta la llave de un apartamento a un amigo casado? ¿Luisito era tan ingenuo como para dártela a ti?

—¿Usted quiere decir... que Pepe iba a utilizar el apartamento para verse con otras mujeres?

—Bueno, yo no sé la explicación que te habrá dado Luisito sobre eso.

—No, no me dijo eso.

—¿Qué te dijo?

—Que Pepe la quería para cuando tuviera...

—¿Cuando tuviera qué?

La mujer se movía inquieta en la silla. Pidió un poco de agua. Julio se la dio. Le brindó un cigarro, pero ella no quiso. Le trajo un vaso de leche.

—A ver, Teté —dijo Julio—. ¿Encontraste lo que buscabas?

—¿Qué buscaba yo? —dijo ella alterada.

—Lo que Pepe le dejó a Luisito —dijo Julio con naturalidad.

La mujer lo miró a los ojos, tratando de precisar hasta dónde conocía Julio de lo que le estaba hablando. Pero Julio le sostuvo la mirada.

—Por lo menos la nota que Pepe le dejó a Luisito... —añadió Julio, quedándose callado un momento—. Mira, Teté, nosotros estuvimos en ese apartamento antes que tú.

La mujer bajó la cabeza con resignación. Durante un rato ambos estuvieron callados. Julio fumaba. Teté se mantenía con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Bueno, Teté —dijo Julio—, yo me voy. Volveré a verte, ahora tengo que hacer. —Aún no había llegado a la puerta cuando Teté se levantó.

—¡Teniente! Yo no tengo nada que ver con esos crímenes. Se lo juro.

—¿Y con qué tienes que ver entonces?

—Mire, yo se lo decía a Pepe, pero él me dominaba.

—¿Qué tú le decías a Pepe? ¿Por qué no me lo cuentas todo de una sola vez?

—Es que... esas prendas... —se detuvo un momento; y Julio dejó que se tomara unos minutos—. Rosario me había enseñado las prendas. Sobre todo el collar... y no pude evitar comentarlo con Pepe. Empezó a preguntarme que cómo eran, que cuánto valían, que dónde estaban. Así estuvo varios días, pero yo no sabía dónde las guardaba Rosario, ¡se lo juro! Después no me habló más de eso y pasaron los días hasta que vino a verme Luisito cuando Pepe no estaba. Ellos dos se habían puesto de acuerdo y prepararon las cosas y robaron las joyas, pero a mí no me dijeron nada. Lo que pasa es que después que Luisito las cogió, no se las quiso dar a Pepe, ni dividirlas con él, eso me lo dijo el mismo Luis. Me dijo que Pepe le había dado una paliza tremenda, bueno, todavía tenía la cara amoratada. Él estaba asustado porque sabía que Pepe volvería por el apartamento, y se fue a casa de otro amigo para que Pepe no lo encontrara. Entonces él me dijo que Pepe quería las prendas... —la mujer se detuvo nuevamente.

—¿Para qué? Vamos, no trates de ocultarme nada —dijo Julio.

—Él pensaba pagar con las prendas a un hombre que lo iba a sacar del país. Luisito me dijo que no era conmigo, ni con él, que se iba con esa mujer...

—¿Con qué mujer?

—Con esa Laura... —y Teté sollozó quedamente— con ella. Yo creí que la había dejado. Me cegué, sentí una rabia tan grande que quería que se muriera. Entonces le hice un papelito a Joaquina, diciéndole que Pepe era el que había robado las prendas, y se lo mandé en un sobre. Yo quería que ella lo acusara. Luisito me dijo que las prendas estaban en el apartamento, pero que él no volvería nunca más por allí. Me dijo que me quedara con la llave, que el marinero se iba a quedar afuera y no volvería más, que cuando todo pasara, él me diría dónde estaban para que yo fuera a buscarlas. Después... Pepe apareció muerto y hasta pensé que había sido Luisito, porque déjeme decirle que así y todo, si tenía que matar lo hacía, y yo sé que él... le dolía más que Pepe se fuera con Laura y las prendas, que la paliza que le había dado. Cuando Luisito apareció muerto, yo me asusté, porque no sabía qué

estaba pasando, pero como ya no tenía que esperar a que me avisara, decidí buscarlas yo misma. Eso es todo, teniente. Le juro que eso es lo que yo sé.

—Bueno, Teté, vete a descansar. Hay muchas cosas que quiero precisar contigo, pero ahora estás muy cansada y es mejor que descanses —la mujer salió acompañada por un policía y Julio se quedó un rato dándole vueltas a la llave.

18

Joaquina

Cuando Joaquina abrió la puerta se mostró sorprendida, pero lo atendió amablemente. Lo hizo pasar a la sala, y fue a buscar a Rosario.

—¡Ay, compañero! —le dijo la más corpulenta de las dos hermanas al entrar—. ¡Qué le parece, cómo le pagan a uno cuando hace un bien! ¡Una muchachita que sólo recibía cariño de nosotras! Y me roba las joyas de mi madre... no, y ahora estamos sin nadie que nos ayude... porque eso es muy difícil ahora, muy difícil... imagínese, esta casa tan grande para Joaquina y para mí, tener que limpiarla, y lavar, y cocinar... ¡Yo no sé qué va a ser de nosotras! ¿Aparecieron las joyas? —preguntó entonces.

—No, Rosario, todavía.

—Usted me perdonará, pero me siento tan mal, tan cansada... solamente me he levantado para saludarlo... le estamos muy agradecidas por tantas molestias que se ha tomado por nosotras... dos pobres viejas. ¡Vuelva pronto, compañero! —y salió del brazo de Joaquina. Poco después, ésta regresó con una taza de café.

—Perdone que se la traiga sin el plato y la bandeja, pero prácticamente estoy sola para todo. ¡Imagínese! —dijo la mujer con expresión fatigada. Y se sentó frente a Julio hasta que éste hubo tomado el café. Se llevó la taza con su paso silencioso y regresó a sentarse en el mismo lugar—. Rosario está muy afectada por lo de las joyas, tuve que llamarle al médico —dijo reiniciando la conversación.

—Joaquina, resulta oportuno que estemos usted y yo solos, porque me haría falta precisar algunos detalles que me permitan continuar la investigación, ahora que Teté se encuentra detenida y Pepe ha muerto.

—Usted dirá, teniente —dijo la anciana.

—Se trata de una cuestión delicada, pero... —dijo Julio, no quiero que tome esto a mal, y vaya usted a afectarse.

—Me preocupa usted, compañero —dijo Joaquina en voz baja.

—No, no debe preocuparse. Es que Teté ha dicho en su declaración algo que sólo coincide parcialmente con lo que yo conocía por usted. Se refiere al tema de nuestra conversación en el cementerio... ¿La recuerda? —dijo Julio midiendo con gran cuidado sus palabras y observando con detenimiento el efecto que producían—, sería necesario que me explicara nuevamente las razones por las cuales sospechaba en aquel momento del marido de Teté.

—Realmente, usted sabe, a mi edad la memoria es muy poco confiable, y ya ha transcurrido un tiempo... y han pasado tantas cosas... —dijo la mujer.

—Sería muy útil, si con un esfuerzo suyo, pudiéramos precisar...

—Ya le digo, yo hago el esfuerzo, pero... en fin, yo sabía que era una gente así, y como había estado aquí...

—¿Había estado varias veces?

—No, él estuvo aquí nada más que una vez, por lo menos que yo sepa.

—¿Y el motivo de la visita?

—¿El motivo?

—¿Sí?

—Teníamos un muro roto, ése de atrás, y creo que Teté dijo que él sabía de eso, y vino a verme, estuvimos conversando, creo que tuve que salir, no recuerdo por qué, y se quedó solo con Rosario... yo pensé que ella habría dicho algo de las joyas, y por eso...

—Es decir, que él habló con las dos.

—Sí... yo casi nunca salgo de aquí. Rosario, imagínese... —dijo más tranquila.

—¿Y Teté qué dijo cuando se enteró del robo?

—Nada. Se sorprendió igual que nosotras, o pareció sorprenderse.

—¿Y el anónimo de Teté que usted recibió por correo? —Por un momento Julio temió que la mujer fuera a desplomarse. Una de sus manos se movió lentamente hacia el pecho, y en la penumbra de la sala, Julio la vio entrecerrar los ojos. Se levantó rápidamente, y se situó junto a ella.

—No es nada. No es nada. No se preocupe —abrió los ojos y preguntó con serenidad—. ¿A qué anónimo se refiere?

—Al papel que usted recibió en un sobre, por el correo, y en el que acusaban a Pepe sobre el robo y... —repitió Julio sin vacilación.

—No recuerdo haber recibido...

—Teté dice haberlo recogido después que usted lo leyó y tenerlo en su poder... —continuó Julio.

—No, no —dijo Joaquina mientras se encogía en el butacón.

—En él le explicaba lo que había ocurrido con el robo —prosiguió Julio —, para vengarse de su marido, porque supuso que usted inmediatamente me lo comunicaría.

Los ojos de la mujer resplandecieron por un momento. Toda su cara expresaba temor y cierto asombro.

—Puesto que usted sabe el contenido... —comenzó a decir.

—Pero, recuerde que yo dudo de la palabra de Teté —y dijo marcando las palabras—, no quiero atenerme al papel, hasta tanto no conozca por usted misma, si fue eso lo que la decidió a acusar a Pepe. —La mujer se mantuvo callada unos momentos.

—Sí —dijo al fin—, fue ese papel el que me decidió. Cuando supe que Rosario había convenido con Pepe en salir clandestinamente del país y pensaba pagar su salida con las joyas, me preocupé tanto por ella... Yo sé que en esos casos se trata de una estafa... no sé por qué se le ocurrió esa idea, ella no tiene por qué irse de aquí, en ninguna parte estaría mejor, pero ya le he explicado... es como si fuera un niño. ¡Claro, sabía cómo yo pensaba...! Por eso no me dijo nada. —Mientras la mujer hablaba, Julio tuvo que hacer un considerable esfuerzo para no demostrar la sorpresa que se apoderaba de él al escuchar lo que la anciana le contaba.

—Pero usted no me dijo nada de eso —aprovechó que la mujer había callado para no perder la iniciativa y tratar de llegar al fondo de aquel asunto que parecía no tener fin.

—Compañero, se trata de mi hermana... una anciana enferma, un ser inocente que puede ser engañado por cualquiera. Yo no tenía pruebas para acusar a esos canallas. ¡Perdóneme! Le mentí con la visita de Pepe, pero no tenía forma de ayudarlo a encontrar al verdadero culpable, sin ser yo misma la que denunciara a mi hermana. ¿Me comprende? —y la mujer lo miró a los ojos, con los suyos húmedos de llanto.

Pasaron varios segundos en los que ambos quedaron callados en la penumbra de la silenciosa seda. Las campanas del reloj dieron las diez. Con

la última campanada, Julio se levantó y se despidió de la mujer, que le estrechó suavemente las manos cuando él se las extendió al marcharse.

19

Rosario y Joaquina

Julio las miró frente a sí y se preguntó qué podría surgir de aquella reunión. Atendiendo al estado de salud y la edad de ambas hermanas, había decidido efectuarla en la propia casa del Vedado, y hasta allí había sido traída Teté. Ambas hermanas se sorprendieron. Joaquina reprimió cualquier expresión al respecto, y se mostró fría e indiferente con su antigua criada. Rosario alternó desde la dulce solicitud por saber cómo se encontraba hasta reproches de toda índole; desde el llanto hasta casi el insulto. Pero al fin se logró la tranquilidad necesaria.

—El motivo por el cual nos hemos reunido aquí —dijo Julio—, es dejar aclarado en todos sus detalles el robo de las joyas de Rosario. En lo fundamental conocemos todos los hechos, pero es necesario que algunas cuestiones que aún se encuentran confusas puedan ser esclarecidas... —miró una a una a las tres mujeres sentadas frente a él y continuó— estas cuestiones se originan en declaraciones o manifestaciones de ustedes que no coinciden exactamente entre sí... por eso es necesario que estando presentes...

—¡Pero yo no sé nada de eso! —intervino Rosario—. Yo sólo sé, compañero, que me robaron las joyas, que todavía no han aparecido, y que ni siquiera fui yo la que hice la denuncia. No sé qué puedo pintar aquí... ¡me siento mal! —e inició un desmadejamiento en el sofá.

—Lo siento, Rosario, pero precisamente por ser usted la dueña de las joyas, es imprescindible su presencia para que nos ayude y conozca todo lo referente a eso —le dijo Julio mientras hacía una señal a la enfermera, que rápidamente se acercó a Rosario; pero ésta, al verla, montó en cólera y la rechazó. Después se sentó muy derecha en la butaca.

—Tendré entonces que sufrir esta humillación... trataré que mi pobre cuerpo resista.

—En primer lugar —dijo Julio—, hay un asunto importante sin aclarar. ¿Cuándo y por qué estuvo Pepe en esta casa?

Las tres mujeres fueron a hablar, pero Julio se lo impidió.

—Ya conozco sus versiones individualmente, han tenido tiempo para pensarlas... pero no conozco la suya, Rosario.

—No entiendo —dijo la mujer en forma hosca.

—¿Estuvo Pepe, el marido de Teté, alguna vez en esta casa? Si estuvo en alguna ocasión y usted lo supo, ¿cuál fue el motivo de esa visita? ¿Lo entiende ahora? —preguntó Julio cortésmente.

—Estuvo una vez... —dijo Rosario—, vino a ver a Teté.

—¿Usted no lo vio? —preguntó Julio.

—¿Yo? ¿Para qué iba a ver a esa clase de persona? —y dirigiéndose a Teté añadió—: ¡Perdóname, niña!

—Su versión coincide al parecer con la de Teté... ¿y usted qué dice a eso Joaquina? —preguntó Julio. Joaquina estaba pálida, y sus manos se aferraban a los brazos del butacón. A la pregunta de Julio no dio respuesta alguna, manteniéndose en la misma posición—. ¡Usted me dio otra versión! ¿Recuerda...? había venido, llamado por ustedes a través de Teté, para arreglar el muro, y no sólo habló con usted, sino también con Rosario... ¿No es así? —insistió Julio, decidido a dejar definitivamente aclarado todo lo que tuviese que ver con las joyas robadas. A su explicación se sucedió un breve silencio, que fue roto casi de inmediato por la algarabía que formaron Teté y Rosario, quienes calificaban como mentirosa la versión dada por Joaquina. Julio, sin embargo, sólo miraba a ésta.

—Le mentí nuevamente —dijo Joaquina mordiéndose los labios—, ellas tienen razón. Solamente vino por motivos personales a ver a Teté.

—Bien, logramos coincidencia en ese punto, pero tenemos otro —continuó Julio—. Joaquina, un día usted me llamó para decirme que tenía sospechas sobre alguien... cuando conversamos, se refirió precisamente a Pepe, y daba como argumento su conocimiento del lugar donde guardaban las joyas, probablemente por la conversación que sostuviera con Rosario, ¡pero como esta conversación nunca ocurrió!... es necesario que nos explique por qué acusó a Pepe —terminó Julio.

—Teniente, por favor —dijo Joaquina, suplicante—, yo le expliqué...

—Sólo necesito que me diga si ratifica o no lo que me dijo en nuestra última conversación... o si también eso era mentira —le respondió Julio.

—No... es decir, yo... usted me dijo que había leído el anónimo, y por lo tanto...

—¿Qué anónimo? —preguntó Rosario.

Joaquina comprendió que ella misma se había traicionado al hablar.

—¿Qué dijo del papel? —preguntó asustada Teté, al comprender que estaban refiriéndose a la nota que había enviado a Joaquina.

—Bien... Teté, usted me dijo que en su nota le informó a Joaquina que Pepe era el autor del robo, ¿nada más?

—Bueno... eso era lo principal.

—¿Qué otras cosas decía? —dijo Julio, mientras le daba vueltas a la carpeta, que no soltaba desde que llegara a la casa.

—No sé... no me acuerdo...

—Como usted ve, Joaquina, lo que Teté dice no coincide con lo que usted me dijo a mí —señaló Julio.

Y ahora fue Joaquina la que se enderezó en el asiento e increpó a Julio.

—Teniente, parece mentira —dijo—, usted me hizo creer que podía probar... —pero mientras hablaba, Julio había abierto la carpeta y sacaba un pedazo de papel muy estropeado y doblado en cuatro. A la vista del papel, Teté palideció. Joaquina agregó entonces—: Pero ya que las cosas están así... ¡sí, ratifico todo lo que le dije!

—Bien, en ese caso, como se trata de un problema de discrepancia entre las versiones de Teté y usted, lo veremos después. Ahora... —dijo Julio.

—¡No, señor! Yo quiero saber qué pasa con eso. Usted mismo me dijo que yo era la interesada —interrumpió Rosario con una voz imperiosa, totalmente desconocida—. Insisto en que se me informe sobre esto.

—Tiene usted derecho a eso —dijo Julio—, pero tengo comprometida mi palabra con su hermana sobre no tratar el asunto, por lo menos aquí y ahora.

—¿Joaquina? ¿Y por qué Joaquina puede impedir que yo conozca algo? ¡Yo sé mis derechos! ¿Qué dice ese papel? —hizo un gesto para tomar el papel que se encontraba en manos de Julio. Éste puso el rostro muy serio.

—Mire, Rosario, si usted conoce sus derechos supongo conocerá también sus responsabilidades, porque aunque sea sin mala intención, si me quita este

papel de las manos... recuerde que yo represento la autoridad en este momento... y que eso que usted ha intentado hacer constituye una falta de respeto a esa autoridad, a la Revolución y a mi persona.

Rosario se contuvo sorprendida por el tono severo de Julio y se acolchó nuevamente en el butacón. Entonces Julio continuó:

—¿Qué dice usted, Joaquina?

—Bueno, yo acusé a Pepe, por el anónimo que me envió Teté, porque en él me decía que Rosario y él habían conversado... que él vio las joyas... ¿eso es lo que quería que dijera? —preguntó Joaquina con voz contrariada y temiendo que Julio la obligara a contar todo lo que ella le había informado sobre el anónimo. Pero Julio se limitó a sonreír, mientras asentía con la cabeza.

—Bien —dijo Julio—. Entonces voy a intentar reconstruir el inicio del caso... si hay alguna cuestión de las que yo mencione que no se ajuste a los hechos... pueden interrumpirme para aclararlo... —miró significativamente a las tres mujeres, encendió un cigarro e inició el relato—: Teté vio en una ocasión las joyas de Rosario y le habló de ellas a Pepe. Él se interesó de inmediato por conocer dónde las tenía guardadas, pero Teté no lo sabía... por algún motivo Pepe visitó esta casa y habló con Rosario —la mujer fue a interrumpirlo, pero después de un ¡no! en voz baja, quedó callada nuevamente—. Poco después se produjo el robo de las joyas y Joaquina hizo la denuncia. Posteriormente, Teté envió el anónimo. Y transcurridos unos días, Joaquina volvió a vernos, para señalar que sospechaba de Pepe como autor del robo —Julio se detuvo un momento, miró al rostro de las dos hermanas y de su antigua criada, y añadió—: El resto de la historia ustedes lo conocen, pero en el inicio que yo les he relatado aparecen algunas lagunas... —volvió a mirarlas y agregó, dirigiéndose a Rosario—: ¿Qué fue exactamente lo que usted conversó con Pepe?

La mujer tosió dos o tres veces. Movié los labios, pero no articuló palabra alguna. Solamente movió el enorme corpachón en la butaca.

—Él... me propuso comprar las joyas —dijo al fin.

—¡Comprarlas! ¡Por favor, Rosario! —exclamó Julio.

—Sí, compañero... él sabía que necesitábamos el dinero, estamos muy mal de dinero... ¡dos pobres mujeres como nosotras!... y él podía conseguir

quien las comprara si le daba una participación al efectuar la venta... él les calculaba un valor de diez a doce mil pesos.

—Bien, ¿y qué más?

—Yo no estaba de acuerdo con el precio y se lo dije, me contestó que lo pensara y se lo mandara a decir con Teté. Eso fue lo que yo le dije a Teté, ¿verdad, niña? —preguntó a la mujer y ésta asintió con la cabeza—. Y se lo dije también a Joaquina, ¿verdad? —La hermana asintió igualmente—. ¡Eso es todo! Pero él vino y las robó... ¡eso es todo, teniente! ¡Seguramente que eso ha sido todo!

—En ese caso, puede usted retirarse, Rosario —dijo Julio tranquilamente. La mujer se levantó y avanzó hacia la puerta. Julio se dirigió entonces a los guardias que observaban la escena impassiblemente.

—¡Ustedes pueden llevarse a Teté por cómplice en el robo, y a Joaquina por ocultamiento del anónimo y dar información falsa a la policía! —y se levantó con la carpeta en la mano.

—¿Me va a detener... a mí? —exclamó Joaquina sin levantarse del butacón al que se aferraba nerviosamente.

—¡Ah, no! ¡Qué va! —se levantó Teté como si la hubiera picado un insecto—. ¿Y eso? Ahora resulta que voy a cargar yo toda la porquería de este asunto... pero como yo salga de aquí, así saldrán ustedes... —dijo a las dos hermanas.

—Teté, ¿me puede explicar qué significa esa amenaza que ha hecho? —preguntó Julio sin darle tiempo siquiera a pensar en sus palabras. Teté se sobresaltó, pero no encontró ninguna explicación que dar—. ¿Y si yo le digo que ya lo sé?

Las tres mujeres lo miraron expectantes. Julio se levantó lentamente y se acercó a ellas. Hizo una señal a los guardias y a la enfermera para que estuvieran listos ante cualquier hecho inesperado.

—¡Que lo que Rosario negoció con Pepe fue su salida ilegal del país a cambio de las joyas! ¡Y que esa salida fue tramada entre Pepe, Teté y Rosario!

—No, no —gritó Teté—. Le juro que yo no sé nada de eso.

—¡Cómo se atreve! —gritó de pronto Rosario, comprendiendo la gravedad de las palabras de Julio—. ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera todos! ¡Cómo

se atreven! ¡Me roban las joyas... y de contra me insultan! ¡Ay, madre mía! —y se desmayó en el butacón.

Mientras los guardias vigilaban a Teté, y la enfermera atendía a Rosario, Joaquina se acercó a Julio.

—¡No siga, teniente! ¡No siga, se lo suplico! ¡La matará! —le dijo.

—No lo creo. Hoy por la mañana hablé con el médico que atiende a su hermana... Además estamos preparados para cualquier eventualidad... pero, si tanto le preocupa, ¿por qué no aprovecha, y me dice toda la verdad de una vez? —Julio la miró a los ojos. Joaquina trató de sostener la mirada, pero se echó a llorar.

Julio decidió suspender la reunión hasta el día siguiente, y se dirigió hacia la puerta, mientras los guardias se acercaban a Teté. Pero ésta se desprendió de sus manos, corrió hasta él, y agarrándolo por el brazo, comenzó a hablar con voz histérica.

—No... no... las dos, las dos tienen que ir presas conmigo... las dos hablaron con Pepe para irse con él... ¡somos iguales! —y se volvió hacia Rosario hecha una fiera—, ¡qué fina, ni educada! ¡Vieja solterona, asquerosa!

—Sí, pero no soy una ladrona como tú. Esas joyas son mías. ¿Y dónde están? —respondió Rosario con una risa tan fuerte y triunfal, que hasta Julio se sorprendió—. ¡Y si no fuera porque tú te entrometiste en lo que no te importaba, nada hubiera pasado! —le dijo a Joaquina—. ¡Siempre metida por el medio! ¡Toda la vida, atravesada! —le gritó furiosa. Joaquina se fue levantando muy pálida y caminó despacio hasta el centro de la sala, donde todos se encontraban ahora de pie.

—¡Tú, tú eres... la que toda la vida te has metido en mi vida! —dijo—, siempre te has metido en mis cosas. Te metiste entre papá y yo... después fue entre Arturo y yo, y al fin lo dejaste, como el perro del hortelano, toda la vida has sido una egoísta... ¡igualita a tu madre!

—¡No! ¡Con mi madre no te metas! Por lo menos mi madre era una mujer decente, mientras que la tuya...

—¡Bruja! ¡Egoísta! —le gritó Joaquina en pleno paroxismo—. ¡Traidora! Después de todo me ibas a dejar... ¿crees que no lo sabía? ¡Después que he tenido que cuidarte todos estos años! ¡Que has impedido que me casara, que tuviera mi propia vida!

—¿Y quién habla? ¡Tú! ¡Ambiciosa!... esperando a que yo muera para quedarte con la casa... ¿Tú crees que no sé que toda la vida has querido tener lo que yo? ¡Por eso te has quedado conmigo, porque sólo piensas en ti! —respondió Rosario en igual tono.

—Pero por lo menos me ocupaba de ti... hasta me iba a ir contigo...

—¡Claro! Porque para irte tenía que ser conmigo... porque las joyas eran de mi madre... eran mías... Por eso, cuando me quedé sola con él se lo dije... que me iba yo... porque nada más servían para pagar el viaje de una de las dos... entre tú y yo, no iba a pagarte el viaje a ti... por eso... por eso se lo dije, que me las robara, y así no tenía que darte explicaciones. ¡Para poder largarme sola sin que tú lo supieras! ¡Por eso acusaste a Pepe, para que yo no me pudiera ir!

—¿Eso fue lo que le dijiste? ¿Por eso todo ese lío del robo? ¿Por eso no querías que lo denunciara?

—Sí, para que tú no te enteraras antes de tiempo, para que no me traicionaras, como siempre, para que no te metieras por el medio otra vez... ¡Porque las joyas son mías!

De pronto Joaquina comenzó a reír. Suavemente primero. A carcajadas después. Históricamente al fin. Julio, la enfermera y los policías habían quedado silenciosos desde que se iniciara la discusión y observaban sorprendidos la escena. Teté, mientras tanto, tirada en el sofá, sollozaba profundamente.

—¡Y tú! —se volvió Rosario hacia ella—. ¡Ya te saliste con la tuya! ¡Prostituta! ¡Ladrona! ¡Sí!, ¡ladrona!, ¡tú eres la culpable de todo! ¡Tú fuiste la que nos embullaste, nos ilusionaste con que Pepe pudiera sacarnos de aquí, llegar a salir de aquí!... porque pensabas cogerte las joyas... ¿Tú crees que no lo sé? ¡Pepe me lo dijo! Por eso me pidió que no te contara nada, por eso te mintió, porque tú no eres más que una ladrona, una prostituta, porque tú querías quedarte con el collar... ¡Y ése no es para ti!

—No, no —gritó Teté—. No es posible, Luisito me lo hubiera dicho.

—Es que él tampoco lo sabía, porque a él tampoco Pepe le dijo nada. Era un negocio entre Pepe y yo, nada más.

—¡Comemierda! —gritó Teté desde el sofá, mientras reía a carcajadas—. ¡A ti también te engañó! ¡Con tus prendas iba a pagar su viaje y se llevaba a

esa otra mujer! —comenzó a llorar de nuevo—. ¡Me dejaba por otra, después que hice tantas cosas por él! Me dijo que las embullara, para quedarse con las prendas después, me engañó... me dijo que nos íbamos los dos solos... —de pronto gritó furiosa—. ¡Sí! ¡Yo las embullé!... ¿Y por qué? ¿Por qué ustedes dijeron que sí?... se pasaban todo el día hablando mal de esto o de lo otro, que si me fuera, que si me voy, que si me lo van a coger todo. ¿Y yo qué tenía...? ¿De qué se quejan ustedes, si así y todo, yo era la que no tenía nada...? ¡La que no tenía! Sí, yo quería las prendas, para irme con Pepe, y ponerme el collar, aunque fuera una vez. Yo soy todavía joven, y nunca pude ponerme una prenda así. Y ustedes... ¡dos viejas que se van a morir a lo mejor mañana!, ¡guardando todo eso! ¿Para qué?

Un silencio absoluto llenó la sala. Joaquina se había sentado y su mano reposaba sobre el pecho, mientras la enfermera le tomaba la presión en la otra. Rosario, aún de pie, resoplaba con la cara congestionada.

Teté había vuelto a esconder la cara en el sofá, mientras los sollozos la estremecían. Los dos guardias esperaban las órdenes de Julio. Él les indicó que esperaran. La enfermera se dirigió a Rosario y obligándola a sentarse, le tomó el pulso. Uno de los guardias trajo una jarra de agua y varios vasos, y le dio a tomar a las tres mujeres. Pasaron los minutos. Julio, con un cigarro en los labios, sentado cerca de la puerta, esperaba. Al fin, se acercó a Teté y la tomó suavemente de la mano. Entonces llamó a un guardia. Teté se dejó conducir sin hacer resistencia alguna.

Después, se dirigió al teléfono y llamó a su oficina. Pidió en voz baja que enviaran personal para poner vigilancia en la casa. Ordenó al guardia que no se moviera de la sala hasta que no llegaran sus compañeros, para establecer una reclusión domiciliaria a ambas hermanas, hasta que informara del caso, y se decidiera el trámite a seguir. La enfermera se quedaría atendiendo a las dos ancianas.

Entonces bajó las escaleras, pero no salió por la puerta principal, sino por la puertecita de la cocina. Dio una vuelta por el portal de la casa. Ya junto a la verja de entrada, miró hacia la solitaria calle. Sólo se veían encendidas las luces de la planta alta de otra residencia en el extremo de la cuadra. Puso en marcha el motor. Y suavemente, el carro se perdió en la oscuridad.

20

Ernesto

—¿Y por fin, que papel jugaba Arturo en todo esto? —le preguntó su jefe.

—Ninguno. Cuando llegué hasta el oficial de guardia aquel día, me encontré un informe que aclaraba varias cosas. En primer lugar, los plomos no correspondían a las estrías de su pistola. En segundo lugar, Arturo se encontraba en esos días con un sobrino recién llegado del extranjero, gracias a las gestiones realizadas por la embajada de su país. El motivo de la visita era la solución de unos problemas legales con respecto a una herencia que no podían ser resueltos sin la aprobación y la firma de Arturo. Como él no podía salir, por razones de salud, el sobrino pidió que se le autorizara venir personalmente a resolver la gestión. Se convino en que todo el trámite se realizara en la embajada, considerada a todos los efectos como territorio de su país. En el informe explicaban los principios del derecho internacional que amparaban este tipo de solución, y que el embajador había quedado muy agradecido por las facilidades que se habían dado a uno de sus ciudadanos para ello. Además, en el informe enviaban toda la información necesaria sobre el sobrino de Arturo, incluyendo su fotografía. Tanto una como la otra demostraban que el sobrino de Arturo es rubio.

—¡Pero yo no he visto en toda la documentación el anónimo de Teté! —exclamó su jefe.

—No. Yo tampoco —rio Julio.

—¡Espérate, Julio, espérate, tú mismo me has dicho que cuando hablaste con Joaquina tú le dijiste ...

—¡Que Teté decía haberlo recogido después que ella lo había leído y que lo tenía en su poder...

—Pero eso no era verdad.

—Bueno... la propia Joaquina no sabía a dónde había ido a parar el anónimo, después que lo leyó, y Teté trabajaba todavía con ellas en ese

momento. ¡Fue una corazonada!... no era ilógico que hubiese ocurrido así...

—¡Ay, Julio! —dijo bromeando su jefe—. ¡Esas corazonadas tuyas! Sí, pero, ¡en el careo tú tenías...!

—La nota que Pepe le había enviado a Luis. Ellas lo dijeron todo... si no hubiera habido nada, nada hubieran dicho, aunque yo las acosara a preguntas... dicen que el que se rasca es porque ají come...

—¿Y las joyas? —le preguntó.

—Pues no aparecieron. Se registró minuciosamente el apartamento de Luisito, se fue a casa de su amigo Enrique, que ya hacía rato lo estábamos vigilando, se buscó en casa de Laura, por si acaso... ¡hasta en la de Teté! Pensamos que después de todo... buscamos hasta en casa de Joaquina y Rosario... pero nada, Luisito fue el último que las tuvo en sus manos, y se llevó el secreto a la tumba.

—¿Y si el marinero se las llevó?

—No, el marinero se había ido antes que las joyas desaparecieran. Luis debe haberlas escondido muy bien.

—Bueno, cerrado el caso —le dijo, mientras le entregaba el total de legajos que formaban el expediente del caso. Junto con ellos, le entregó la información referente a un robo producido en una tienda nacionalizada—. ¡Esto parece una cosa interesante! Estúdiate los antecedentes y dame tu opinión en el próximo despacho. —Julio tomó el documento y lo leyó en silencio.

—Bueno... veremos —dijo, al fin, mientras lo guardaba en su maletín. Después se marchó.

Seis meses más tarde, al revisar la correspondencia recibida, Julio encontró entre los documentos, una nota con un nombre y una dirección. Tenía presillado un memorando de su jefe: «Julio, creo que aparecieron. Dime lo que hay. Suerte.» La dirección de la nota era la de la casa del marinero.

Cuando Julio llegó frente a la puerta no tocó de inmediato. Volvió sobre sus pasos, y lo hizo en el apartamento de al lado. Insistió en su llamada, pero nadie acudió a abrir.

—¿Qué desea? —preguntó una mujer en el apartamento que había sido del marinero.

—Parece que no hay nadie —dijo Julio a manera de explicación.

—No... ellos están de vacaciones hace una semana... en Varadero... por la emulación, ¿sabe?

—¿Ah, sí? —exclamó Julio.

—Sí, son unos compañeros muy buenos... él es muy trabajador, ¿quiere dejarles algún recado?

—No, simplemente quise saludarlos. ¿Usted es Eloína?

—Sí —la mujer lo miró sorprendida—. ¿Cómo sabe...?

—Recibimos su denuncia —dijo Julio, mientras se identificaba.

—¡Ah, sí! ¡Cómo no! Pase compañero, pase —dijo la mujer haciéndolo entrar.

Era la misma sala, el mismo comedor, los mismos cuartos. Pero la casa era otra. La mujer le trajo una taza de café. Julio encendió un cigarro.

—Según la información que tengo... usted hizo la denuncia...

—Sí, mire... hace como tres meses la Reforma Urbana nos dio este apartamento... Mi marido y yo llevábamos mucho tiempo viviendo en un cuartico de un solar de la Habana Vieja, y figúrese, cuando nos dieron el apartamento nos sentimos contentísimos. El apartamento estaba en bastante malas condiciones... ¡y sucísimo!, pero hemos tratado de mejorarlo. La familia de al lado nos contó todo lo que había pasado aquí... —la mujer esperó que Julio le dijese algo al respecto.

—Sí, después de eso el apartamento se pasó a la Reforma.

—Bueno, pues mi marido estaba adaptando los closets del cuarto del niño... y como el techo es de madera, y como él vio que una de las planchas estaba muy mala, fue a cambiarla, y la tabla se partió, ¡óigame, qué sorpresa!, en la cabeza le cayó una lluvia de prendas de oro y brillantes y que sé yo cuántas cosas más. Lo guardamos y enseguida avisamos. ¡Espérese que se las traigo! —la mujer salió de la sala y regresó con una cajita de cartón—. ¡Aquí están! —dijo al entregársela a Julio.

El oficial abrió la caja y fue sacando una a una las joyas de Rosario. Un par de dormilonas de oro, un solitario engarzado en oro en forma de flor de lis con un diamante en cada pétalo...

—¿Nada más? —preguntó Julio.

—No sé... déjame ver —dijo la mujer. Revisó las prendas, y al fin exclamó—: ¡Sí, cómo no! ¡El collar! ¡Falta el collar: de piedras rojas!, pero si estaba aquí mismo... ¡debe haberse salido de la caja, espérese, que voy a buscarlo! —y salió nuevamente de la sala.

Julio observó detenidamente las joyas que sobre la pequeña mesa de centro fulguraban suavemente a la luz de la lámpara. De pronto escuchó una voz. Después fue el llanto de un niño. Casi inmediatamente entró corriendo un muchacho de unos seis años de edad, y tras él llegó la madre, todavía peleando, y con el collar de rubíes en la mano.

—¡Ay, compañero, qué pena... qué vergüenza...! ¡Este muchacho! ¡Cómo me iba a imaginar! ¡Aquí está el collar, pero mire, mire lo que le ha hecho! —dijo la mujer, mientras colocaba la joya sobre la mesita, junto a las restantes. Era una vuelta de rosetones de oro martillado, colocadas sobre una hojarasca de oro, pero sólo había cinco rubíes engarzados. El correspondiente al sexto rosetón estaba desprendido y éste aparecía violentado—. ¡Fue el niño! ¡Ay! ¿Y ahora? —dijo la mujer con lágrimas en los ojos—. Mire que los he cuidado hasta que vinieran ustedes... Ay, hijo, ¿por qué hiciste esto...?

El niño los miraba desde una esquina de la sala, todavía lloroso. Julio se acercó a él. El niño miraba su uniforme, y la pistola que colgaba del zambrán.

—¿Tú eres policía? —le preguntó con desenvoltura.

—Sí —le respondió Julio, mientras se agachaba junto a él.

—¿Y la pistola es de verdad? —volvió a preguntar.

—Sí —le respondió Julio.

—¿Y tú coges a los ladrones?

—¡Ajá! —musitó Julio.

—¿Por qué no me llevas contigo? —dijo el chiquillo—. Yo también tengo un uniforme. Mami me lo hizo...

—Pero no te lo voy a poner en un mes, como castigo por esto que has hecho —dijo la madre.

—Pero... pero... yo no sabía —balbuceó el muchacho.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Julio en tono conciliador.

—Porque quería coger esas piedras rojas... son bonitas —respondió.

—¿Y para qué las querías? —volvió a preguntar Julio.

—Para jugar a las bolas —respondió con naturalidad. Julio sonrió, mientras se ponía nuevamente de pie.

Recogió todas las joyas y las guardó en la caja. Sobre las demás colocó el collar y el rubí desprendido. Se despidió de la mujer, tranquilizándola con la seguridad de que no tenía que preocuparse por el desperfecto del collar. Al dirigirse a la puerta, el niño le tomó la mano con la intención de marcharse con él. La madre lo regañó suavemente. Julio le prometió regresar otro día. Ya en la puerta le preguntó cómo se llamaba.

—Ernesto —respondió con firmeza.

Julio miró a la mujer, que le sonrió con satisfacción. Sonrió él también, y bajó la escalera con paso rápido. Ya en el carro guardó la caja de cartón en el gavetero. El caso estaba cerrado, definitivamente cerrado. Y todavía, cuando avanzaba por el Malecón, le parecía oír la voz del pequeño Ernesto...: ¡para jugar!... ¡para jugar a las bolas!



ARMANDO CRISTÓBAL PÉREZ (1938) ha sido premiado dos veces en el Concurso del MININT: primero con su novela, y después (1975) con una selección de cuentos. Trabajó como oficial del MININT, y en la actualidad es funcionario del Departamento de Ciencia, Cultura y Centros Docentes del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Notas

[¹] Prólogo a la primera edición (N. del R.)<<

La ronda de los rubíes fue la novela ganadora en el Concurso del Ministerio del Interior de 1973. Un robo a dos ancianas y las pesquisas de un teniente del MININT, desencadenan nuevas situaciones —interrogatorios, crímenes, persecuciones, infiltraciones de agentes extranjeros, por citar algunas— que involucran a personajes positivos y negativos respecto al proceso revolucionario, y donde el pueblo

organizado desempeña un papel decisivo.

Si bien la acción que recoge la novela es ficticia, sus bases son reales, y al no limitarse su autor a "un trabajo de caso", sino a sugerir a través de él y desde nuestra ideología la realidad social y política de la Revolución Cubana, La ronda de los rubíes adquiere el carácter de dinámico testimonio de su tiempo, parte de ese viento renovador que se deja sentir.



Armando Cristóbal Pérez (1938) ha sido premiado dos veces en el Concurso del MININT: primero con su novela, y después (1975) con una selección de cuentos.

Trabajó como oficial del MININT, y en la actualidad es funcionario del Departamento de Ciencia, Cultura y Centros Docentes del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.